

Un escalón más...

la llegada de la
familia a la
universidad.



COLECCIÓN MAESTROS No. 21

Mireya Ospina Botero

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE PEREIRA



UN ESCALÓN MAS... LA LLEGADA DE LA FAMILIA A LA UNIVERSIDAD

Mireya Ospina Botero.

Yuri Paola Cardona González

Kelly Andrea Clavijo

Luisa Fernanda Valencia

Centro de familia. Vicerrectoría de Proyecto de vida

Grupo de investigación: Comunicación, Educación y Cultura

Línea de Investigación: Pedagogía, Formación y Desarrollo Humano

Universidad Católica de Pereira

Pereira

2017



Ospina Botero, Mireya.

Un escalón más... La llegada de la familia a la Universidad / Mireya Ospina Botero; Co-Investigadoras Yuri Paola Cardona González, Kelly Andrea Clavijo González, Luisa Fernanda Valencia Grisales. -- 1a. ed. -- Colombia : Pereira : Universidad Católica de Pereira, 2017.

190 p. -- (Colección Maestros, No. 21)

ISBN 978-958-8487-31-1

1. FAMILIA. 2. DINÁMICA FAMILIAR 3. CICLO VITAL FAMILIAR. 4. RELACIONES UNIVERSIDAD - FAMILIA I. Cardona González, Yuri Paola; Co-Investigadora. II. Clavijo González, Kelly Andrea; Co-Investigadora. III. Valencia Grisales, Luisa Fernanda; Co-Investigadora. IV. Universidad Católica de Pereira. V. Serie.

CDD 306.85 ed. 21

Catalogación en la publicación – Universidad Católica de Pereira

Universidad Católica de Pereira

Título: Un escalón más... La llegada de la familia a la Universidad

Autor: Mireya Ospina Botero

Co-investigadoras: Yuri Cardona González, Kelly Andrea Clavijo, Luisa Fernanda Valencia Grisales

ISBN: 978-958-8487-31-1

Primera edición 2017

Número de ejemplares: 250

Rector de la Universidad Católica de Pereira: Pbro. Jhon Fredy Franco Delgado

Vicerrector Académico: Willmar de Jesús Acevedo Gómez

Director de Investigaciones: Heiller Abadía Sánchez

Corrección de Estilo: Giohanny Olave Arias

Diseño carátula: Olga Cataño Santacoloma

Diagramación e impresión:

GRÁFICAS BUDA, SAS.

Calle 15 No. 6-23 PBX: 335 72 35

Pereira – Risaralda - Colombia

Reservados todos los derechos

© Universidad Católica de Pereira, 2017

Carrera 21 No. 49-95 Pereira

Teléfono 312 40 00

ucp@ucp.edu.co www.ucp.edu.co

© Mireya Ospina Botero

Yuri Cardona González

Kelly Andrea Clavijo

Luisa Fernanda Valencia Grisales

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la UCP, ni genera su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella.

Pereira, Colombia

Octubre de 2017

ISBN

ISBN: 978-958-8487-31-1



9 789588 487311



ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I: PANORAMA DE LA FAMILIA EN EL CICLO VITAL EN EL QUE EL HIJO/A MAYOR INGRESA A LA UNIVERSIDAD	
1.1 Aproximaciones a la relación familia y Universidad	15
1.2 El trasegar de la familia en su ciclo vital.....	21
CAPÍTULO II: DINÁMICA FAMILIAR: EL JUEGO RELACIONAL.....	
2.1 Intercambiar y compartir: comunicación, cohesión y afectividad	31
2.2 Cambios en la Comunicación y cohesión con el ingreso del hijo/a mayor a la Universidad.....	40
“Al papá no le gusta que ella no venga a almorzar...”	43
“Ya no es la niña con la que tenemos que andar la mamá y yo...”	46
“Confío mucho en él... confío mucho en su criterio...”	50
“El cambio fue como emocional”.....	55
2.3 ¿Quién hace qué?: roles y funciones.....	57
2.4 Cambios en los roles y funciones familiares con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad.....	60
“De tareas domésticas ¡nada!”.....	62
“Ya ella no puede acompañarme”.....	65
“Más compromiso, más estudio, más dedicación...”	67
“Y ahora mis papás ya no están pendientes de mí”.....	69
2.5 Acuerdos familiares: Jerarquías, reglas y normas.....	70



2.6	Cambios en las jerarquías, reglas y normas con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad.....	72
	"Un día yo le marqué al celular por lo menos 100 veces" ...	76
	"Ahora como que ya uno tiene voz propia".....	80
CAPÍTULO III: RECURSOS Y REDES FAMILIARES.....		87
3.1	Recursos, estrategias y redes familiares que emergen con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad.....	98
	"Mi mamá siempre está pendiente de lo que yo necesito".	101
	"...entonces mi mamá me dijo, hay que buscar asesoría con alguien..."	101
	"...me dice que yo soy muy creativo".	103
	"...siempre contamos mucho con el tiempo de ella..."	106
	"Ahora le exigimos que se desocupe los domingos".....	110
CAPÍTULO IV: REFLEXIONES FINALES.....		117
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....		123
NUESTROS REPOSITARIOS.....		137



INTRODUCCIÓN

En una perspectiva sistémica, la familia se entiende como una institución en la que se gestan las relaciones más duraderas y el primer sustento de tipo social del individuo. Ella cuenta con unas determinadas pautas de relación que se mantienen a lo largo de la vida y que pueden ayudar u obstaculizar el bienestar de las personas (Watzlawick y Nardone, 2000). Es, además, un sistema abierto, en continua interrelación tanto en sus componentes internos como externos, afectados mutuamente por los cambios o movimientos que se generan en cada uno de ellos. Por esto se puede decir que el funcionamiento familiar, su crecimiento y desarrollo, tienen influencias y repercusiones individuales sociales y culturales (Martínez, 1995).

De esta forma, entender la familia implica reconocerla como un sistema vivo que intercambia información a nivel interno y externo, que cambia con el tiempo y cuyo desarrollo se forja en diferentes etapas en su ciclo vital. La idea básica que subyace al concepto de ciclo vital familiar es que todas las familias, entendidas en su sentido más amplio, “experimentan cambios a lo largo del tiempo y que estos cambios, observan unas determinadas regularidades, en otras palabras, que se ajustan a un patrón previsible que se puede describir en términos de etapas, transiciones o de crisis” (Beyebach & Rodríguez, 1995, p.58).

A la hora de adoptar la perspectiva del ciclo vital, la premisa que se sustenta es que el ciclo del desarrollo familiar es algo diferente a la mera suma o yuxtaposición de las biografías individuales de los miembros de la familia. Esto quiere decir que no es el individuo el que, con la familia al fondo, va atravesando una serie de etapas en el transcurso del tiempo, sino que la familia como tal es la que evoluciona.

Se aplica pues la idea sistémica de que el todo es más que la suma de las partes. Esto muestra la perspectiva holística y su dimensión relacional, por las conexiones entre las distintas personas y contextos que hacen parte de la familia. Desde la teoría de los sistemas, el modelo de desarrollo familiar permite entenderla

como un sistema en transacción, tanto con otros sistemas sociales como con el impacto interaccional de individuos en diferentes etapas y de su efecto recíproco en el tiempo. En este sentido, afirma Torre (2001, p.14) que:

Todas las familias viven y tienen que afrontar continuamente situaciones de cambio que introducen tensiones en el sistema y requieren la adaptación a situaciones nuevas. Por el simple hecho de existir, de que el tiempo pasa y los cambios se suceden, de que provenimos de cierto tipo de familia, de que vivimos en una sociedad con ciertas demandas, las familias se ven obligadas a afrontar cambios.

Las transiciones del ciclo vital constituyen momentos privilegiados de cambio, dado que los procesos de transición evolutiva empujan la flexibilización de la estructura de la familia, abriendo posibilidades que en otros momentos no se ofrecen. Pittman (1990) apunta en esta dirección, al señalar que las crisis de desarrollo exigen que la familia modifique su estructura para adaptarse a ella. En su opinión, los problemas surgen cuando parte o toda la familia trata de evitar las crisis resistiéndose a ellas, en vez de adaptarse y acomodarse a los cambios que implica la nueva fase.

Este proceso de transición del ciclo vital familiar, si bien ha sido desarrollado por diferentes autores, alrededor de las crisis, cambios y tensiones que se ponen en juego en esta etapa no se conocen investigaciones que analicen la emancipación del joven, desde un hecho concreto como es la entrada del hijo/a mayor a la universidad. Los aportes de este libro resultan novedosos y contribuyen a las discusiones sobre los ciclos vitales de la familia, en la medida en que no interesa lo que pasa con el joven de manera particular, sino en su dinámica relacional dentro de la familia: sus cambios, factores obstaculizadores o posibilitadores y los recursos que se ponen en juego para permitirlo.

Se parte de los desarrollos teóricos de diversos autores que coinciden con González (2000) al afirmar que estos periodos de transición de una etapa del ciclo vital a otra, hay una indefinición de las funciones, porque los miembros de la familia están asumiendo un nuevo rol. Según este autor, el querer conciliar ambos funcionamientos puede producir fluctuaciones, inestabilidades y transformaciones, que se expresan en ciertos niveles de desorganización de la familia, lo que se denomina como crisis evolutivas. En estas crisis se pone en evidencia la necesidad de cambiar las viejas pautas de interacción por otras nuevas que posibiliten, a cada uno de los miembros de la familia, el desempeño de nuevas funciones en sus roles, poniendo de manifiesto un desarrollo cada vez más acabado de individuación, en

especial para el joven, y de una estructura familiar más compleja y diferente a la anterior, lo que da lugar al crecimiento y desarrollo de la familia.

Es así que resulta interesante conocer la búsqueda de equilibrio que hace el joven y su familia, al intentar integrar la autonomía y la dependencia; por un lado, el darse cuenta de ser un “sí mismo” diferenciado a través del distanciamiento de su familia de origen, que facilita un descentramiento en la visión de su realidad interna y, por otra parte, la necesidad de conservar los vínculos que le permitan sentirse unido a una familia que garantiza la protección y amparo de alguna u otra forma (Ríos, 2005). Para las instituciones que trabajan con procesos formativos con familias, la comprensión de este tránsito representa una oportunidad importante para formular y desplegar diferente tipo de acciones educativas y de acompañamiento a las familias, de tal modo que logre generar los cambios en las relaciones familiares necesarios, para que el joven haga un tránsito posibilitador de su formación humana y profesional en el curso de su carrera.

Frente a la necesidad de cambios en la familia justo frente a esta nueva experiencia del hijo/a mayor, autores como Ríos (2005) y Chacana (2005) consideran que es importante que, con la entrada del hijo/a a la universidad, esta se prepare para asumir su responsabilidad emocional y pueda permitir en el joven la creación de nuevos vínculos afectivos, fuera de los de la familia, dado que los afectos y emociones empiezan a abrir un camino nuevo. Por su parte, las familias con dificultades para desplegar movimientos morfogénicos experimentan este proceso de manera especialmente crítica. En ese sentido, dichas familias pueden llegar a entorpecer el proceso, ya que los padres lo consideran como una verdadera amenaza a la estabilidad familiar. Es así como este acontecimiento supone una serie de transformaciones: hay condiciones nuevas que suponen un cambio en las pautas de interacción familiar que la ponen en tensión interna, en su dinámica y normas de funcionamiento habituales.

En este ciclo vital se ponen en juego varios aspectos de la vida familiar, vinculados con la autonomía funcional y emocional; en esta fase, los problemas suelen estar centrados en que el joven o sus padres no reconocen la necesidad del cambio hacia una relación menos jerárquica, basada en que ambos son ahora adultos (Torre, 2001). La familia se sitúa, en esa medida, como una posición auténtica de transición, lo que significa que han de dar respuestas adecuadas a las necesidades que se encuentran implícitas en el paso de un ciclo vital a otro. Los elementos que se ponen en juego en esta etapa involucran la identidad personal, la reflexión sobre aspectos transmitidos desde la familia de origen, la autonomía y la dependencia. Se comprende que la autonomía busca la toma de conciencia e involucra el alejamiento

de la familia, y por el otro lado, la dependencia indica la necesidad de conservar vínculos que permitan el sentimiento de protección y amparo (Ríos, 2005).

En este ciclo, los hijos/as jóvenes aumentan la distancia respecto a los padres, de tal manera que “lo adquirido en la adolescencia va a ampliarse cuantitativa y cualitativamente [...] el joven va a reclamar más autonomía, más libertad y más independencia” (Ríos, 2005, p.111). De esta forma, la estructura familiar cambia significativamente en algunos aspectos, pues aunque el hijo/a siga viviendo en casa, la dinámica de relacionamiento cambia; lo que antes era una relación de adulto – niño ahora se transforma en una relación adulto-adulto.

Los padres de esta forma, pierden tareas que hasta ahora se ejercían, lo cual llevan a que la dimensión de la interacción sufra un cambio cualitativo en el cual el hijo/a se convierte en un joven -adulto con el que hay que ejercer funciones de apoyo y respaldo, pero de manera discreta y no impositiva, como se llevaron hasta ese momento.

De esta forma, el ingreso del hijo/a mayor a la universidad supone, en esta etapa, un replanteamiento del contrato relacional básico (en especial de las pautas de distancia e intimidad), aunque también incluyen transformaciones profundas en la cohesión y la adaptabilidad. Así, cuando el hijo/a mayor ingresa a la universidad, se ponen en juego los recursos individuales y familiares –unas veces facilitando y otras dificultando el proceso.

Los recursos se entienden como rasgos, características o habilidades de un miembro de la familia, el sistema familiar y la comunidad, que pueden ser utilizados para enfrentar un hecho estresante. Los recursos personales e individuales incluyen la situación económica, la educación, la salud (física y psicológica) y los recursos psicológicos; mientras que los recursos familiares se refieren a los atributos internos de la unidad familiar que la protegen del impacto de los estresores y facilitan la adaptación durante la tensión o crisis. En la encrucijada de adaptarse a los cambios que se van presentando, la familia –que es a su vez estable y flexible- es más capaz de hacerlo de forma adecuada; de ahí que la importancia de esta doble capacidad responde a la necesidad de preservar lo conocido que configura un sentimiento de identidad y continuidad y, de igual forma, producir nuevas pautas de interacción para afrontar los hechos y adaptarse a ellos (Torre, 2001).

Los recursos familiares median el impacto del suceso estresante sobre el nivel familiar de tensión; dicha variable mediadora se refiere a la capacidad familiar para prevenir la ruptura provocada por un cambio o un suceso estresante. De tal

manera, cuando los miembros tienen recursos suficientes, tienden a ver menos una situación estresante como problemática (Torre, 2001).

Entre los recursos familiares más importantes que destaca este autor se encuentra la cohesión, la cual se expresa en el nivel de apoyo mutuo, afecto y confianza entre los miembros de la familia; por otro lado, está la flexibilidad, ya que en la medida que la organización interna de la estructura familiar sea más flexible, permite adoptar nuevos roles y reglas que facilitan la solución de los conflictos. Esta capacidad de la flexibilidad da paso al recurso familiar de la adaptabilidad, que señala la capacidad para enfrentar cambios y adaptarse al medio social; y por último, la permeabilidad como un recurso que se refiere a la capacidad de abrirse hacia otras instituciones de la sociedad, permite las relaciones de sus miembros con otros subsistemas.

Es justo en este contexto de transición donde cobran sentido las respuestas a las preguntas investigativas que pretende mostrar el libro: ¿cómo se gestan las relaciones familiares con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, en esta etapa del ciclo vital familiar?, ¿qué tipo de cambios en los roles y funciones se presentan?, ¿cuáles son las pautas de interacción familiar que favorecen y no favorecen esta experiencia en relación a la independencia, autonomía y responsabilidad? y de ¿qué recursos se vale el sistema familiar para asumir la nueva etapa?

Con esas preguntas de fondo, este libro pretende mostrar las principales conclusiones a las que se llegó en el proceso investigativo que se realizó durante el año 2015, en la línea de investigación en Desarrollo familiar y comunitario, liderada por el Centro de familia de la Universidad Católica de Pereira.

Esta investigación se enmarcó en un enfoque cualitativo – sistémico, que centra su interés en la generación del entendimiento. Ahí, la temporalidad y la comprensión pasan a ser consideradas como dimensiones fundamentales ya que están enraizadas en los aspectos experienciales del sujeto y toda experiencia supone -inevitablemente- una vivencia determinada en un contexto. Estudiar un fenómeno social desde este enfoque permitió llegar a construir un marco holístico en el cual el todo es mayor que la suma de sus partes y romper con el principio de sumatividad que fragmenta los fenómenos, en hechos simples y aislados que se pueden unir y generalizar, para considerar que todo cambio familiar responde a factores multicausales y multidimensionales en el que las partes son tenidas en cuenta en su interacción y mutua interdependencia.

Con esta inspiración, el desarrollo investigativo tuvo un acercamiento focalizado en el área de investigación, con seis familias de estudiantes de segundo

semestre con quienes se aplicaron distintas técnicas inspiradas en el modelo biográfico–narrativo, muy útiles para el intercambio de significados que apuntan a la indagación e interpretación de fenómenos ocultos a la observación de sentido común, tales como el relato autobiográfico, biogramas, grupos focales y entrevistas en profundidad. Gracias a ellas fue posible identificar los significados que, tanto padres como hijo/as, otorgan a esta experiencia y las implicaciones de este hecho para las dinámicas relacionales en este ciclo vital. Pujadas (1992) sostiene que esta técnica permite recoger los acontecimientos y las valoraciones que hace la persona de su propia experiencia; por tanto, permite asistir y participar en la elaboración de una memoria, no solo como transmisión sino como una construcción en la que participa el propio investigador.

Las entrevistas en profundidad representaron la oportunidad de ahondar en los asuntos más significativos que surgieron en las narrativas del grupo focal y que resultaron de total pertinencia para profundizar en las pautas relacionales de las dinámicas familiares, en tanto que son factores favorecedores del tránsito del hijo/a a la nueva etapa y de aquellos aspectos que no lo están favoreciendo. Con los primeros hallazgos, las gráficas del biograma permitieron mostrar los principales cambios en la dinámica familiar, vistos desde la perspectiva de los padres/madres y de los hijo/as.

La información generada en el marco de cada una de las técnicas utilizadas fue reelaborada, sintetizada e interpretada, en la búsqueda de patrones concurrentes, temas comunes, solapamientos y divergencias en las trayectorias vitales de las familias participantes de la investigación. Todos estos procesos de análisis e interpretación se vieron guiados por el propio relato narrativo y por los intereses y creencias del equipo de investigadoras: “Por ello, es necesario reconocer que el resultado final es siempre una síntesis más o menos armónica y negociada de la posición de ambos y por tanto ha de ser reconocido como un conocimiento elaborado a varias voces” (Sandín, 2009 p. 34).

Para el procesamiento y análisis de la información se realizó un proceso de codificación, en el que se fueron condensando unidades de análisis, según los objetivos de investigación. El siguiente paso consistió en la reagrupación de todos aquellos códigos o etiquetas que compartían un mismo significado; este paso guió hacia la identificación de categorías y subcategorías. La asignación de nuevas etiquetas a cada uno de los grupos de significado fue el resultado de un nuevo esfuerzo de abstracción, en el que se denominaron de manera abarcadora todos los sentidos que allí se expresaron (González y Cano, 2006).

Con la anterior información depurada en grupos de significación, se diseñó una matriz categorial que favoreció la identificación de relaciones entre ellos y así se pudo dar un nuevo paso en el proceso de organización de los datos a través de su reducción e interrelación. Por otra parte, facilitó el trabajo comprensivo para descubrir nuevas relaciones y explicaciones sobre lo que dicen los datos, es decir, facilitó el camino interpretativo en función de los objetivos propuestos en la investigación.

Con estas breves aclaraciones de orden metodológico, en torno al desarrollo de la investigación, la estructura del libro se presenta en cuatro grandes apartados. El primero de ellos pretende mostrar un panorama amplio de la relación entre la familia y la universidad, para dar cuenta de esto, ubica la familia en perspectiva de su ciclo vital familiar, como marco de fondo, indispensable para comprender las tensiones, necesidades y circunstancias relacionales que están inmersas en un acontecimiento que se suma a la comprensión de este entramado relacional, como es el ingreso del hijo/a mayor a la universidad. El segundo capítulo se centra en el área de la dinámica familiar; se desarrollan aquí, con especial énfasis, cinco subcategorías de la dinámica relacional: comunicación, afectividad, cohesión familiar, roles - funciones y jerarquías; a la luz de estos desarrollos, se muestran todos los cambios en estas dimensiones acaecidos como consecuencia del ingreso del hijo/a mayor a la universidad. En el tercer capítulo se presenta un aspecto de vital importancia para las instituciones encargadas de abordar procesos psicoeducativas con familias y de preparación de los jóvenes para la vida universitaria, como son los recursos y redes familiares que se activan o no, en esta etapa universitaria de los jóvenes. Allí se resaltan los factores familiares que favorecen y no favorecen dicha etapa. Por último en el cuarto capítulo, se concluye con unas reflexiones que muestran rutas de actuación y retos a considerar tanto por las familias como por las instituciones de educación superior, a la hora de favorecer, preparar y disponer de estrategias institucionales para garantizar una formación integral y preparación profesional, en articulación con la familia, que pocas veces es considerada en su real importancia para el proceso de formación universitaria.





CAPÍTULO I

PANORAMA DE LA FAMILIA EN EL CICLO VITAL EN EL QUE EL HIJO/A MAYOR INGRESA A LA UNIVERSIDAD



1.1 Aproximaciones a la relación familia y universidad

Referirse a los hijos/as universitarios es hablar de un espacio en el cual la familia empieza a vincularse con un nuevo sistema; aunque es el hijo/a quien ingresa a este entorno, tiene repercusiones sobre todo el sistema familiar, pues implica, el adoptar nuevos roles, nuevas funciones y nuevas experiencias. La forma en la que la familia, como sistema, responde a esta situación se ve involucrada en el éxito que puede tener en el tránsito a la vida universitaria.

La mirada se enfoca a temáticas relacionadas con la mayor independencia, libertad y en ocasiones una mayor lejanía de los aspectos familiares involucrados en todo el proceso de formación. Esta experiencia ha sido analizada desde diversas perspectivas, una de ellas, que para el caso resulta más significativa, es la importancia que adquiere el acompañamiento familiar para el joven universitario.

Autores como Álvarez, Herrera, Quiles, Rodríguez y Sabiote (2008) coinciden en que la familia es uno de los pilares esenciales de los jóvenes universitarios, por lo que se valora el núcleo familiar como el lugar donde se cimenta el proceso de socialización del individuo y en el cual se comienza a educar en valores. Se encuentra, además, que los jóvenes consideran a la familia como la institución primordial, la cual ocupa un lugar privilegiado en la orientación de sus vidas y un espacio que proporciona un alto grado de estabilidad.

Por su parte, Enríquez y Solernou (2013) encuentran que la familia es donde el estudiante se apoya para transitar por todos aquellos cambios en los que se ve afectado, así como en la adopción de métodos de estudio para mejorar su desempeño académico. Dorio, Figuera y Forner (2003) son otros autores que se unen a este interés; en sus estudios realizados en España hacen referencia al soporte familiar como un elemento de suma importancia, encontrando dos dimensiones de apoyo fundamentales en la familia: afectiva y material.

Asimismo, Espitia y Montes (2009) sostienen que las funciones de las familias se cumplen en dos sentidos: uno propio de esta institución, como lo es la protección psicosocial e impulso al desarrollo humano de sus miembros, y en un segundo sentido externo a ella, la adaptación a la cultura, las transformaciones de la sociedad y el ingreso a la educación superior.

Es por esto que el sentido que adquiere la familia en el ingreso de los hijos a la universidad está visto desde las adaptaciones y retos a los que se ven enfrentados los universitarios. La familia es aquel escenario particular que influye de manera significativa en este proceso; no solamente en el apoyo emocional sino también en la estimulación a un buen rendimiento académico.

Algunas dificultades que experimentan los jóvenes con la entrada a la universidad, plantean Cornejo y Lucero (2005), tienen que ver principalmente con problemáticas sobre asuntos personales y de adaptación a la nueva etapa académica que se inicia. Esto se manifiesta en falta de seguridad en sí mismos, acompañado de temores a no poder responder a las exigencias académicas, como también al alejamiento del grupo familiar de origen.

En relación con la nueva etapa académica, para Rodríguez y Torres (2006) es significativo mencionar que existe una clara relación entre el contexto familiar y el rendimiento académico. La percepción que tienen los estudiantes de su contexto familiar (positiva), apoyo familiar, respeto por el tiempo de estudio, opiniones de la familia frente a la carrera y exigencia de buenas calificaciones, es directamente proporcional a un buen rendimiento académico, por lo que los autores concluyen que intervenir en el contexto familiar puede llevar a que los estudiantes alcancen logros académicos evidentes.

Se logra evidenciar una mirada al valor que adquiere la familia en el proceso de transición del joven universitario, desde las preconcepciones que tienen los hijos, el mantenimiento de los estilos y/o hábitos enseñados en el medio familiar y el apoyo que le propicia la familia al joven para favorecer su bienestar psicológico.

Desde la perspectiva de las preconcepciones que tienen los jóvenes al ingresar a la universidad, Solano (2010) encuentra que para ellos el ingreso a la universidad genera una tensión emocional importante. A esta sensación se suma a la necesidad de volver a construir vínculos y a ubicarse en el nuevo contexto, bajo nuevas pautas de interacción, así que no solo implica un cambio de vida sino también de lógicas de relacionamiento, de pensamiento y de valoración; todo un cambio de las producciones e interpretaciones de los sentidos.

Por su parte, Castaño y Páez (2010) en un estudio realizado en la universidad de Manizales, encuentran que si bien existen algunos hábitos que se modifican o se cambian para generar un mayor beneficio, gran parte de las costumbres enseñadas por los padres o familiares cercanos siguen siendo parte de la actual rutina de los jóvenes.

Es necesario recalcar que otra corriente de autores han puesto en el horizonte teórico una perspectiva más cercana a las pretensiones de este libro, pues prefiguran la pregunta por la dinámica particular que se gesta en la familia a partir del ingreso de los hijos al medio universitario.

Frente a este tema, autores como Escobar y Rodríguez (2008) ponen en evidencia que las relaciones sostenidas entre los miembros imprimen una dinámica

particular a cada grupo. Sin embargo, se comparten algunos aspectos generales, como los temores por la independencia de los jóvenes, los conflictos que se gestan entre padres e hijos y entre hermanos; además, el ingreso del hijo a la universidad representa para las familias y los padres, una esperanza, pero también un peligro. Aspectos estos que generan dificultades en las relaciones, manifestando sentimientos de inconformidad y rechazo hacia ciertas actitudes de algunas de las personas que conforman la familia.

En sus hallazgos principales, Escobar y Rodríguez (2008) encuentran que la familia es el sistema relacional primario en el proceso de individuación, crecimiento y cambio del individuo. Por lo tanto, cuando los hijos o las hijas ingresan a la universidad, dicho proceso no afecta solo al joven sino también a todo el sistema familiar, generando tensión familiar que pone en acción las capacidades y recursos existentes en el grupo. De esta manera, la dinámica familiar no solamente es diferente para estos jóvenes sino también para sus padres.

Es por esto que la universidad representa un mundo en el cual las actuaciones de la familia en el nivel de la escuela ya pueden llegar a ser insuficientes o excesivas (Garreta, 2007), puesto que se suma no solo la entrada a la universidad, sino además las etapas de desarrollo de los jóvenes, que tienen que ver con su emancipación.

Coincidiendo con los cambios que se producen en el desarrollo al final de la adolescencia, el acceso a la Enseñanza Superior enfrenta a los jóvenes a numerosos desafíos, como la separación de la familia, de los amigos y las exigencias de mayor autonomía (Braxton, Bray & Berger, 2000).

El tránsito y la adaptación al contexto universitario se han conceptualizado, en esa medida, como un proceso complejo y multidimensional, en el cual se ven implicados múltiples factores de naturaleza personal y contextual. El impacto de la enseñanza superior se extiende más allá del dominio estrictamente cognitivo, ya que el proceso tanto de formación como de aprendizaje, se configura en función de una diversidad de factores académicos y no-académicos que suceden dentro y fuera de las aulas (Soares y Almeida, 2001, Soares, 2003 y Soares, Guisande, Diniz y Almeida, 2006).

En efecto, se presentan dos perspectivas en relación con la adaptación y el tránsito a la vida universitaria: la que procura comprender y explicar, dentro de una tradición intrapsíquica, los cambios experimentados en el estudiante a lo largo de su etapa universitaria, y la que ha procurado comprender y explicar cómo las características de los contextos universitarios afectan la calidad de adaptación y desarrollo de los estudiantes (Soares et al., 2006).

Dicho proceso de adaptación y transición a la vida universitaria, desde los aportes de Jiménez, Izquierdo y Blanco (2000) y González, Núñez, Álvarez, Roces, Muñiz, Valle, Cabanach et al. (2003), involucra las variables relacionadas con la calidad de las instituciones universitarias y las características que los estudiantes y sus familias presentan en el momento del acceso a la universidad. Lo anterior permite vislumbrar que la familia es y puede llegar a ser un eje fundamental en el que su dinámica interna favorece o perjudica el tránsito a la universidad, sin olvidar que dichas variables mencionadas se encuentran en constante interacción y relación.

La familia es un vínculo muy importante que se ve involucrado en la formación de los estudiantes. A lo largo de la historia, la escuela, la universidad y la familia siempre han dejado una huella en la vida de las personas y se han mantenido en constante transformación. Es necesario mencionar que la participación del núcleo familiar en los entornos de formación ha cambiado con el paso del tiempo, trascendiendo el aspecto individual de la educación y convirtiéndose en participantes activos en la gestión de dicho proceso (Pariente, 2006).

Lo anterior quiere decir que, en los procesos educativos, ya no solo se enfoca la mirada en la relación entre profesores y estudiantes, sino que se abordan las múltiples variables, entes e instituciones que se ven involucradas. La familia toma un sentido diferente al ser considerada parte importante y actuante en el ámbito educativo.

Al entender que todas estas instancias, entre ellas la familia, se ven involucradas en dicho tránsito, se posibilita dimensionar la experiencia de la entrada de los hijos/as a la universidad desde una perspectiva sistémica. Esta red alberga un conjunto de nuevas experiencias, sentidos y significados que afectan de diversos modos la interacción tanto a nivel externo como interno del grupo familiar.

De este modo, queda claro que la universidad se gesta como ese nuevo sistema con el cual la familia empieza a relacionarse y, tal como lo plantea Enríquez (2013), cuando la familia afronta esta nueva situación se presentan cambios en todo su funcionamiento interno, puesto que demanda el cumplimiento de roles nuevos, tanto para la familia como para que el estudiante logre asumir los retos académicos, económicos, sociales y familiares. En esa medida, la familia siempre ha de estar presente desde una posición activa o pasiva en el entorno universitario.

Bartutis (2007) sostiene que, actualmente, el ámbito educativo se relaciona con variables sociales, económicas, culturales y políticas que demandan mayores exigencias en la formación de los profesionales. Es, pues, un imperativo de este

tiempo formar profesionales de una manera integral, trazada por las diferentes dimensiones que construyen al ser humano.

Dicho entramado adquiere una connotación especial y compleja pues requiere esfuerzos coherentes y coordinados no solo de la institución educativa, sino también de las demás dimensiones con las que se relaciona el universitario, las cuales representan un conjunto de factores que participan en el proceso. Dicha idea es significativa para comprender que la educación, particularmente en la universidad y su articulación con las familias, desempeña un papel rector en el sistema de influencias sociales que estimulan la formación y desarrollo (Bartutis, 2007).

Delgado (2007) considera, en esa medida, que la familia es el primer laboratorio donde los estudiantes empiezan a relacionarse con otros seres humanos y a desarrollar lazos afectivos con ellos mismos, sus allegados y con el medio ambiente en el que se desempeñan. Es así como las relaciones familiares, su situación económica, la preparación académica de sus padres, entre otros, impactan en su éxito o fracaso.

De tal manera que el estudiante, cuando ingresa a la universidad, aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, no deja de vincularse con su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado. Ese equipo lo acompaña en su vida universitaria (Corral y Zallas, 2014), así como su entorno familiar no deja de relacionarse con esa nueva experiencia:

En muchas ocasiones se considera que "los hijos, al ingresar a la universidad, ya no requieren apoyo de la familia {...}; sin embargo, al ingresar a la institución de educación superior, los estudiantes si no son apoyados por su familia en su formación, sus aspiraciones se ven truncadas" (Corral y Zallas, 2014, p. 10).

Se hace relevante, en ese sentido, indagar en la manera en que percibe el estudiante su ambiente familiar, su dinámica interna como sistema, la importancia que sus padres le dan al estudio, el apoyo familiar, entre otros: "El contexto familiar del estudiante determina los aspectos económicos, sociales y culturales que llegan a limitar o favorecer su desarrollo personal y educativo" (Corral y Zallas, 2014, p. 5).

En la etapa inicial de estudios universitarios, determinan Whitaker y Slimak (citados en Delgado, 2007), hay tres procesos relacionados entre sí que interfieren en su desarrollo y éxito académico: un individualismo relativo, un proceso de lealtad y el ciclo de vida familiar. En dicho proceso intervienen diversas variables, como la intensidad de la dependencia entre el estudiante y su familia, la flexibilidad de sus padres, la separación geográfica y los aspectos económicos.

Tal como menciona Delgado (2007), los cambios en el ciclo de la vida familiar de los jóvenes son rápidos y si los padres son flexibles y comprensivos en su necesidad de autonomía, identidad y separación, entonces no se presentarán dificultades. Para autores como Ríos (2005) y Chacana (2005), los cambios al interior de la familia, en su dinámica interna, se relacionan con la capacidad de asumir responsabilidad emocional para que el joven pueda crear nuevos vínculos afectivos fuera de los de la familia.

En un estudio realizado por Hummel y Steele (citados en Delgado, 2007) se encontró que los estudiantes que reciben apoyo, motivación y ayuda de sus padres en el logro de sus metas académicas, no solo perseveran sino que experimentan un intenso deseo de sobresalir en los estudios y de superar su nivel de vida. En palabras de Puente (1999, p. 283), “en ocasiones los estudiantes fracasan no porque carezcan de estrategias cognitivas, sino porque carecen de estrategias afectivas de apoyo para desarrollar y mantener un estado psicológico interno y un ambiente de aprendizaje apropiado”.

Es posible observar que la familia, aunque adopta o necesita acoplarse a nuevos funcionamientos diferentes a los de la etapa de la escuela, se presenta como un eje fundamental en el cual el apoyo económico y el afectivo se ven directamente involucrados en el nuevo tránsito. Estudiar en la universidad es un asunto muy importante hoy en día para los jóvenes y para sus familias, que en medio de la ausencia de la seguridad económica y financiera, ven en los estudios superiores una posibilidad, aunque incierta, para mejorar sus condiciones sociales manteniendo viva la promesa del progreso a través del mérito individual.

En estas condiciones, a los jóvenes universitarios de hoy en día, paradójicamente, les toca depender por más tiempo de sus familias. Lo que ha encontrado Rojas (2011) en sus investigaciones es que los jóvenes deben postergar por más tiempo su autonomía, al tiempo que redefinen el involucramiento parental que se extiende más allá de su función de garantías básicas para la reproducción generacional:

La postergación de la autonomía de los jóvenes frente a la exigencia de una mayor preparación universitaria, por una parte, y los problemas de acceso a un mercado profesional que les permita ganar su autonomía, por otra, configuran un campo de estructuración intrincado con los cambios en la estructura familiar (Rojas, 2011, p. 1).

1.2 El trasegar de la familia en su ciclo vital

El concepto de familia ha sido indagado por diferentes autores, quienes plantean elementos útiles para comprender su complejidad. La familia se ha abordado como institución social, grupo, construcción social y conjunto de relaciones emocionales. Hace algunas consideraciones sobre estas definiciones de familia: “como institución, la familia es una serie de abstracciones de la conducta, un sistema de normas que tienen el carácter de reglas de comportamiento para sus miembros”. En esta mirada, es importante resaltar que la familia tiene unas funciones sociales, tales como la reproducción de sus miembros, la adecuada socialización, el mantenimiento del orden dentro del grupo y la relación con el resto del sistema social. La familia, para este autor, es en sí “un conjunto de personas que interactúan en la vida cotidiana para preservar su supervivencia” (Hernández, 2003, p.15).

Como construcción cultural, la familia “es un constructo cultural constituido por valores sociales, tradicionales, religiosos y políticos, puestos en acción por sus miembros en la medida en que la forma que adquiere la familia (...) es establecida por el medio cultural” (Hernández, 2003, p.15). En esta noción de familia, cada núcleo interpreta lo que proviene del gran sistema social, lo modifica y lo asume según su experiencia.

Por su parte, autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006) entienden la familia como una unidad social que enfrenta múltiples tareas de desarrollo, desempeñadas con base en los parámetros propios de cada cultura, pero manteniendo raíces universales. De tal forma, la familia es un nexo de intercambio diario entre sus miembros y los ambientes externos, tales como el lugar de trabajo de los padres, la escuela de los hijos y otras instituciones de la comunidad.

Por otro lado, el concepto de familia como conjunto de relaciones emocionales apunta a que ella es:

una forma de vida en común, constituida para satisfacer las necesidades emocionales de los miembros a través de la interacción (...) los sentimientos muchas veces encontrados, proveen un ambiente dentro del cual los individuos viven procesos que determinarán su estilo de interacción en otros contextos (Hernández, 2003, p.16).

En esta perspectiva, es la familia quien se encarga de regular las emociones de los individuos y de esta manera cumple con su función de satisfacer las necesidades emocionales de los mismos.

Según Rico (2005), la familia es conocida como un grupo heterogéneo, complejo y cambiante que reúne en el espacio géneros y generaciones, funciones diferentes, responsabilidades comunes y dependencias; las cuales varían a lo largo del tiempo.

Estos autores permiten vislumbrar que la familia pasa por una serie de procesos que forman parte fundamental de su constitución, es decir, que los cambios y responsabilidades que asume cada uno de sus miembros son indispensables para el mantenimiento de su constitución, ya que constituye su desarrollo y ciclo vital familiar.

El término de **ciclo vital familiar** es entendido como el proceso de evolución esperable en una familia. Aparentemente simple, este concepto encierra varios elementos para destacar: el primero de ellos es el de proceso que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase, al tiempo que el de evolución, permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo (Ríos, 2005).

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que las personas atraviesan en general a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. El pasaje de una etapa a otra implica un cambio, el cual lleva consigo una nueva experiencia. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

En esta misma línea, Barquero y Trejos (2004, p.2) mencionan que:

el ciclo de vida de las familias, alude a las diversas fases o etapas por las que suelen pasar los arreglos familiares, desde la constitución del núcleo inicial (parejas con o sin hijos), pasando por distintos momentos de cambios de acuerdo al crecimiento del grupo inicial y al crecimiento de sus miembros, hasta la disolución de dicho núcleo o dispersión en nuevos núcleos y arreglos familiares.

Teniendo en cuenta lo anterior, se da la necesidad de comprender el ciclo vital no como el resultado de los cambios evolutivos que se generan en uno de los miembros individuales de la familia, sino como la transición que se genera en el grupo familiar; esto viéndolo como un verdadero sistema vivo en crecimiento.

Por tanto, el crecimiento que se genera dentro del ciclo vital de la familia parte de todas aquellas etapas evolutivas que se forman tanto de manera grupal como individual. Estas etapas están mediadas por una serie de acontecimientos,

tales como las crisis que se dan por un desequilibrio en la familia y los recursos o estrategias que utilizan con el fin de superar aquellos acontecimientos.

Los recursos varían según las experiencias, ya que el proceso evolutivo de los miembros se conoce según las fases y acontecimientos que ellos están viviendo. Este proceso puede estar enmarcado en la etapa de la adolescencia y la emancipación, pues son las etapas en las cuales el ser humano comienza a vivir nuevas experiencias. Esto no quiere decir que la familia, en tiempos anteriores, no haya tenido acontecimientos estresores, sino que este nuevo cambio puede generar unas nuevas pautas de interacción, donde es necesario que la familia opte por nuevas formas de afrontarlo.

La etapa de la adolescencia y emancipación se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, que provocan ambivalencias y contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la sociedad a la que el adolescente desea incorporarse: “La adolescencia es una etapa decisiva en la adquisición de los estilos de vida, ya que se consolidan algunas tendencias comportamentales adquiridas en la infancia y se incorporan otras nuevas provenientes de dichos entornos de influencia” (Pérez, Martínez e Inmaculada, 2009, p. 5).

Los jóvenes pasan menos tiempo con la familia, se producen cambios en los estilos afectivos que empleaban con sus padres anteriormente y en la percepción que tenían de ellos (los desidealiza). Este es un proceso doloroso para los padres, ya que sus hijos comienzan a cuestionar sus juicios, opiniones y puntos de vista sobre el mundo; incluso pueden encontrarle fallas y rebelarse contra ellos (Soutullo y Sanz, 2010).

Todo este cambio se da debido a la necesidad que tiene el joven de adquirir mayor autonomía para configurar su proyecto identitario. De ahí que las relaciones con él impliquen la adquisición de nuevos referentes que entran en colisión con los referentes familiares; algo que podría denominarse como un segundo momento de individuación (González, 2000).

Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p. 81). Sin embargo, refiere este autor, para que todo ello sea posible el joven ha debido interactuar con su primer grupo de socialización, la familia. Esto le posibilita reconocer las virtudes y falencias dentro del proceso de socialización primaria con su contexto familiar.

El joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo; es ahí donde empieza a crear integración entre la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le permite percibir que empieza a ser “sí mismo”, de manera más clara y diferenciada (Ríos, 2005).

En este proceso de emancipación y autonomía existe una serie de tomas de decisiones que, según Erikson (citado por Diane, Sally & Duskin, 2009, p. 515), “se forma a medida que los jóvenes resuelven tres cuestiones principales: la elección de una ocupación, la adopción de los valores con los que vivirán y el desarrollo de una identidad sexual satisfactoria”.

Como lo menciona este autor, la elección de una ocupación también forma parte del proceso de emancipación y la autonomía del adolescente; es ahí donde se reconoce la premisa principal de los cambios en el sistema familiar, con la entrada del hijo mayor a la universidad, ya que este nuevo cambio -como se ha dicho en apartados anteriores- no se da solo en el hijo/a, sino que también se genera al interior de la familia. En lo que refiere a Wagner (2007, p. 113):

La idea de que los hijos deben ser criados para el mundo refleja un patrón educativo ideal a ser alcanzado por las familias. Sin embargo, no siempre es una tarea de fácil realización. La complejidad inherente a la etapa del ciclo evolutivo vital en el cual los hijos salen de la casa, incluye desde los aspectos relativos a la herencia transgeneracional hasta los socioeconómicos y culturales del contexto familiar.

Todas las familias en su desarrollo evolutivo han de afrontar, llegado un determinado momento, la separación que inevitablemente tiene lugar entre padres e hijos/as. El crecimiento de los hijos es tan rápido que muchas veces los padres no puede “digerir” los cambios que conlleva el paso de una etapa del ciclo vital a otra y aunque todavía no hayan acabado de asimilar una, ya se encuentran con que tienen que enfrentarse a otra nueva (Rojas, 1998, p. 181).

En esta etapa se plantea una serie de problemas sociofamiliares que dificultan tanto el crecimiento individual como familiar, donde las familias deben enfrentar procesos de desvinculación (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999).

Los padres y madres tradicionales que son apegados a los códigos, tradiciones y costumbres de la generación en la que fueron educados, presentan mayores conflictos con sus hijos/as por las demandas que ellos hacen en relación con su vida afectiva, sexual, la incorporación en el mundo público, sus amistades y gustos en el vestir. Por el contrario, cuando los padres y madres son más abiertos

al cambio y a las nuevas exigencias sociales, el proceso de socialización se acentúa en la formación ética y la construcción de la autonomía de los hijo/as, pese a que puedan tener dificultades para desprenderse de su papel tradicional y tal autonomía (Jiménez, 2003).

Es importante recalcar que las familias, independientemente de la etapa por la cual estén pasando, siempre se verán expuestas a cambios. Estos pueden ser positivos o negativos, pero cada uno de ellos logra centrar unas bases sólidas para que el grupo familiar logre superar cualquier acontecimiento percibido como crítico. Las **crisis familiares**, entendidas desde González (2000, p. 3), hacen referencia a

un aumento de la disrupción, desorganización o incapacidad del sistema familiar para funcionar. La familia en crisis se caracteriza por la inhabilidad para retornar la estabilidad, y a la constante presión a hacer cambios en la estructura familiar y en los modelos de interacción (p.3).

Para Herrera y González (2002, p. 1),

En el tránsito por su ciclo vital, la familia oscila entre períodos de estabilidad y períodos de cambios, caracterizados estos últimos por contradicciones internas que son necesarias e imprescindibles para propiciar su desarrollo. Estas contradicciones surgen a partir de eventos familiares que constituyen hechos de alta significación para el individuo y la familia, y que provocan cambios en el ritmo normal de la vida familiar, originando momentos de estrés, al tener la familia que enfrentarlos reestructurando sus procederes habituales.

Dichas contradicciones se conocen como crisis. Los cambios se dan en diferentes momentos del ciclo vital, que pueden ser tanto individuales como familiares. El querer conciliar ambos funcionamientos produce, en ocasiones, fluctuaciones, inestabilidades o transformaciones que producen ciertos niveles de desorganización de la familia; es lo que se denomina como crisis evolutiva (González, 2000).

Se entiende como **crisis evolutiva** porque está en relación con los cambios biológicos, psicológicos y sociales de cada uno de los miembros de la familia y sus consecuentes transformaciones en las pautas de interacción del mismo contexto. De esta manera se entiende el carácter dinámico de las familias en las que las crisis evolutivas cambian las viejas pautas e impulsa a los miembros de la familia, en el desempeño de nuevas funciones en sus roles, poniendo de manifiesto un desarrollo cada vez más acabado de individuación y de una estructura familiar de complejidad

creciente y diferente a la anterior, lo que daría lugar al desarrollo de la familia (González, 2000).

Ahora bien, el paso de una fase a otra supone algo más que un cambio cuantitativo y un reajuste menor de la familia ante condiciones modificadas; se entiende que desplazarse a una nueva etapa exige siempre una verdadera transformación del sistema familiar. Es ahí donde las crisis que emergen de este cambio permiten que se obtengan nuevos recursos para su crecimiento.

Autores como Ríos (2005) hablan de tres tipos de crisis a las cuales las familias se ven enfrentadas: crisis normativas, que se dan cuando se requieren cambios en la estructura y reglas familiares; por ejemplo: contraer matrimonio, vivir el nacimiento de los hijos y su llegada a la adolescencia. Segundo, las crisis no normativas, que se dan por la ocurrencia de eventos estresores inesperados, como el divorcio, un accidente fatal en algún miembro de la familia, entre otros. Por último están la crisis de desarrollo, que son aquellos cambios esperables por los cuales atraviesa la mayoría de las personas; por ejemplo, la adaptación para enfrentar nuevos desafíos que forman parte del desarrollo de la vida normal.

González (2000) afirma que las crisis no solo implican la vivencia de circunstancias negativas o la máxima expresión de un problema, sino también la oportunidad de crecer y superar la contradicción con la consiguiente valencia positiva. Las crisis no son señales de deterioro; suponen riesgos y conquistas, son motores impulsores de los cambios. La familia en crisis no es necesariamente una familia disfuncional o problemática. El hecho de vivir en crisis no es necesariamente la causa de disfunción familiar, sino el modo como se enfrenta.

Como se ha venido planteando, todas las crisis que se gestan dentro de la familia no siempre son negativas y es ahí donde ella entra a crear y/o gestar recursos o estrategias para la superación de esas crisis, es decir, que estas pueden lograr la maduración del desarrollo familiar.

En esta misma línea, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven adulto es elaborar, modificar y transformar los roles; con ello se cambian las estructuras para contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.



CAPÍTULO II

DINÁMICA FAMILIAR: EL JUEGO RELACIONAL



Para comprender lo que implica la dinámica familiar se deben considerar diferentes elementos en relación con el entendimiento de la familia y con el propio concepto de dinámica. La Organización Panamericana de la Salud (2011) la comprende desde la interacción y los procesos que se generan en el sistema familiar; la dinámica implica aspectos en continuo movimiento, transformación y cambio, pues se encuentra ligada al entendimiento del sistema familiar en continua relación con él mismo y otros sistemas.

En este sentido se podría decir que la dinámica familiar conforma un tejido social que articula a los integrantes de la familia y se constituye en una red vinculante, tanto en su propia organización como con grupos familiares y con el mundo social e institucional. Define la pertenencia al grupo parental, establece los derechos y obligaciones según género, generación y parentesco. Por tanto, la dinámica familiar se sustenta en aspectos como la comunicación, la interacción y la socialización (Yepes & López, 2014).

Al ser el sistema familiar un microsistema, en él se interrelacionan sus integrantes, con base en propósitos, expectativas y anhelos. Dicho sistema es cambiante puesto que se encuentra sujeto a diversas influencias internas y externas. La familia, en esa medida, constituye la unidad social por excelencia que concentra formas de interacción y comunicación particulares que cambian y se transforman (Mínuchin, citado en Amaris, García & Rossi, 2002).

El sistema familiar constituye tres niveles (Equiluz, 2003): el biológico, que implica la función de la familia de perpetuar la especie; el psicológico, que involucra su función en crear los vínculos internacionales para la satisfacción de necesidades individuales; y el social, que denota la transmisión de las creencias, valores, costumbres y habilidades del individuo, que contribuyen a su desarrollo.

Franco (citado en Gallego, 2011) señala que dichos niveles y cambios en el sistema familiar obedecen al periodo histórico y social de cada época. Para él, el grupo familiar, por un lado, involucra los procesos de socialización primario; su objetivo es que los hijos se comporten de acuerdo con las exigencias vigentes del contexto; y por el otro lado, señala que todo grupo familiar tiene su dinámica interna y externa.

Según Viveros y Arias (2006) y Viveros (2010), la dinámica interna de la familia es un conjunto de condiciones en las que emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dicho tejido de relaciones y vínculos se relacionan directamente con la distribución de responsabilidades en el hogar, la participación y la toma de decisiones.

A partir de la dinámica interna es que se dan los procesos familiares de enculturación, socialización, humanización, subjetivación y de identificación. En este sentido, esta singular y particular forma de ser que tiene el grupo familiar contribuye en la formación de la cosmovisión que cada sujeto construye de su vida, de sí mismo y de la sociedad (Villegas 2005).

El concepto de dinámica, en esa medida,

Involucra todos aquellos aspectos suscitados en el interior de la familia, en donde todos y cada uno de los miembros están ligados a los demás por lazos de parentesco, relaciones de afecto, comunicación, límites, jerarquías o roles, toma de decisiones, resolución de conflictos y las funciones asignadas a sus miembros (Minuchin, citado en Amaris et al., 2002, p. 6).

Se involucran, por ende, las relaciones de cooperación, intercambio, poder y conflicto que existen en las familias (Velázquez, Ortega, Garrido, Reyes y Guadalupe, 2008). La dinámica familiar es un intercambio que se presenta en las relaciones familiares, lo cual se encuentra claramente relacionado con aspectos emocionales, familiares e individuales (Olson, Rusell y Sprenkle, citados en Polaino et al., 2003). Esto muestra que la familia debe responder a estrés y/o crisis de tipo situacional o del desarrollo como un todo indivisible.

Según lo anterior, la dinámica familiar es:

todas aquellas relaciones o aspectos que se dan al interior del grupo familiar que le permiten a los miembros, interactuar en cada uno de los subsistemas a través de diferentes procesos como la comunicación, los roles, las normas, y relaciones aflorando sentimientos, emociones, ansiedades y conflictos, estableciéndose una interacción con aspectos de su entorno como el medio ambiente, la educación, la cultura, la religión, la política, la comunidad y la sociedad en general; en donde cualquiera de estos aspectos suceden individual o grupalmente en la familia, afectando a todos sus integrantes (Cifuentes, Massiris y Ruiz, 1998, p.48).

Al respecto, Agudelo (2005, p. 5) afirma que la dinámica familiar comprende, de igual manera:

Diversas situaciones de naturaleza psicológica, biológica y social que están presentes en las relaciones que se dan entre los miembros que conforman la familia y que les posibilita el ejercicio de la cotidianidad (...), los cuales se requieren para alcanzar el objetivo fundamental de este grupo básico de la

sociedad: lograr el crecimiento de los hijos y permitir la continuidad de las familias en una sociedad que está en constante transformación.

Sin duda alguna, la dinámica familiar es el resultado de la vida cotidiana que establece la familia, la interacción entre sus miembros y los procesos internos que conforman un ambiente propio y genuino (Agudelo y Estrada, 2010). En la investigación realizada en Brasil por Pinto, Silva y Coelho (2008), se agrega al concepto de dinámica familiar el punto crucial que la interpreta como la capacidad que tiene la familia para adaptarse a las circunstancias, de manera que puedan garantizar la continuidad humana y la integración psico-social de sus miembros.

Chagoya y Jackson (citados en Barros, 2010) le suman a todo lo anterior que la dinámica familiar normal es una mezcla de sentimientos, comportamientos y expectativas entre cada miembro de la familia, que permite a cada uno de ellos desarrollarse como individuo y le infunde el sentimiento de no estar aislado y de poder contar con el apoyo de los demás. Consiste, en esa medida, en un conjunto de fuerzas positivas y negativas que afectan de una u otra manera el comportamiento de cada miembro, haciendo que la familia funcione bien o mal como unidad.

En el mundo de la dinámica interna familiar, tanto los sujetos como la familia son estudiados en función de sus pautas de organización. Es así como la dinámica familiar tiene principalmente siete dimensiones, es decir, sus aspectos constitutivos: los roles, la autoridad, las normas, los límites, las relaciones afectivas, la comunicación y el uso del tiempo libre (Viveros et al., 2006). Sin embargo, para los fines pertinentes de este libro se desarrollan los conceptos principales del enfoque estructural: roles, límites, funciones, jerarquías y conceptos de otros autores y corrientes que tienen que ver con los aspectos de la afectividad y la comunicación.

Según los estudios iniciados por Olson, Russel y Sprenkle (1979), la dinámica familiar se define en función de tres variables: la cohesión, la comunicación familiar y la adaptabilidad. Cualquier concepto o variable cuyo contenido refiere al ámbito de la dinámica familiar tiene su expresión en una de las tres dimensiones mencionadas.

A partir de lo trabajado hasta el momento se pretende abordar dichos aspectos constitutivos de la dinámica familiar; por fines prácticos, se explican de manera individual, aunque aparecen interrelacionados.

2.1 Intercambiar y compartir: comunicación, cohesión y afectividad

En el contexto de las interacciones humanas, el concepto de **comunicación familiar** se entiende como el proceso simbólico transaccional de generar dentro del sistema familiar, significados a eventos, cosas y situaciones del diario vivir. Es, *por*

lo tanto, un proceso de influencia mutua que incluye mensajes verbales y no verbales, percepciones, sentimientos y cogniciones de los integrantes del grupo familiar (Gallego, 2006).

Mendizábal y Anzures, en sintonía con lo anterior (1999), afirman que la comunicación es construir con el otro un entendimiento común sobre algo. En la vida familiar se requiere la comprensión mutua; esto quiere decir que los mensajes intercambiados sean claros, directos y suficientes, y que los receptores estén en disposición y apertura para evitar distorsiones. La comunicación es el elemento indispensable para identificar y resolver los problemas:

Este proceso comunicativo incluye no solamente las palabras, sino también las posturas, los gestos faciales e incluso los silencios que tienen que ver con la comunicación no verbal; ambas formas de comunicación permiten expresar sentimientos y posibilitan la interacción con el otro(a), puesto que el proceso de comunicación es dinámico y circular (Sánchez y Valencia, 2007, p. 86).

En ese sentido, cada acción, palabra, decisión, conducta, gestos, caricias, postura y las demostraciones de afecto transmiten un mensaje a los demás. Estas no siempre se presentan de una manera plenamente consciente, lo cual fácilmente puede llegar a una transmisión e interpretación errónea de los mensajes (Yepes, 2014).

La comunicación se basa en convenciones sociales y la realidad es un producto de la primera. Ella es muy importante para la familia, por ser un proceso de interacción donde se construyen relaciones horizontales y verticales, se intercambian mensajes, informaciones, afectos y comportamientos (Silva, 2014)

La comunicación es un punto crucial de la familia, puesto que las relaciones familiares se encuentran atravesadas por el intercambio continuo; es el medio principal de relacionamiento. Cada familia tiene un modelo único y particular de comunicarse, lo que determina la interacción de cada uno de sus miembros; así, cada familia desarrolla y descubre su manera peculiar de entender la vida (Gallego, 2011; Quintero, 2004).

En relación con lo anterior, Garcés y Palacio (2010) mencionan que dicha comunicación juega un papel importante en el funcionamiento y mantenimiento del sistema familiar; pues involucra hacer al otro partícipe, intercambiar y compartir. Al respecto, Satir (2005) sostiene que el acto de comunicarse presupone la existencia de la otredad, como factor clave para construir relaciones, pues refiere reconocer a los otros como interlocutores válidos.

Hidalgo (1999) y Nares (2009) muestran, por su parte, que es el principal medio de expresión de sentimientos y pensamientos, a partir del cual se establecen los roles y reglas en el sistema familiar. Magaña (2006) insiste en que la comunicación permite que el ser humano se exprese como es, a la par que interactúa con sus semejantes; dicha interacción potencia el desarrollo individual, cultural y social, en tanto que existe retroalimentación e intercambios en las ideas, sentimientos y deseos.

Tal como lo plantea la Consejería de Salud y Servicios sociales (2003), la esencia del ser humano es comunicar; es decir, dar y recibir mensajes, interactuar. En las relaciones familiares existe una predominancia del componente afectivo; por eso, en la vida familiar, se produce frecuentemente el nivel analógico de comunicación. Naturalmente, indica Arés (citado en Gallego, 2011) es indispensable que la comunicación esté atravesada por la claridad en lo relacionado con los límites, las jerarquías, los roles y los espacios que se habitan.

En este sentido, Lomov (citado en Garcés y Palacio, 2010) establece tres funciones básicas de la comunicación: la informativa o cognoscitiva, que tiene que ver con la transmisión y recepción de la información; la reguladora, con la regulación de la conducta a partir de la influencia mutua; y la afectiva, que tiene que ver con el contacto físico, los sentimientos, la expresión de sentimientos y emociones que afirman y hacen sentir al otro como un sujeto reconocido e importante dentro del grupo familiar.

Gallego (2006) clasifica los componentes que, a su juicio, intervienen en la dinámica comunicativa de las familias:

- Los mensajes verbales y no verbales, que le dan contenido a la interacción, puesto que forman un todo en la comunicación y se utilizan para crear significados familiares, creando realidades y significados diferentes al acto.
- Las percepciones, sentimientos y cogniciones, así como las emociones y los estados de ánimo de los que participan en la comunicación, son elementos que influyen en el proceso de interpretación y comprensión.
- Los contextos en los que se desarrolla la comunicación, que abarcan la cultura, el lugar, el periodo histórico, el ambiente cercano y la disposición de los espacios.

Adicional a esto, proponen Garcés y Palacio (2010), otro tipo de trabajos se han destacado por comprender ciertos niveles de profundidad que se dan en la

dinámica familiar, con lo cual logran identificar diversos niveles de comunicación: El Nivel 5, que se caracteriza por existir una conversación tópica, limitada y formal; el Nivel 4, en el que se habla con mucha frecuencia de otros, para no implicarse a sí mismo y no comprometerse o ponerse en evidencia; el Nivel 3, en el que el sujeto encuentra espacio para dar ideas y opiniones, lo cual se implica personalmente pero aún no está comprometido directamente con su aprobación social; el Nivel 2, el llamado *gut level*, en el que se adentra en la profundidad del ser en el terreno comunicativo y, por último, el Nivel 1, en el que se habla de comunicación cumbre, debido que existe una comunión espiritual muy profunda con el intercomunicador.

Cabe resaltar que la comunicación puede tener distintos efectos; por ejemplo, a la que tiene efectos negativos se le da el nombre de disfuncional y a la que tiene efectos positivos se le llama funcional. Esta última es la que permite un acercamiento entre los miembros de una familia, un acercamiento donde estos pueden manifestar sentimientos, emociones y pensamientos con la certeza de ser escuchados activamente e interpretados. Con base en una comunicación funcional, una familia construye la manera de organizarse y hacer explícitas las pautas de tal organización y, por lo tanto, promueve la cohesión grupal (Viveros y Arias, 2006).

Por su parte Inglés, Estévez, Piqueras y Musitu (2012) identifican en la comunicación uno de los recursos familiares más importantes para prevenir el conflicto y un factor especialmente significativo en la etapa de hijos/as adolescentes y en el proceso de emancipación. Así, en la medida en que todos y cada uno de los integrantes del sistema familiar se van ajustando psicológica y socialmente entre sí, los conflictos familiares van disminuyendo, generando un mayor bienestar personal y familiar (Sobrino, 2007).

Por otro lado, la comunicación disfuncional es aquella que obstaculiza el acercamiento asertivo de los miembros de una familia, es decir, bloquea la posibilidad de manifestar u construir relaciones (Viveros y Arias, 2006). Al practicarse este estilo de comunicación, los mecanismos internos y de interacción que tiene una familia con el medio se tornan rígidos, generando estrés en las relaciones. La capacidad de superar obstáculos de manera exitosa se torna más lenta e insuficiente para satisfacer las necesidades básicas de la familia.

Por otro lado, Nardone y Giannotti (2003) mencionan que relacionadas con las formas de interactuar se encuentran diferentes modalidades comunicativas, es decir, para estos autores una familia caracterizada por un modelo hiperprotector en la forma de relacionarse presenta palabras y gestos paternos que enfatizan en la dulzura, el cariño, la protección y el amor; es pues, un modelo comunicativo en el

cual el adulto interviene y reacciona inmediatamente frente a cualquier dificultad que se presente en el joven.

Los objetivos de este tipo de comunicación tienen que ver con la alimentación, la salud física, el aspecto estético, la socialización, el fracaso académico, entre otros. Los padres, en ese sentido, realizan continuas preguntas al joven en relación hacia dónde va y qué hace, buscando continuamente posibles dificultades para anticipar y prevenir (Nardone & Giannotti, 2003).

Otros modelos de relacionarse que mencionan estos autores son: modelo democrático -permisivo y modelo sacrificante. Por su parte, el modelo democrático guarda íntima relación con la discusión de las inconformidades, las reglas y normas presentes, es decir, este estilo comunicativo tiene que ver con la participación de todos en las discusiones y conversaciones existentes, en las cuales el joven es tomado como un adulto más del grupo familiar. Por otro lado, el modelo sacrificante gira en torno a una modalidad comunicativa en la cual el discurso se centra en el deber de los padres, en donde el bienestar y el placer de los jóvenes se encuentran por encima de estos.

Dichos modelos comunicativos permiten pensar en otro componente de la dinámica familiar: la **cohesión familiar**. Al ser entendida por González, Núñez y Álvarez (2003), Nares (2009), Mora (2000) y Hernández (1997) como el vínculo emocional y la autonomía existente entre los miembros de la familia; incluye la cercanía, compromiso familiar, individualismo, tiempo compartido, proximidad y satisfacción de las relaciones en el núcleo familiar. Hace referencia a la fuerza de los lazos que unen a los miembros de una familia y se traducen en conductas, cabe denotar, que para la Consejería de Salud y Servicios Sociales (2003) el grado de cohesión está relacionado con la diferenciación de cada uno de sus miembros. Una diferenciación extrema amenaza con desintegrar la familia y una cohesión excesiva amenaza con destruir el espacio para el crecimiento personal.

Dentro del modelo circuplejo, tal como lo menciona Tueros (2004), los conceptos específicos para medir y diagnosticar la dimensión de cohesión familiar son: vinculación emocional, límites, coaliciones, tiempo, espacios, amigos, toma de decisiones, intereses y recreaciones. En ese sentido, se puede distinguir cuatro niveles de cohesión según Zambrano (2011), Schmidt (2001) y autores como Barg (2004) que permiten diferenciar varios tipos de familias:

Desligadas: sus características de funcionamiento denotan una gran autonomía individual y poca unión familiar, límites generacionales rígidos, tiempo separados física y emocionalmente donde priman las decisiones individuales. En este

tipo de familias se presenta un predominio de la individualidad como entes aislado de un grupo, lo que lleva claramente a un gran deterioro de la identidad grupal. Se presentan roles aislados en donde la interacción es puramente informativa o descriptiva, los cuales entre sí no entran en ningún conflicto; en sí, los miembros de esta tipología familiar, hace cada uno lo que desea, con lo cual las normas y valores pierden importancia.

Separadas: Sus características se relacionan con una moderada independencia de los miembros de la familia, límites generacionales claros, equilibrio entre estar solos y en familia, amigos individuales y familiares, algunas actividades familiares espontáneas y soporte en las actividades y decisiones individuales.

Conectadas: la característica de este nivel de cohesión da cuenta de una moderada dependencia de la familia; claros límites generacionales; mucho tiempo y actividades en familia, aunque pueden conservar algunos amigos y tiempos individuales; las decisiones importantes son hechas en familia.

Amalgamadas o aglutinadas: las familias con este nivel de cohesión se caracterizan por una sobreidentificación con la familia, en el sentido de una fusión psicológica y emocional; con exigencia de lealtad y consenso que frenan la independencia, individuación o diferenciación de sus miembros; los límites generacionales son borrosos, el tiempo, amigos y actividades deben compartirse en familia, es por lo tanto, el extremo de la alta cohesión familiar.

Se observa en este tipo de familias una exagerada tendencia a formar una unidad, donde se dificulta la discriminación de sus miembros. Se producen, asimismo, interacciones estereotipadas entre ellos; el rol materno es exagerado, lo cual claramente debilita el rol paterno; en ese sentido, hay un predominio de normas maternas y el afecto se presentan como algo que ahoga. Por otro lado, este grupo de familias presentan una buena capacidad de contención por lo que todos sus miembros pueden sentir al grupo como un refugio. Sin embargo, los estímulos externos del ámbito familiar se perciben como peligrosos.

Dentro de los niveles centrales de cohesión, los extremos como las familias desligadas y amalgamadas son considerados como familias caóticas, desbalanceadas y/o problemáticas, mientras que los niveles intermedios como las familias separadas o conectadas son consideradas como familias facilitadoras (Zambrano,2011).

Estos distintos niveles de cohesión, muestran una variada gama en los que pueden moverse las familias a lo largo de su ciclo vital, es decir, la consideración de la cohesión familiar en sus distintos niveles tendrá que comprenderse como positiva

o negativa, para el desarrollo de sus miembros, en función del ciclo vital en el que la familia se encuentre.

De esta forma, se entenderá que el nivel conectado puede resultar muy beneficioso en el ciclo vital con hijos pequeños, mientras que la familia separada resultaría idónea cuando ellos llegan a la adolescencia y la juventud.

Dicha diferenciación de los miembros del grupo familiar, como parte constitutiva de la cohesión, se relaciona directamente con los **límites**, ya que se considera aquella región o sector que sirve de barrera para la diferenciación entre los miembros. Es, pues, el espacio en el que se permite por un lado la protección familiar sin por ello perder la individuación y diferenciación (Casas, 1994).

Los límites, también llamados fronteras, implican un conjunto de reglas que determinan qué miembros de los diferentes subsistemas participan y de qué manera en la interacción, por lo cual una familia bien organizada tiene sus límites definidos con claridad. En ese sentido, las reglas que definen las circunscripciones de participación en el subsistema pueden ser implícitas o explícitas y prescriben o determinan quiénes participan en el subsistema y cuán extensa o intensa es esa participación (Casas, 1994).

Los límites hacen posible la confrontación con fronteras que exigen respeto y aceptación al interior de la familia (Viveros y Arias, 2006). Por otro lado, Minuchin (1997) ha definido tres tipos de límites: los límites abiertos, claros o permeables, los límites cerrados, rígidos o impermeables y los límites difusos o azarosos.

Minuchin (1997) y Umbarger (1999) plantean que los límites difusos implican que la diferenciación y la autonomía de sus miembros son difusas y su respuesta en momentos de crisis puede llegar a ser excesiva, por ende, no permiten la indiferenciación entre los subsistemas favoreciendo las relaciones aglutinadas. La demarcación demasiado débil de los límites lleva a un apego excesivo en el que prevalece la unidad de pensamientos y sentimientos por sobre la intimidad e individuación física, emocional y mental.

En el otro extremo se ubica la familia con límites rígidos al interior. En ella, cada miembro de la familia se comunica poco con los otros y sus necesidades emocionales las satisface principalmente al exterior de la familia; no se permite el ingreso de un subsistema a otro, provocando distanciamiento y desprendimientos entre los subsistemas. La demarcación rígida, conlleva al desapego y al aislamiento en la medida que se ignora el compromiso recíproca relacional (Minuchin, 1997 & Umbarger, 1999).

Respecto a lo anterior, Minuchin (1997) menciona que los límites de los subsistemas deben ser precisos para que se desarrollen las funciones sin interferencia y lo bastante flexibles como para permitir el contacto entre los miembros de los subsistemas. Asimismo, la claridad en ellos, dentro de la familia constituyó un parámetro útil para la evaluación de su funcionamiento.

Cabe resaltar que al interior del sistema se encuentran diversas funciones que desempeña cada miembro de la familia. De esta manera, para que la familia funcione de una forma apropiada y saludable los límites de demarcación deben ser claros, deben definirse con suficiente precisión para permitirles a los miembros de los subsistemas el desarrollo de sus funciones sin interferencias. Pero también deben permitir el contacto entre los miembros del subsistema y los otros miembros de la familia y del mundo exterior. Todo subsistema familiar posee a fin de cuentas funciones específicas y, por lo tanto, requiere habilidades específicas de parte de cada miembro (Casas, 1994).

El grado en el cual las funciones de la familia pueden ser cumplidas adecuadamente puede correlacionarse con la calidad de los límites de los subsistemas. Si los límites son demasiados cerrados, el sentido de familia disminuirá y los miembros de la familia no se ofrecerán entre sí el apoyo suficiente; si los límites de los subsistemas son demasiados laxos, los subsistemas no tienen suficiente autonomía para cumplir sus funciones (Salamea, 2000).

Hasta el momento se han abordado los conceptos de comunicación y cohesión; y dentro de esta última, los límites. Es posible percibir que constantemente aparece el concepto de **afectividad** puesto que, como lo menciona, Sarmiento (citada en Cifuentes et al., 1998) y Bowlby (citado en Gallego, 2011), es una de las interacciones más importantes en la vida del ser humano; el sentirse amado, respetado y reconocido potencia la satisfacción personal y el desarrollo humano en el grupo familiar, pues es el vínculo que une a la familia.

La afectividad es un componente de la naturaleza humana y, por lo tanto, una necesidad que según sea desarrollada, marcará el accionar del individuo, primero, con la persona misma y luego en la relación con los demás (Sánchez, 2006). El afecto también puede ser visto como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, en el marco de unas creencias, valores y costumbres que además, tributan al desarrollo humano y social del sujeto.

Según Rivera (2015, p. 27), “el afecto se convierte en un pilar fundamental para el desarrollo de la identidad, por el rol proactivo en el proceso de crianza, que debe facilitar la estructuración del individuo para facilitar de forma positiva la inserción a la sociedad”.

La constitución del vínculo afectivo, dice Jiménez (2003), implica que los padres cumplan unas determinadas funciones en las que se produzca un acercamiento y acompañamiento mutuo. Los vínculos afectivos entre padres e hijos se fundamentan primordialmente en el amor; sin embargo, también se encuentra cargado de sentimientos hostiles que pueden ofrecer seguridad o crear dependencia. Pero entonces ¿qué entender por la dimensión afectiva de la familia?

Puede definirse desde los aportes de Rivera (2015) como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo, la armonía y la cohesión. Desde el enfoque psicológico, según Farinango y Puma (2012), es la capacidad de reacción de un sujeto ante los estímulos que provienen del medio externo o interno, cuyas principales manifestaciones son los sentimientos y las emociones.

En ese sentido, Palacio (2004) dice que el afecto cambia continuamente en función de la relación que se establece y construye de manera diferencial con los diferentes miembros de la familia. Tal y como lo dice Rivera (2015), los aspectos que involucran la construcción del afecto se encuentran enmarcados en diferentes factores biopsicosociales, donde es posible afirmar que no todos los miembros en las relaciones familiares acceden en igualdad de condiciones en las prácticas afectivas.

Autores como Rivera (2015) y Calveiro (2005) mencionan que es necesario comprender que las relaciones de afecto construidas operan en dos sentidos: cohesión familiar y social; y por otro lado como estrategia o mecanismo de poder. En esa medida, el afecto en las relaciones familiares se cimienta como un mecanismo de poder, en la medida en que incide en el comportamiento del otro. De acuerdo con lo anterior, “[l]as relaciones de afecto en la familia, jerarquizan las interacciones en las prácticas y discursos alrededor de la emocionalidad” (Calveiro (2005 p.33).

La afectividad o forma de expresar los sentimientos se ve marcada también, indiscutiblemente, por los patrones de comportamiento y valores asignados según el rol de género y la dinámica interna de la familia. Para que esta sea funcional y promueva la salud de sus miembros debe permitir y fomentar la expresión libre de la afectividad, ser capaz de expresar las emociones positivas y negativas, y transmitir afecto (Herrera, 2000).

En relación con lo anterior, cuando una relación tiene como soporte un vínculo afectivo estrecho fluyen sentimientos positivos. Sin embargo, el hecho de que el vínculo se encuentre fundamentando en el afecto no significa que no se encuentre con barreras, discusiones y desacuerdos, lo cual, es inevitablemente el

resultado de las diferencias entre los miembros de la familia en la cual generalmente el adulto cumple con el establecimiento de normas y límites, donde fácilmente se pueden generar sentimientos hostiles y de rechazo (Jiménez, 2003).

Por otro lado, Jiménez (2003) también menciona que si una relación se encuentra permeada por un vínculo afectivo ausente o poco consolidado, los sentimientos se presentan de una manera débil, donde se es difícil acercarse y reconocer al otro. De tal manera que, cuando el vínculo afectivo es débil, se pueden presentar por un lado, relaciones poco conflictivas porque los encuentros son esporádicos o relaciones conflictivas esporádicas pero de una alta intensidad.

2.2 Cambios en la comunicación y cohesión con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

Autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006) entienden a la familia como un grupo social que enfrenta múltiples tareas del desarrollo, donde se observa un intercambio diario entre sus miembros y otras redes sociales. En sintonía, Ríos (2005) menciona que al sistema familiar hay que considerarlo sumergido en un proceso evolutivo esperable, donde se presentan retos y problemas típicos de cada etapa, es decir, que muestra un determinado ciclo vital.

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que la familia atraviesa, lo que lleva implícitamente a considerar la necesidad de cambio, adaptación y, por ende, nuevas experiencias. De ahí que la familia afronta una crisis, definida por González (2000) como un aumento de la disrupción, desorganización o incapacidad del sistema familiar para funcionar. La familia en crisis se caracteriza por la inhabilidad para retornar la estabilidad, y a la constante presión a hacer cambios en la estructura familiar y en los modelos de interacción (p. 3).

En relación con lo anterior se encuentra que una de dichas situaciones que desencadenan una crisis en el sistema familiar tiene que ver con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad, pues esta se configura como un ámbito desconocido. La universidad representa un mundo en el cual las actuaciones de la familia en el nivel de la escuela ya pueden llegar a ser insuficientes o excesivas (Garreta, 2007). De tal manera, en sintonía con Soárez y Almeida (2001); Soárez (2003) y Soárez, Guisande, Diniz y Almeida (2006), el tránsito y la adaptación al contexto universitario se conceptualiza como un proceso complejo y multidimensional.

Dentro de las conceptualizaciones de la dinámica familiar se encuentran dos componentes principales: la comunicación y la cohesión; dichas categorías ya mencionadas por Olson (1979) y Gallego (2006), hablan de un proceso simbólico transaccional que se genera en el sistema familiar. González, Núñez y Álvarez

(2003) y Nares (2009) refieren también los vínculos emocionales y la autonomía existente entre los miembros del grupo familiar. Todas las cuales guardan una estrecha relación con los conceptos de afectividad y límites.

El interés central con todo lo anteriormente mencionado de este apartado está en el orden de las implicaciones, de dicho tránsito, desde un acontecimiento importante para el sistema familiar (ingreso del hijo/a mayor a la universidad). Es así que resulta interesante conocer los cambios que se dan en la dinámica familiar, específicamente en el componente comunicativo y los aspectos relacionados con la cohesión, pues la comprensión de dichas implicaciones y/o cambios representa una oportunidad importante para formular y desplegar diferente tipo de acciones educativas y de acompañamiento a las familias.

A partir de lo anterior se evidencia que para el entendimiento de la dinámica familiar es necesario separar, en primera medida, los componentes que le competen. Sin embargo, transcurrida dicha revisión se encuentra que tanto límites como afectividad están ligados directamente a dos componente principales la comunicación y la cohesión.

La comunicación y la cohesión se definen desde los análisis de carácter teórico sobre la dinámica familiar. Se identifican pues cuatro grandes cambios: en tiempos y espacios familiares; los relacionados con la individuación; en los niveles de protección y confianza familiar; y los cambios en la afectividad.

El primero es el relacionado con los cambios en tiempos y espacios familiares, donde se dan las transformaciones en los momentos de interacción familiar, que se generan como consecuencia del ingreso del hijo/a mayor a la universidad. Se pormenorizan las dificultades de la familia para mantener y preservar dichos espacios; especialmente los padres lo asumen desde la concepción de pérdida y alejamiento. Uno de los puntos que resulta altamente significativo para los padres es no poder compartir la hora del almuerzo, como uno de los tiempos y espacios fundamentales en la cohesión y comunicación familiar.

Se resaltan los cambios evidentes de individuación y emancipación del joven universitario; que se asume con mayores niveles de independencia, autonomía, toma de decisiones y la generación de nuevos espacios de relación al ingreso a la universidad; espacios que acarrea expandir las relaciones sociales. Estos cambios, los cuales afronta la familia llevan consigo una estrecha relación con la necesidad del joven de edificar límites frente a su familia.

Se configuran, además, los cambios en la protección y confianza familiar, que ponen en evidencia la confianza parental hacia el criterio del joven; el brindar

espacios de individuación, pero mantener la seguridad familiar y el acompañamiento como un proceso distinto en la universidad implica más un acompañamiento que un control.

El cuarto componente expone los cambios en la afectividad familiar, mediada por mayor vinculación emocional, cercanía de la familia extensa y figuras anteriormente ausentes; así, como conflicto, miedo y angustia frente a la separación y alejamiento que experimentan especialmente los padres frente a la nueva dinámica del joven en su contexto universitario.

Dentro de los cambios evidenciados en la dinámica relacional de las familias participantes, se encuentran los cambios en los tiempos y espacios compartidos, puesto que estos se edifican como momentos puntuales de interacción, en la cual se juega la vinculación emocional y el intercambio continuo del sistema familiar.

Con anterioridad, se puede decir que en la mayoría de las familias, el joven encontraba mayor tiempo disponible para los espacios familiares. Esto no solo está vinculado a la etapa escolar, sino también con el poder, la cohesión y la mayor dependencia del joven. La familia, al vivir el ingreso a la universidad del hijo/a, denota diversos cambios fundamentales, como lo muestra el siguiente relato de una hija, considerando que la universidad es un punto crucial donde ya no es posible pasar tanto tiempo familiar:

Pues por el tiempo que le dedicó a la universidad ya no me puedo dedicar tanto a mi familia, compartir con ellos, en la noche viendo televisión o así, de igual forma mi papá no mantiene mucho en la casa por el trabajo, pues, él trabaja hasta muy tarde.

En esa medida, se presenta una serie de transformaciones en lo cotidiano que afectan a todo el núcleo familiar, donde los espacios de recreación y ocio familiar pasan posiblemente a un segundo lugar; acompañado de la ocupación paterna que se involucra en las posibilidades de compartir en familia. Dentro de los tiempos y espacios familiares se configuran espacios concretos y particulares de la vida, como para este caso particular es ver la televisión y, por otro lado, tal como lo relata una madre, el espacio del almuerzo:

Esa parte de reuniones familiares en el día si ha cambiado, ya no almorzamos juntas, se queda mucho en la universidad al medio día.

El almuerzo representa un espacio no solo de interacción sino de posibilidad de comunicación. Como lo indican Moreno y Galiano (2006), sentarse a la mesa es un motivo de interacción familiar, asociado a fortalecer la identidad y los vínculos

familiares. Lo anterior no quiere decir que la imposibilidad de almorzar juntos represente conflictividad, pero sí la pérdida de un espacio familiar, donde el relato permite observar que se considera una reunión familiar importante.

Sin embargo, las familias como sistemas particulares que representan un mundo complejo y diferente, afrontan y reaccionan distinto frente a las situaciones; cada una de ellas poseen una historia. Así, lo que representa una problemática para una familia puede no serlo para otra; como lo muestra el siguiente testimonio de una madre:

...entonces el papá no le gusta que ella no venga a almorzar a la casa por los trabajos con los compañeros... ya es alegando: “¿por qué no está la hija? ¿por qué no vino?”... también un puente uno no puede contar con ella, por los parciales...

Los cambios que afrontan las familias en los tiempos y espacios dan pie a pensar cierta dificultad paterna para aceptar las nuevas dinámicas familiares. Como lo dice la madre, ya no es posible contar con la hija teniendo en cuenta que la joven tiene nuevas responsabilidades y demandas académicas de la universidad.

Esta nueva condición de no disponer de los mismos tiempos y espacios familiares representa, para las familias, un motivo de conflicto, visto desde la perspectiva de la hija:

*“Y empieza una actitud toca maluca (el papá) diciendo que **ya no se comparte en familia**...es la forma de ser de él... él pretende siempre recibir de mí y yo quiero que él también me dé”.*

Se encuentra que al interior de la comunicación y cohesión familiar, como lo menciona la hija, es fundamental pensar los tiempos y espacios familiares a partir de la reciprocidad; donde no solo es ella quien debe tomar la iniciativa para compartir en familia, sino que también demanda, para este caso particular, una participación activa de su padre.

Puede pensarse, en ese sentido, que los conflictos que acarrea el ingreso a la universidad obstaculizan el acercamiento asertivo de los miembros de la familia, cuando en ella no se disponen de otros recursos comunicativos y de afrontamiento de conflictos que les permita sobreponerse al primer impacto de este cambio en los ritmos y espacios compartidos. También resulta importante tener presente que no solo se habla del proceso de ingreso a la universidad, sino que este también se encuentra influido por el ciclo vital de la familia que, en este caso, está enmarcado por la adolescencia y emancipación del joven adulto. Lo anterior justifica que este tipo de cambios en la dinámica familiar no solo se relacionan con el ingreso a la

universidad, sino que además viene acompañado de otros procesos por los cuales atraviesa la familia.

Lo anterior evidencia uno de los componentes que intervienen en la dinámica comunicativa familiar, mencionado por Gallego (2006): el componente verbal y no verbal, el cual se caracteriza por el reproche, desaprobación, sentimiento de rechazo, enojo y hostilidad; estos elementos dan actualmente el contenido de la interacción existente entre padre e hija, y es a partir de esta que crea significado la familia. De tal manera, los componentes de la comunicación y la cohesión cambian, puesto que fácilmente se empieza a generar una dinámica disfuncional que pone en continuo estrés a todo el núcleo familiar.

En este sentido, Lomov (citado en Garcés y Palacio, 2010) establece una función básica de la comunicación: la afectiva, que para este caso particular con la entrada de la hija a la universidad, cambia en la medida en que se modifica el contacto físico, la expresión de sentimientos y emociones que afirman y hacen sentir al otro como un sujeto reconocido e importante dentro del grupo familiar.

Como se ha dicho, la universidad implica menor disposición de tiempo familiar por parte del joven; como lo dice una madre:

La unión familiar ha cambiado, ella tiene que estar mucho tiempo afuera, ya no la vemos casi y si la vemos la vemos es pegada de los libros o de las maquetas que tienen que hacer, entonces ya obviamente eso bajó, esa comunicación y ese compartir entre todos con ella.

Con respecto a este testimonio, los cambios de los que se habla en este apartado se vinculan a las nuevas prioridades del joven universitario, como es el caso de leer y realizar las maquetas, lo cual requiere el tiempo de la joven y pueden llegar a disminuir los niveles de comunicación y espacios familiares compartidos:

Pues [para] compartir con la familia un domingo ya mantengo más ocupada, tengo trabajos que hacer, entonces ya no puedo salir con ellos, o ellos quieren que yo vaya hacer deporte con ellos y ya no puedo, o porque quiero dormir hasta tarde un domingo.

Relacionado con el tema tratado, la etapa de adolescencia, emancipación del joven adulto y el ingreso a la universidad suponen no compartir tanto tiempo con su familia, dada la búsqueda de individuación y de identidad.

Así como lo dicen Soutullo y Sanz (2010), el joven empieza a cuestionar lo aprendido y establecido en su hogar, donde puede rebelarse frente a lo estipulado

en la familia y cambiar la percepción que tiene respecto a ese sistema, como lo evidencia el siguiente relato de una hija:

*A mí siempre me ha gustado mucho compartir con mi familia, pero **ahora ya son como muy amargados, ya se encierran en el cuarto**, entonces así me aburre mucho eso, y pues yo un sábado quiero salir*

La dinámica familiar desde el punto de vista de la cohesión y la comunicación y los tiempos y espacios compartidos, como muestra el relato anterior, se encuentra que la hija como parte de su etapa evolutiva cambia la percepción que tiene sobre sus padres; los intereses que presenta son distintos y no la convocan a estar con la familia.

Simultáneamente con lo que plantea el relato anterior, la madre de la joven habla de momentos en los cuales considera que su hija puede compartir en familia, pero ella no lo hace:

*Nosotros vamos a Cali porque tenemos allá unos negocios y **ella dice que no quiere ir y yo sé que hay veces tiene tiempo**, pero no quiere ir.*

En ese sentido, Jiménez (2003) dice que la crisis en esta etapa familiar se encuentra enfocada en la tensión y cambio; allí el conflicto deviene de los diferentes intereses u objetivos incompatibles entre las partes (padres e hija). En la adolescencia, los conflictos se generan por las formas como a partir de las propias necesidades, deseos e intereses, el joven confronta el orden familiar establecido durante su infancia y entra en choque con los intereses, necesidades y deseos de sus padres.

Con respecto a otros tipos de cambios relacionados con los tiempos y espacios, se identifica también la capacidad del sistema de adaptarse a la nueva etapa, en donde es la familia quien se acomoda al joven, con el fin de conservar y/o procurar tiempos y espacios familiares:

*...ella está más sueltica a nosotros más independiente...**claro que si decidimos hacer algo, contamos con el tiempo que ella tenga**, eso es cuando tenemos una salida familiar... siempre contamos mucho con el tiempo de ella y que ella si pueda estar...*

La madre que brinda este relato reconoce que su hija está más ocupada en tiempos por su experiencia universitaria; sin embargo, construyen estrategias familiares conciliadoras y flexibles que les permiten mantener espacios de interacción familiar en los que la joven puede participar. De esta forma, la dinámica familiar



muestra un cambio en la medida en que el sistema familiar se ajusta en pro de mantener los niveles de comunicación y cohesión existentes; esto representa un modo de relacionarse y comunicarse que enfatiza la participación de todos, en el cual la joven es tomada como un adulto más del grupo familiar.

Por otro lado, los padres logran reconocer en la joven universitaria una condición de adulta e independiente de su grupo familiar; por ende, posee unos niveles diferentes de autonomía, dependencia y libertad respecto al pasar tiempo y compartir espacios en familia:

*No solamente como en esa parte de que **sabemos que ya no es la niña que está al lado de nosotros para todo**, con la que contamos para todo, todo el tiempo ya no.*

Hay que mencionar, además, que si bien en algunas familias los tiempos y espacios de interacción familiar cambian en pro del joven, se encuentran también niveles de exigencia frente a estos por parte del núcleo familiar; tal como lo muestra el siguiente testimonio:

*También le exigimos que se desocupe y que los domingos en la tarde los siga sacando para compartir en familia porque **ese día se respeta**.*

La etapa por la cual se encuentra atravesando la familia se centra, por un lado, en la autonomía existente, pero también se tensiona con los niveles de exigencia familiar, en las cuales no se presentan unos niveles de cohesión alta que procura la conservación de los espacios de compartir en familia, posiblemente en detrimento de las posibilidades de individuación e independencia de la hija.

Por otro lado, se encuentra en otras familias que es la hija la que promueve el mantenimiento de actividades para compartir en familia; así lo muestra el testimonio de una abuela:

*Yo digo que ahora ya por la edad y por la convivencia en la universidad, yo creo **que ella ha tomado más conciencia de sacar los espacios para compartir en familia** y celebrar las fechas especiales como el día de la madre... eso creo yo.*

La universidad toma un sentido particular para el núcleo familiar, incluyendo al joven universitario que muestra un cambio en los procesos comunicativos, pues según los relatos de la abuela, no sólo la etapa de adolescencia y emancipación del joven adulto, sino también el ingreso a la universidad se manifiestan como factores que inciden en la cohesión y comunicación de la familia. Ahí, después de una etapa de alejamiento y gracias a lo que la abuela denomina como conciencia, que se podría entender como madurez, el joven puede volver a valorar la vida en familia como

una experiencia reconfortante y sin amenaza para su proceso de individuación y autonomía.

En sintonía con lo anterior, el ingreso a la universidad modifica la comunicación y cohesión, en la medida en que se encuentran mayores temas de interés y de conversación y, por ende, probablemente aumentan cuantitativa o cualitativamente los espacios y tiempo familiares:

Abora cuando hay charlas pueden ser más variadas que las que habían antes, porque antes era como que ¿cómo va el colegio? y uno dice bien y ya; en cambio ahora que como va la universidad y uno empieza a hablar de más cosas... porque uno siente más interés por esas cosas de la universidad y entonces uno quiere compartir ese interés...

De tal manera que, para el joven universitario, el ingreso a la universidad permite tener mayores temas de conversación, ya que se relaciona directamente con los intereses propios del núcleo familiar. La dinámica familiar, en ese sentido, cambia en comparación con etapas anteriores, como es el caso particular del colegio:

Él se abrió un poquito más, porque siempre ha sido muy cerrado, es muy bueno con sus amigos pero en la red familiar ha sido muy cerrado, se nota que cambió muchísimo, o sea, el cambio del colegio a la universidad es muy grande, pero no por las decisiones o por lo que estamos hablando sino por su dinámica personal.

Como lo menciona el padre de este relato y como un punto central de este capítulo, si bien se refiere a cambios personales que modificaron su comunicación hacia la familia, es importante recordar que cuando se habla del sistema familiar, se habla de una relación directa e inseparable entre cambios a nivel individual y grupal. Respecto a este punto es importante resaltar que el ingreso a la universidad cambió las actitudes del joven positivamente, por los niveles de motivación que se manejan:

Desde que estoy en la universidad llego más motivado, yo con ellos compartía muy poquito. [Esto] ha cambiado porque llego más motivado a contarles: "pasó esto..."; yo creo que la comunicación mejoró, aunque son más reducidos los espacios.

En ese sentido cambia el compartir familiar; sin embargo, se reconoce una alteración en la dinámica relacional de la familia, que tiene que ver con la reducción de los espacios, tal como se verifica en todos los relatos. De igual manera, se encuentra que para los jóvenes mantener ese compartir y la comunicación es un punto importante para evadir posibles conflictos familiares:

Coincidiendo con los cambios que se producen en el desarrollo al final de la adolescencia, el acceso a la enseñanza superior enfrenta a los jóvenes a numerosos desafíos, como la separación de la familia y las exigencias de mayor autonomía (Braxton, Bray & Berger, 2000).

En ese sentido, los cambios relacionados con la individuación tienen que ver justamente con la autonomía e independencia, punto central y tarea fundamental de la etapa por la que se encuentra atravesando la familia; tal como lo muestra el siguiente relato de una abuela, la independencia es un punto central.

No es justo que una persona esté tan dependiente de otra, que ella sepa tomar sus propias decisiones, que no se desenvuelva sola porque eso le da a uno susto de que ella no progrese como persona, como estudiante.

El relato evidencia que para el núcleo familiar de una joven universitaria, un punto central es su dependencia del sistema ya que, tal como lo dice, el ingreso a la universidad tiene que ver con el paso hacia la vida adulta, a ser considerada parte de la sociedad:

Entonces ya la independencia de ella es a tal punto que ya no es la niña con la que teníamos que andar mamá y yo con ella todo el tiempo. No, ya no; ya es independiente total.

El joven universitario, en su núcleo familiar, empieza a ser comprendido como un adulto en el sistema, dejando de lado su versión infante y de niñez. Girón Sánchez y Rodríguez (1999) indican que, durante la época de la adolescencia y la emancipación del joven adulto que coincide con el ingreso a la universidad, el sistema familiar entra en una crisis donde el establecimiento de límites, se vuelve fundamental a la hora de relacionarse, pues la individuación es un proceso por el cual el joven llega a establecer límites frente a los miembros de la familia.

Tal como lo menciona la madre de este relato, el joven empieza a expandir su mundo de relacionamiento, proclamando nuevos espacios diferentes a su familia:

La entrada a la universidad implica que ellos ya se van abriendo un poco de la familia... tengo que reunirme con mis compañeros, tenemos el colectivo... tenemos aquello otro..

El ingreso a la universidad supone que el joven empiece a interactuar con otros sistemas. El establecimiento claro de los límites es una parte fundamental de todo ese proceso, pues se trata de mantener unido al sistema familiar sin dejar de lado la individuación y emancipación:

Él tiene cuatro espacios muy claros *en los cuales se mueve: amigos de Manizales, familia, novia y amigos de universidad y eso me parece muy bien porque es lo normal en esta etapa.*

El padre de este relato reconoce los espacios en lo que se desenvuelve el hijo, relacionándolo como algo normal de la etapa de adolescencia y emancipación. Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p.81).

Lo anterior muestra un cambio que se presenta en la dinámica familiar relacionado con la individuación, que tiene que ver justamente con el permitir, comprender y aceptar nuevos niveles de interacción en el cual se encuentra sumergido el hijo/a. Esto quiere decir que la familia como sistema empieza a flexibilizarse para permitir así el despliegue de los hijos/as.

En este punto, Jiménez (2003) coincide definiendo que la individuación se logra no solo cuando el hijo/a comprende que puede prescindir de sus padres, sino también que los padres pueden prescindir de ellos. En ese sentido, se pone en juego el reconocimiento y aceptación no solo de separación, sino también de diferenciación y autonomía de todo el sistema familiar:

Le hacemos seguimiento, nos interesa saber quiénes son sus amigos, con quién está, quién es su pareja, nos interesa saber quién es su círculo más cercano... aunque eso sí... con mucho respeto por sus espacios...

Como lo muestra este relato, se encuentra en las familias un aspecto fundamental a la hora de hablar de la individuación y emancipación. Se pasa de un actuar más directivo por parte de los padres, a un seguimiento respetuoso, como parte importante de la tarea parental frente al proceso de individuación del hijo.

Al respecto, Jiménez (2003) menciona que cuando los hijos nacen son frágiles e incapaces de valerse por sí mismos y es por esta razón que en su proceso de crecimiento, ellos pasan de una dependencia absoluta a una mayor autonomía. Esto les permite sentirse diferentes del otro y, en el mismo sentido, ser reconocidos y reconocer al otro. El testimonio de esta madre así lo refleja:

Al principio, cuando entró el primer día de la universidad decía: “mami, acompáñame, yo no voy sola”. Me tocó quedarme con ella hasta que llegara el profesor... pero no, ya se encuentra hablando con sus compañeros y formando parte del

ambiente de la universidad, que es muy distinto obviamente al colegio, entonces ya [es] totalmente independiente de mí

Se pasa pues de niveles de cohesión amalgamada, características de familias sobreprotectoras, a niveles de cohesión en los cuales el joven busca ser reconocido y autónomo. El joven universitario necesita tocar los límites en la familia, pues forma parte de un proceso de tanteo de sus capacidades; tocar los límites o transgredirlos tiene una utilidad fundamental: obtener espacios cada vez más amplios para el desarrollo de las propias competencias y, en consecuencia, iniciar el cambio adaptativo en la familia (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999). Como se ve en el siguiente relato de una madre, es notorio el tránsito de los jóvenes de niveles de dependencia a mayores niveles de autonomía:

*Entonces cuando yo ya empecé a notar a medida que fueron pasando los meses el primer semestre que ella fue empezando a **hacer sus cositas solas, ya no me preguntaba a mí, ya no me pedía ayuda; entonces eso me parecía muy bueno, porque me ha parecido que la universidad definitivamente es como la herramienta o el ambiente que me ayudó a que ella sí se independizara de mí.***

La madre atribuye a la universidad un espacio fundamental a la hora de posibilitar mayores niveles de independencia y autonomía para su hija y la adaptación a estos nuevos espacios como un proceso gradual, reconocido por la madre como importante y necesario en el proceso de maduración de la hija. La dinámica familiar cambia, pues se modifican los niveles de cohesión, límites y comunicación tanto intra como interfamiliar.

Junto con Jiménez (2003), se encuentra que en relación con la individuación, el proceso de transición a la universidad implica un movimiento simultáneo tanto de hijos/as como de padres, en el que se producen ajustes en pro de las nuevas necesidades, tanto de los jóvenes en su proceso de individuación, como en el equilibrio de la afectividad, comunicación y cohesión familiar que toman diversas modalidades. En algunos casos, el tránsito del hijo/a a la universidad resulta más favorece que en otros.

“Confío mucho en él... confío mucho en su criterio...” Los cambios en los niveles de protección y confianza, tal como lo menciona Moujan (citado en Barg, 2004). **tienen que ver con un periodo familiar donde la dificultad está en dar libertad con los límites necesarios, ya que los jóvenes quieren ser libres, pero también necesitan sentirse cuidados y controlados:**

*En ocasiones caigo como en depresión, entonces **yo siempre busco como el afecto de mis papás**. Por eso yo digo que soy muy dependiente de ellos, porque cuando estoy así me siento muy sola, y como son con los únicos que yo me hablo pues busco es el afecto de ellos.*

El relato de esta hija permite entrever que, aunque se encuentra en un periodo característico de individualidad y búsqueda de la emancipación familiar, la joven aún busca y conserva los lazos afectivos de su familia. Es necesario tener presente que cuando se habla de protección y confianza familiar se habla en una doble vía en la que tanto padres como hijos se ven involucrados. La hija, para este caso particular, es quien busca y requiere la protección de su familia; a la vez, sus padres necesitan protegerla.

***Yo sé que ella mantiene muy preocupada** y me pregunta “a qué hora sale” y yo le digo “más o menos a tal hora”, y **si veo que a esa hora me voy para otra parte, la llamo** y le digo “ya salí, me voy para tal parte, me demoro”, para que ella sepa que no le pasó nada a “la niña”.*

Este testimonio es una muestra de cómo no solo es la madre quien mantiene al tanto de las actividades de la joven; sino también cómo la hija manteniendo límites familiares claros define una individuación equilibrada, puesto que al preocuparse la madre ella opta por mantenerla al tanto de sus actividades; sin por eso sentir que está siendo controlada y supervisada.

Los padres, en ese sentido, controlan a sus hijos/as como mecanismos para disciplinarlos, pero también están motivados por el temor que experimentan frente a su crecimiento (Jiménez, 2003). La etapa universitaria, relacionada con la adolescencia y la emancipación del joven adulto, lleva consigo una eminente crisis en el sistema familiar. Como lo muestra una abuela en su testimonio, los miedos y preocupación son algo persistentes en la vida familiar:

A mí me da miedo que hay tantos peligros en todos lados, de vicio, de muchas cosas que le pueden inculcar...

La abuela reconoce que el llegar a la vida universitaria y a la etapa en la cual se encuentra su nieta, se enfrenta a diferentes situaciones consideradas riesgosas y peligrosas; sin embargo, uno de los cambios en la dinámica familiar en relación con la comunicación y la cohesión, la protección y confianza familiar, tiene que ver justamente con el nuevo estatus que adquiere el joven, donde su punto de vista y acciones son consideradas importantes:

*... sin embargo **ella sabe analizar** mucho en cuanto a vicios, ella me dice “no, abuela, yo pongo mucho cuidado en eso porque las ciudades son muy peligrosas y lo pueden enredar a uno”, a eso más que todo también le tenía temor cuando entré a la universidad.*

Teniendo presente los aportes de Girón, Sánchez y Rodríguez (1999), se comprende que la etapa de la adolescencia y la búsqueda de la emancipación familiar es, pues, una etapa de importantes cambios desestabilizadores, ya que se prepara la salida organizativa y emocional de uno de los miembros de la familia, y esta debe estar dispuesta a ello; debe existir un equilibrio entre explorar lo novedoso y mantener la seguridad de lo conocido. El siguiente relato permite ver lo mencionado por estos autores:

***Ya en la universidad pues son un poco más flexibles**, ya entienden, pero de igual forma se preocupan mucho, me llaman, o cuando me quedo a almorzar, que me vaya a compartir con ellos un almuerzo.*

El joven puede crecer en la medida en que se mantiene vinculado a su familia de origen y el grupo familiar permite su diferenciación. Lo anterior, aunque parezca simple y fácil de comprender, es uno de los mayores retos de la familia puesto que, como lo menciona el testimonio de una hija, pese a que se presenten mayores niveles de independencia y nuevas responsabilidades, la familia puede seguir con viejas pautas:

***Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también me siento muchas veces controlada** como que **no confían en mí**, entonces eso me molesta por que yo veo que mis compañeros...los padres no les dicen eso, antes ellos los llaman a ellos y les cuentan, entonces veo esa diferencia entre las familias.*

Para esta joven, las acciones de sus padres tienen que ver con la desconfianza que le tienen; de lo que se podría deducir que los padres apenas están avanzando en la confianza en relación con el criterio y la toma de decisiones sobre la vida que tiene la hija, es decir, los padres pueden considerar que ella no tiene las herramientas para afrontar la nueva situación. Sumado a lo anterior, se encuentra la comparación que hace la hija frente a su grupo de pares, ya que es necesario recordar que son una parte importante de su ciclo vital.

Las fuerzas que se oponen serán, por un lado, la necesidad de los padres de mantener el control, y por otro, la presión del joven para cambiar y tener más espacio (autonomía, libertad). Para los padres, esta puede ser una situación difícil que represente una pérdida de los límites pautados; el joven se encuentra, pues, entre ser considerado un adulto pero también entre no encontrarse en una relación horizontal con sus padres, al no poder ejercer su autonomía y toma de decisiones:

Él va aprendiendo a manejar sus propias responsabilidades, pero *es maluco porque igual ya se va sintiendo más grandecito* y entonces ya va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran.

Siguiendo adelante con los cambios en la protección y la confianza familiar, es importante mencionar que si los padres son figuras de apego seguras, el adolescente tiene más facilidad para explorar su competencia y autonomía (Girón et al., 1999). En sintonía con lo anterior, se muestra el testimonio de un padre.

*Yo soy un poquito más flexible, digamos que **confío mucho en él, confío mucho en su criterio** y en su forma de pensar; eso se lo respeto mucho. Considero que es una persona responsable y se contextualiza en ciertas situaciones.*

Posiblemente en la medida que los padres consideren que sus hijos/as tienen las herramientas para afrontar la experiencia universitaria, irán permitiendo su despliegue. La protección y confianza familiar, en esa medida, se modifica con el ingreso del hijo/a a la universidad pues esta, en la mayoría de los casos, adopta un estatus diferente.

El relato del padre posibilita evidenciar que, si bien los niveles de control y protección familiar continúan frente al joven universitario, es indiscutible que empiezan a jugar un papel importante en la claridad de los límites, en los cuales se respeta y se reconoce que la manera de abordaje debe ser diferente, en este caso, desde el respeto.

Sin embargo, no es la misma condición para todas las familias participantes de la investigación. En otras, la madre reconoce, por un lado, que debe seguir con pautas de interacción que traía de antes, para “cuidar” a su hijo, pero a su vez reconoce que para el joven esto es difícil en relación con el entorno universitario; un entorno que supone mayores niveles de independencia, autonomía y libertad:

Yo cuido lo que es mío y lo que me ha tocado, yo no puedo dejar a mi hijo yo tengo que saber dónde está, con quién está ... yo sé que para él es muy difícil de pronto en la universidad, porque a mí me toca asumir ese rol.

El recorrido por este componente permite identificar diversos matices en relación con los cambios que se presentan en las familias donde el hijo/a mayor ingresa a la universidad, sus tensiones y dificultades en relación con la protección y confianza familiar, en los que los padres se muestran comprometidos con apoyar al joven en su proceso universitario, desde distintas posturas. Por un lado, se identifica el control y vigilancia en la que, para los padres, resulta una experiencia llena de peligros; por otro lado, están los que confían en el joven a partir de su

formación y capacidad para desarrollar una experiencia universitaria exitosa. Los jóvenes, por su lado, viven la tensión entre la necesidad de desligarse y construir los criterios propios desde los cuales conducir su vida, en condición armónica con las expectativas familiares, en el sueño de convertirse en profesionales.

“El cambio fue como emocional”. La afectividad es un componente de la naturaleza humana y, por lo tanto, una necesidad que según sea desarrollada, marcará el accionar del individuo (Sánchez, 2006). El afecto puede ser visto como una forma de relación que se construye desde el cotidiano, en el marco de unas creencias, valores y costumbres. Por tanto, la familia no es solamente un grupo de personas que conviven y comparten vínculos de sangre y apellidos. Es también, como menciona Martínez (citado en Crespo, 2011), un espacio donde las relaciones entre los miembros tienen un profundo carácter afectivo y son las que marcan la diferencia respecto de otro tipo de grupos.

En esa medida, los cambios en la comunicación y cohesión relacionados con el concepto de afectividad tienen que ver con aquellos cambios que se presentan en las formas de relación desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo y la cohesión (Rivera, 2005).

Es posible encontrar, en la mayoría de los relatos, que la etapa universitaria trajo consigo un acercamiento afectivo de la familia. El siguiente relato ejemplifica lo anterior:

Anteriormente era muy separada de lo que hacía mi papá; ahora él me dice “hija, ayúdame con estas cosas”. Yo le colaboro en lo que necesite.

Las relaciones de afectividad se modifican por una mayor cercanía emocional, donde padre e hija, que anteriormente se encontraban separados, empiezan a construir una relación más cercana. Dicho compartir también es expresado por una madre que presenta el siguiente testimonio:

Yo pienso que ahorita compartimos más... ella tiene más consideración conmigo, está pendiente. Cuando trasnocho en mi trabajo, encuentro en mi nochero arepita con huevo; ella me lo deja ahí, yo siento que es diferente.

Para la madre, la relación afectiva existente con su hija cambia desde aspectos cotidianos y sencillos como dejarle preparado el desayuno, lo cual toma un sentido de consideración para ella. Al respecto, también menciona que:

*En este momento en la moto me lleva, me trae, que mamá tal cosa, como para que uno no se aburra. **Me parece que es más pendiente**, “mamá, llego tarde, estoy haciendo tal cosa”; de verdad, es diferente. **Compartimos más ahora que antes**”*

La entrada a la universidad hace que la hija muestre una mayor consideración con la madre y se cimienta una mejor relación afectiva. En algunas familias se encuentra que el ingreso a la universidad cambia positivamente la dinámica familiar relacionada con el afecto existente entre ellos:

***El cambio fue como emocional**, pues muy contentos porque **la universidad es un paso grande...Eso fue como alegría como orgullo** y la primera pues mi hija en la universidad y de verdad que es un orgullo.*

La universidad adopta un significado para el núcleo familiar, que cambia aspectos de la vida afectiva, como es la implicación del orgullo, del reconocimiento del otro. Como se mencionó al principio de este apartado, la afectividad se construye desde diferentes aspectos; entre ellos, el marco de creencias; estas tienen que ver con la connotación que trae social y familiarmente la universidad, como una condición para el ascenso social sumamente importante.

Asimismo, se encuentra que el ingreso a la educación superior guarda relación con el acercamiento a figuras ausentes, es decir, que antes no se encontraban continuamente en el relacionamiento del núcleo familiar. Como lo muestra el siguiente relato de una hija, el sistema familiar como tal concibe y percibe el cambio en la afectividad:

***Algo chévere que sí paso con la entrada a la universidad es la relación con mi papá**. Es que nosotros no nos hablábamos hace muchos años y yo empecé a acercarme... incluso mi hermanita dijo: “¡veee!... desde que usted entró a estudiar a la universidad, mi papá está más pendiente de nosotras...”*

Para el sistema familiar, la universidad posibilita un acercamiento del padre, que modifica la comunicación en el sentido de la nueva interacción y la cohesión por la cercanía familiar. En esa medida, el apoyo percibido como parte de la afectividad tiene que ver con un apoyo económico pero también afectivo; como se señaló, se trata de una necesidad básica del sistema familiar. Así lo menciona esta abuela:

***Desde que ella entró a la universidad apareció el papá para apoyarla económicamente, pero para ella lo más importante ha sido la parte afectiva**; ella está muy contenta. Ella me dijo “abue’, mi papá me está dando mucha ayuda económica para la universidad, pero lo que yo más anhelaba era lo afectivo, que mi papá me felicitara, que mi papá me diera un abrazo...”*

La afectividad es un eje transversal en todos los cambios familiares, ya que implica la cohesión. Desde los aportes teóricos es entendida como el vínculo emocional donde se incluye cercanía y compromiso familiar. Se evidencia un papel actual del padre con su hija desde el apoyo económico y afectivo, tiempo compartido, proximidad y satisfacción de las relaciones en el núcleo familiar, desde la necesidad evidente de la joven de un “abrazo” y de ser “felicitada”.

Asimismo, se evidencia otro cambio en la dinámica familiar que tiene que ver con el acercamiento afectivo de la red familiar extensa. Como lo muestra el siguiente relato, el impacto del ingreso a la universidad modifica patrones de relacionamiento tanto en el sistema nuclear como en el sistema extenso:

Desde que ella empezó a estudiar en la universidad, los abuelos comenzaron a venir una vez a la semana, y ella (la abuela) llega y empieza: “necesito ver la niña... llámela a ver si ya viene”

Otro tipo de cambio a nivel afectivo, relacionado con la comunicación y la cohesión, tiene que ver precisamente con la etapa que atraviesa el sistema familiar, la cual se ve enfrentada a un punto donde el adolescente consolida su intimidad, es decir, la necesidad de reservarse para sí mismo cierto tipo de pensamientos, fantasías, sentimientos o actos que no pueden o deben ser conocidos o compartidos por otras personas de la familia o solo por las que el joven quiere (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999).

Para unas familias, este paso supone perder al otro y desapegarse, lo cual fácilmente puede llegar a dañar las relaciones. Cabe anotar que el interactuar es una parte fundamental del núcleo familiar, puesto que lleva al sentirse amado, respetado y reconocido, lo cual potencia la satisfacción personal y familiar. Particularmente para un padre, este proceso ha sido sumamente complejo, como lo deja ver su relato:

*Y es que los hijos llegan y se ponen a estudiar y llega uno y ni siquiera el saludo, no salen del sitio de donde están estudiando... “papá... -pico- bueno, cómo te fue y vuelvo, mira: estoy estudiando, con permiso”, y siguen estudiando como si no hubiera llegado nadie... Son como muy metidas en este aparato y en todas las cosas de la universidad y **uno se va sintiendo como tan solo... Se ha alejado demasiado.***

El relato anterior permite ver que la afectividad no solo representa una esfera simbólica, sino que también se ve relacionada con conductas que para los padres supone sentirse queridos y valiosos. En ese sentido, para el padre la separación es un punto difícil de toda la etapa que se está atravesando:

Yo creo que lo que más me afecta como padre es el aislamiento, la separación de lo que uno venía acostumbrado... pero yo digo que los muchachos deben ser más agradecidos con los padres, saberle llevar un cariñito o alguna cosa... Porque uno termina supremamente aburrido, es que yo temo que se presente algo que nos separe y eso no lo quiero.

Cuando los hijos crecen, los padres y las madres se enfrentan al hecho de quedarse solos y en ocasiones comienzan a cuestionar el sentido que le han dado a sus vidas (Jiménez, 2003). Para el padre, posiblemente la búsqueda de individuación de la joven ha traído consigo repercusiones en su relación; su mayor miedo tiene que ver justamente con el separarse.

Asimismo, puede verse en el siguiente testimonio que la afectividad es modificada dada la disminución del compartir; padre e hija reconocen las dificultades que ha traído consigo el ingreso a la universidad:

*... por las noches cuando él llegaba, que yo estaba en el colegio le servía la comida, y eso le gustaba a él, entonces **cuando yo ingresé a la universidad no puedo hacerlo y como a él que le gusta que lo atiendan entonces le duele eso de mí...***

Para esta familia en particular, los mayores cambios acarrear cambios afectivos, ligados a la reciprocidad, al compartir y al apoyo que cada uno siente. La falta de apoyo percibido es pues una modificación importante que se presenta en la dinámica de una familia, puesto que modifica los niveles de relacionamiento y afectividad, como se muestra en el siguiente testimonio:

*Como tengo tantos problemas con mi papá, no ha cambiado mucho como mis emociones, **mi papá no me apoya** entonces yo tampoco siento como que nazca que abrazarlo.*

Para esta familia particular, la forma de relacionarse y los cambios presentes se encuentran mediados por otros asuntos y se fortalecen con el ingreso a la universidad. Padre e hija adoptan posiciones en donde se juega la afectividad, la comunicación, la cohesión y los límites.

2.3 ¿Quién hace qué?: roles y funciones

Para hablar de roles familiares es necesario tener presente el contexto en el cual estos se desarrollan, los aspectos culturales, socioeconómicos y el período histórico. El rol es un elemento que demarca el estatus o posición entre los miembros de la familia; es un vínculo que el individuo posee para comunicarse y enfrentarse con el mundo cumpliendo con diversas funciones, deberes y derechos que han sido

introyectados en el núcleo familiar y social durante el desarrollo bio-psico-social de todo individuo (Salomea, 2002).

Por otro lado, autores como Uribe (2012, p. 69) definen los roles como

un conjunto de asignaciones relacionadas con la forma de ser, de sentir y de actuar, que un grupo social, señala a las personas que lo componen y a la vez, es la forma como esas personas asumen y expresan en la vida cotidiana esas asignaciones.

Por tanto, los roles son siempre necesarios para estructurar las relaciones familiares, puesto que son “usados continuamente como proceso para ordenar la estructura de las relaciones dentro de la familia” (Quintero, 2004, p.101). Los roles son asignados en virtud de la posición de los miembros en los subsistemas. Indiscutiblemente, el concepto de rol se liga con el concepto de poder, pues tradicionalmente se han atribuido formas y grados de poder diferente a los miembros de la familia (Consejería de Salud y Servicios Sociales, 2003).

Así pues, el rol es el comportamiento esperado de una persona que adquiere un status particular (Viveros y Arias, 2006). Un rol o papel es la conducta esperada de un individuo al interactuar con otros miembros de la sociedad. Es, por lo tanto, un patrón o modelo de conducta que se caracteriza y se espera de una persona, la cual ocupa cierta posición dentro del grupo y en un determinado contexto (Membrillo, Fernández, Quiroz y Rodríguez, 2008).

La posición de un individuo depende del rango que ocupa y de la posición que le conceden los demás. En este sentido, los roles son acciones que el sujeto efectúa para validar su propio rango dentro del nivel jerárquico planteado por su sistema familiar. De lo expuesto, se puede considerar que todos los miembros del grupo familiar asumen una variedad de roles, cuya integración depende de que la familia realice sus tareas con éxito y la funcionalidad de su consistencia interna (Membrillo, Fernández et al., 2008).

En este sentido, la dinámica familiar se puede interpretar como los encuentros entre las subjetividades, mediados por una serie de normas, límites, jerarquías y roles, entre otros, que regulan la convivencia y permiten que el funcionamiento de la vida familiar se desarrolle armónicamente (Gallego, 2011). Para ello, es indispensable que cada integrante de la familia conozca e interiorice su rol dentro del núcleo familiar, lo que facilita en gran medida su adaptación a la dinámica interna de su grupo.

El concepto de función, por su parte, alude a dos objetivos: uno, de carácter interno, que implica la protección psicosocial de sus miembros; el otro, externo, que hace referencia a la acomodación a una cultura y la transmisión de dicha cultura. Este concepto ha sido abordado desde las funciones paternas en su mayoría, denotando relación, con la organización y la estructura familiar, específicamente con dos funciones principales: el amor y la autoridad. Ambas se interrelacionan y complementan mutuamente; al ser funciones básicas deben ser satisfactorias por y para todos los miembros de la familia, pero no pueden ni deben ser realizadas por y para todos los miembros del mismo modo ni en igual medida (Maganto, 2004).

Las diferencias sexuales y generacionales a saber, en palabras de Maganto (2004), marcan notablemente diferencias entre las distintas personas que forman el sistema familiar. La autoridad y amor ejercidas por los padres hacia los hijos no son reversibles en el mismo grado y manera, aunque estas funciones deban ser compartidas. Las diferencias de edad entre los hijos también obligan a los padres a establecer diferencias en el modo de ejercer las funciones básicas de amor y autoridad.

El ejercicio de estas funciones exige modificaciones a través del tiempo, pues necesariamente deben ser ajustadas en cada momento al crecimiento y desarrollo evolutivo de los miembros que componen el sistema familiar (Mestre, Samper, Tur y Díez, 2001). Para este caso particular, dichos ajustes se encuentran relacionados con la etapa de la emancipación del joven adulto y específicamente en la adolescencia, puesto que la familia está en un proceso evolutivo; un “adolescente” es una familia que está en crisis y en constante cambio.

La toma de conciencia de la irreversibilidad de la vida en todos estos ámbitos hace que la crisis afecte a todo el sistema familiar, o en ambos miembros de la pareja. A su vez, es posible que los hijos estén pasando una etapa adolescente, lo que supone una nueva fuente de crisis, ansiedad en la educación e inseguridad (Maganto, 2004).

Mientras esta etapa se atraviesa, mencionan al respecto Serrano y Miguel (citados en Maganto, 2004), la familia y en concreto los progenitores se ven envueltos en una dinámica compleja de autoridad, que no es equiparable a la vivida en décadas anteriores. En la actualidad, a nivel social y cultural, el ejercicio de la autoridad franquea una marcada crisis que afecta inevitablemente al sistema familiar. Los padres no saben cómo, cuándo ni por qué establecer unos límites a los adolescentes. Este es, por consiguiente, uno de los aspectos que conflictúa el sistema familiar y crea problemas en este momento evolutivo.

Sin embargo, en la familia nace una serie de pautas que hacen parte de los roles y funciones que tienen las familias; estas se conocen como reglas y normas, las cuales según Yepes & López (2014, p.83) “Están constituidas en el eje de la socialización ampliado aspectos que contribuyen a la formación humana y el establecimiento de pautas de vida en común, lo que permite que la familia reconozca las normas, reglas y derechos que están dentro y fuera del entorno familiar”.

2.4 Cambios en los roles y funciones familiares con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

En relación con los cambios en los roles y las funciones en la dinámica familiar, se identifican cuatro componentes: las tareas domésticas, el cuidado de otros miembros de la familia, las responsabilidades personales y las funciones parentales.

Con respecto a las tareas domésticas, por un lado se denota mayor sentido de responsabilidad del joven frente a oficios domésticos, sin que la experiencia universitaria opere como un obstáculo, sino por el contrario, como la oportunidad de avanzar en madurez y sentido de solidaridad frente al grupo familiar. Por el otro lado, los oficios domésticos que antes el joven asumía, ahora son relegados a otros miembros, bajo la explicación del joven de escaso tiempo por las responsabilidades académicas.

Los cambios en el cuidado de otros miembros de la familia se refieren justamente a la nueva etapa por la que atraviesa el sistema familiar; puesto que en su mayoría se entrevé que el proceso del joven universitario acarrea prioritariamente su tiempo. Esto lleva a que las labores de cuidado y/o acompañamiento a otros miembros de la familia se relegue frente a la nueva vivencia.

Por su parte, los cambios relacionados con las responsabilidades personales se ubican en asuntos propios de la etapa de la adolescencia y la emancipación: La experiencia universitaria marca un punto de inflexión en la apropiación que hacen los jóvenes de sus responsabilidades y en la necesidad de asumir por cuenta propia su proyecto de vida en relación con la formación académica. Resulta interesante que los jóvenes muestran una clara tendencia a la autonomía y madurez cuando son capaces de reconocer las necesidades y perspectivas de otros miembros de su familia, en el esfuerzo que hacen, no solo por los asuntos domésticos, sino también en el apoyo económico que hacen sus padres para que él pueda avanzar en sus sueños y aspiraciones de convertirse en un profesional.

Por último, los cambios en las funciones parentales están íntimamente vinculados con cambios en el joven que, aunque aparentemente se ubican en

el orden de lo individual, tienen una repercusión importante en las funciones parentales y en la relación entre padres e hijos/as. Para los jóvenes, la experiencia universitaria significa la oportunidad de avanzar en sus procesos de madurez en asuntos como la responsabilidad y la autonomía, de tal manera que a los padres les impele transformar sus estilos parentales desde un estilo de control a otro de acompañamiento, en donde buena parte de las funciones que antes desempeñaban con los hijos/as son transformadas hacia otras lógicas.

Teniendo presente lo anterior, para comprender el presente capítulo se deben abordar someramente los conceptos de dinámica y rol. Según Vivero y Arias (2006) y Vivero (2010), las dinámicas internas de las familias son aquellas condiciones en las que emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dichos tejidos de relaciones y vínculos se relacionan directamente con la distribución de responsabilidades en el hogar, la participación y la toma de decisiones.

En este sentido, la dinámica familiar interpreta como aquel encuentro entre las subjetividades, las cuales están mediadas por una serie de normas, reglas, límites, jerarquías y roles entre otros, que regulan la convivencia y permiten que el funcionamiento de la vida familiar se desarrolle armónicamente (Gallego, 2011). Para ello, es indispensable que cada integrante de la familia conozca e interiorice su rol dentro del núcleo familiar, lo que facilita en gran medida su adaptación a la dinámica interna de su grupo.

Ahora bien, es importante comprender que las dinámicas que se gestan en las familias hacen parte de un ciclo vital, es decir, que las actividades que cada miembro realiza con el tiempo pueden ir cambiando y esto hace parte de una evolución normal. Como lo menciona Ríos (2005), el ciclo vital familiar es un proceso de evolución esperable en una familia; donde, como refieren García y Estremeros (2003), se presentan etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas específicas. Dentro de dichas tareas se pone en juego todo el componente de la dinámica familiar y, para este caso particular, el componente de roles y funciones.

El rol es un elemento que demarca el estatus o posición entre los miembros de la familia, es un mandato que el individuo posee para desempeñarse en los distintos ámbitos de interacción, donde cumple diversas funciones, deberes y derechos que han sido introyectados en el núcleo familiar y social durante el desarrollo bio-psico-social de todo individuo (Salomea, 2002).

Autores como Uribe (2012, p. 69) definen los roles como

Un conjunto de asignaciones relacionadas con la forma de ser, de sentir y de actuar, que un grupo social, señala a las personas que lo componen y a la vez, es la forma como esas personas asumen y expresan en la vida cotidiana esas asignaciones.

Por tanto, los roles son siempre necesarios para estructurar las relaciones familiares, puesto que son “usados continuamente como proceso para ordenar la estructura de las relaciones dentro de la familia” (Quintero, 2004, p.101).

Se podría decir que esta estructura de las relaciones familiares que menciona Quintero (2004) es dinámica en tanto que continuamente se transforma en razón del ciclo vital de la familia y de los cambios que empujan de manera particular cada uno de sus miembros. En esa medida, se asume que la entrada del hijo/a mayor a la universidad convoca una serie de ajustes a todo el sistema familiar, máxime cuando los roles y las funciones sufren una serie de reacomodos.

“De tareas domésticas ¡nada!”. Autores como Membrillo, Fernández, Quiroz y Rodríguez (2008) afirman que la posición de un individuo depende del rango que ocupa y de la posición que le conceden los demás. En este sentido, los roles son acciones que el sujeto efectúa para validar su propio lugar dentro del nivel jerárquico planteado por su sistema familiar. En relación con lo expuesto, se puede considerar que todos los miembros del grupo familiar asumen una variedad de roles, cuya integración va a depender de que la familia realice su tarea con éxito y la funcionalidad con su consistencia interna.

Con el propósito de conciliar la vida personal, familiar y laboral, en las familias se ha planteado el compartir las responsabilidades o que exista corresponsabilidad familiar. La distribución de las labores y las responsabilidades domésticas de forma equitativa y que impliquen por igual a todos los miembros del grupo familiar es un aporte para disminuir los niveles de estrés y de conflicto trabajo-familia (Rodríguez, Peña y Torío, 2010).

La apropiación de los hijos/as frente a las tareas domésticas no tiene el mismo significado para todos, ya que el cumplimiento de los deberes y la exigencias para algunos no dependen de ellos mismos, sino también de los padres. Por tal razón, los cambios del ingreso del hijo/a mayor a la universidad dependen muchas veces de las pautas de crianza propias de cada sistema familiar.

Tal como se enunció, se identifican dos énfasis: mayor apropiación y responsabilidad de los jóvenes frente a las tareas domésticas que le habían sido

asignadas de tiempo atrás y renuncia total de los jóvenes a estas responsabilidades. Respecto a este último, se denota que predomina en las familias pues la apropiación de las tareas domésticas son bajas debido a la nueva responsabilidad que el hijo/a está asumiendo, al estar en un nuevo contexto. A continuación se muestra un ejemplo de lo citado, en la voz de una madre que da cuenta de las nuevas funciones que la hija está teniendo:

Desde que entró a estudiar ya no tiene tiempo sino para la universidad, las tareas y descansar, de tareas domésticas nada (...) porque mantiene alcanzada de tiempo y de todo. ¡hija, hágame el favor ayúdeme a extender la ropa!, y ella dice: ¡nooo!, ¡no tengo tiempo!, ¡tengo trabajo!, ¡pumm!, se encierra a hacer sus tareas.

Lo ideal en este escenario sería que existiera un equilibrio entre las diversas responsabilidades que un sujeto tiene, es decir, que se lograra un compromiso total en el desempeño de cada papel con una actitud de dedicación para responder de manera óptima en cada uno de ellas, lo cual traería beneficios para la calidad de vida de las personas. Así, se estarían evitando las consecuencias del conflicto de roles y la sobrecarga de tareas para otros miembros de la familia, con el consiguiente aumento de niveles de estrés, tensión psicológica, mayor deterioro de salud, entre otros (Frone, Russell y Cooper, citados por Riquelme, Aransazu y Jiménez, 2012).

Otros autores, como Bartutis (2007), explican que actualmente el ámbito educativo se relaciona con variables sociales, económicas, culturales y políticas que demandan mayor exigencias en la formación de los estudiantes. Dicha exigencia adquiere una connotación especial y compleja, pues requiere esfuerzos coherentes y coordinados no solo de la institución educativa sino también de las demás dimensiones con las que cuenta el universitario; entre ellas, el tiempo de que disponen para cumplir con sus tareas académicas.

Por tal razón se identifica que unos de los cambios principales a los que los estudiantes se ven enfrentados es a reorganizar sus tiempos y horarios en el proceso de adaptación a las exigencias académicas. Una de las hijas los manifiesta así:

Pues ahora yo mantengo más que todo en la universidad, entonces no me queda mucho tiempo para hacer lo de los oficios de la casa.

Los roles y las funciones en una familia son un comportamiento esperado de una persona que adquiere un estatus particular (Viveros y Arias, 2006). Los roles pueden convertirse en conductas esperadas de un individuo al interactuar con otros miembros de la sociedad; es, por lo tanto un patrón, un modelo de conducta que se caracteriza y se espera de una persona, la cual ocupa cierta posición dentro del grupo y en un determinado contexto.

Es por esto que las familias notan un cambio importante en la dinámica familiar, debido a que la nueva responsabilidad asumida por el hijo/a genera un cambio no solo en sus roles y funciones, sino también en su tiempo tras la cantidad de trabajos a los que están expuestos. En el siguiente testimonio de una madre se evidencia:

*la universidad le quita tiempo, pues **ya solo se dedica a la universidad**, pues igual él siempre ha ayudado con las cosas de la casa, entonces ya no, porque se va en la mañana regresa en la tarde o regresa en la noche, tiene horarios muy diferentes.*

Se entiende de esta forma que los roles alrededor de las tareas domésticas que antes cumplían los hijos/as son ahora reemplazados por otros miembros de la familia, bajo la comprensión de parte de los padres frente a las nuevas exigencias en tiempo que supone la experiencia universitaria. Sin embargo, esta situación no se presenta igual para todos los casos, pues, para otros jóvenes se genera una mayor apropiación de las tareas domésticas. Para los padres este acontecimiento está ligado a mayores niveles de responsabilidad que reconocen en el hijo y que lo atribuyen a su experiencia universitaria, como en el siguiente comentario de un padre:

Él desde que entró a la universidad se ha hecho más responsable cuida de las cosas de la casa en su habitación y es más atento a sus cosas (...) le gusta cocinar, entonces cocina para la familia para que nos reunamos todos.

Esta situación es reiterativa en otras familia en donde los padres, reportan que reconocen en sus hijos/as mayor apropiación frente a los roles que ejercen en la familia. Se entiende que el cumplimiento de las funciones depende de muchos factores; uno de ellos es el reconocimiento de una contribución al bienestar de todo el grupo.

Frente a esto, Ríos (2005) afirma que el joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo y es ahí donde empieza a crear integración entre la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le permite percibir que empieza a ser en “sí mismo” de manera más clara y diferenciada.

La emancipación tiene muchas fases, entre ellas está el nuevo conocimiento que parte de las responsabilidades asumidas en la universidad, ya que se presentan nuevas formas de aprendizaje no solo de manera intelectual sino personal; el sujeto empieza a crear mayor independencia, a generar más responsabilidades.

Un ejemplo claro es la apropiación de una hija frente al cumplimiento de las actividades domésticas. La narración es otorgada por una madre que explica la

apropiación que tiene su hija sobre los roles y las funciones que tiene en su casa, más allá de su condición de estar estudiando en la universidad:

ella los domingos ayuda a hacer el desayuno, también cuando viene temprano de la universidad hace el almuerzo; incluso, considero que es más la ayuda ahorita que entró a la universidad que antes.

Es por esto que en algunas familias los roles y las funciones se generan a través de la ayuda mutua, ya que permite el apoyo para la realización de ciertas actividades. Es relevante resaltar que algunos hijos/as poseen la facilidad del cumplimiento de los roles y las funciones independientemente de la exigencia que le den.

Sánchez y Osorio (2004) indican que los roles y las funciones pueden ser valoradas por algunas personas como esenciales en las interacciones familiares, puesto que estas definen para los seres humanos, una nueva forma de convivir y de crear estabilidad en las familias. La narración dada por un hijo acerca de los roles y funciones permite entender con mayor claridad lo dicho anteriormente:

yo empecé como por deseo propio a derivar con el aseo, eso ya se vuelve una costumbre, mi papá nunca me dijo que yo tenía que hacer eso... pues el todo el día trabajando y yo estando en la casa, pues uno sabe que más fácil lo hace uno, entonces se vuelve como costumbre de uno.

Pese a que el anterior testimonio no muestra claramente un antes y un después de las funciones y roles que se modifican en la familia, con la entrada del hijo/a mayor a la universidad está claro que con respecto a las tareas domésticas, se muestra una variedad interesante en razón de los cambios que se ubican en dos tendencias: una hacia un mayor sentido de responsabilidad del joven frente a oficios domésticos, sin que la experiencia universitaria opere como un obstáculo, sino por el contrario, la oportunidad de avanzar en madurez y sentido de solidaridad frente al grupo familiar. Por el otro lado, se identifica que los oficios domésticos que antes el joven asumía, ahora son relegados a otros miembros, bajo la explicación del joven de escaso tiempo por las responsabilidades académicas, para ocuparse de las tareas que antes desempeñaba.

“Ya ella no puede acompañarme”. En el orden de los cambios en los roles y funciones que se modifican con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, está dado por el cuidado y/o acompañamiento de otros miembros. Riquelme (2012) indica que una de las responsabilidades que asumen los hijos/as es el cuidado frente

al cuidado de hermanos/as y/o adultos mayores, está relacionado con la limitación de tiempos de los padres que deben trabajar.

A partir del incremento de la esperanza de vida y la disminución de la fecundidad, se derivan algunas importantes consecuencias para la relación entre familia y envejecimiento. En primer lugar, el aumento de la esperanza de vida prolonga la existencia de los individuos en su etapa adulta y avanzada. En segundo lugar, la disminución de la fecundidad tiene efectos significativos, al reducir el número de miembros de la familia, potenciales dadores de apoyos (Riquelme, Aranzasu, Jiménez, 2012).

Este tipo de cuidados representa para la familia una base fundamental, ya que permite equilibrar las necesidades que habitualmente se encuentran. Cuando esto ocurre, la familia empieza a identificar sus cambios tanto de manera positiva como negativa, esto se logra evidenciar a través del testimonio de un padre acerca del cambio que se dio cuando su hijo no participaba del cuidado de su hermana, como antes sí lo hacía:

*Cuando estaba en el colegio, **debía cuidar** por la tarde y la noche a la hermanita, compartía mucho espacio con ella.... entonces él se encargaba de recibirla, de hacer la comida para los dos, **ahora ya no se puede ocupar de eso por los horarios de la universidad.***

Al decir de Riquelme (2012), estas tareas de cuidado han estado culturalmente asumidas principalmente por las mujeres, pero con su incorporación plena al mundo del trabajo fuera del hogar, ha implicado una readecuación de las funciones de cuidado entre otros miembros de la familia, en este caso de un varón.

La asignación de roles y funciones en la familia depende significativamente de las necesidades, que pueden ser compensadas a través de la función de cuidado que asumen los hijos/as; con la entrada a la universidad se altera de alguna forma este equilibrio que se había generado. Ortiz, Galvis, Moreno, Pinto, Pinzón, Romero y Sánchez (2006) al hablar de cuidadores familiares hacen referencia a las personas con vínculo de parentesco o cercanía que asumen la responsabilidad del cuidado o la compañía de un ser querido que requiera una ayuda.

Cuando se refiere al cuidado y la compañía es con el fin de comprender que los roles y las funciones que se asumen en la familia están ligadas no solo al cumplimiento de actividades domésticas, tales como lavar los platos, cocinar, organizar el cuarto, entre otras, sino que también se pueden cumplir a través del cuidado de un hermano o algún otro familiar, buscando generar en la otra persona una seguridad y un apoyo ante diversas situaciones.

En otra de las familias se encuentra que estas labores de cuidado también se dan para el caso de la abuela, que al igual que en el caso anterior, la joven no pudo seguir cumpliendo con la tarea de acompañamiento y apoyo; así lo manifiesta la abuela:

Ella me acompañaba siempre a mí a las citas, ya ella no puede acompañarme en muchas actividades... ella me dice "ay no abue hoy me toca trasnochar y me voy a quedar donde los compañeros haciendo un trabajo."

Desde la perspectiva del "ciclo vital", las familias pasan por cambios en su composición y enfrenta distintas situaciones que, en el caso del cuidado de los ancianos, adquiere tareas diferentes, debido a que en esta etapa la obtención de recursos para satisfacer las necesidades y afectos puede provenir de fuentes no siempre asimilables a aquellas de las etapas anteriores del ciclo de vida. Esto es así porque a medida que avanza la edad, las necesidades y aspiraciones de las personas cambian y con ello las posibilidades del entorno para satisfacerlas. Así, el apoyo familiar gana importancia relativa, sobre todo entre los grupos con bajos ingresos y que no cuentan con apoyo institucional (Aguirre, 2007).

Por otra parte, en los países en desarrollo, donde el proceso de envejecimiento ha sido más rápido y reciente, las condiciones socioeconómicas históricas no han permitido instaurar medidas suficientes para cubrir las necesidades de esa población. En muchos de estos países, las personas mayores apenas reciben protección formal, salvo los jubilados y pensionados, que constituyen una minoría que ejerce sus derechos de manera relativamente eficaz.

El resto de la población de edad avanzada —debido a los insuficientes servicios de salud, el escaso acceso a los planes de pensión y la exclusión del mercado laboral formal— no participan de los mecanismos institucionales para satisfacer sus necesidades y dependen de su familia en la sobrevivencia cotidiana. Pero también recurren a otras expresiones de las redes sociales de apoyo, a fin de mantener vínculos afectivos, conservar información estratégica en la cotidianidad y, con todo ello, preservar cierta calidad de vida (Riquelme, Aranzasu, Jiménez, 2012).

"Más compromiso, más estudio, más dedicación...". Los cambios en los roles y las funciones se vinculan con los cambios presentes en el joven, que aunque aparentemente se ubican en el orden de lo individual, tienen una repercusión importante en las funciones parentales y la relación entre padres e hijos/as.

La etapa de la adolescencia se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, que provocan ambivalencias y contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la

sociedad a la que el adolescente desea incorporarse: “La adolescencia es una etapa decisiva en la adquisición y consolidación de los estilos de vida, ya que se consolidan algunas tendencias comportamentales adquiridas en la infancia y se incorporan otras nuevas provenientes de dichos entornos de influencia” (Pérez, Martínez e Inmaculada, 2009, p.5). Un joven pone en evidencia estos aportes de los autores a través del siguiente testimonio:

En las mañanas me levanto tiendo la cama o arreglo las cosas así para no dejar desorden, o sea, para como disminuir lo posible del desorden como para que mi mamá no esté pues como estresada y esas cosas.

Este joven pone en evidencia una disposición de contribuir con el bienestar de su madre y con el orden en general de la casa, como un compromiso cotidiano que asume, antes de ir a la universidad. Para los jóvenes, esta nueva experiencia académica es reconocida como una situación que les ha implicado cambios en diversos aspectos, no solo en la consideración por otros miembros de la familia, sino también con sus propias cosas, que incluso es percibido por sus padres cuando declaran sobre los cambios identificados en los jóvenes:

De pronto más compromiso, más estudio, más dedicación... ya no están pendientes que buscarle un profesor, que hay que acompañarlo, ¡nooo!; ya él mismo se despliega, ya él mismo va y compra sus cosas, o sea, ya hay muchas cosas que uno ve muy favorables.

Las experiencias narradas dan cuenta de los cambios representativos que se han generado en cada familia, los cuales se ven desde una perspectiva subjetiva, ya que cada uno de ellos reconoce desde su vivencia la nueva forma de vida que asumen en este nuevo rol, como consecuencia de la entrada a la universidad. El siguiente testimonio de un hijo muestra el paradigma de las responsabilidades que existían en el colegio y las nuevas responsabilidades en la universidad:

Ahora, en la universidad, yo siento que las responsabilidades son diferentes; es como de rendir, es como de ser consciente de que ellos están pagando, entonces quiero siempre tener una responsabilidad abí, estar pendiente del estudio, de las actividades que nos dejan, no hacer a un lado lo que hay que estudiar.

Todo lo anterior permite vislumbrar que, además de los cambios propios de la etapa de la adolescencia, la experiencia universitaria marca un punto de inflexión en la apropiación que hacen los jóvenes de sus responsabilidades y en la necesidad de asumir por cuenta propia su proyecto de vida en relación con la formación académica. También resulta interesante que estos jóvenes muestran una clara tendencia a la autonomía y madurez cuando son capaces de reconocer las

necesidades y perspectivas de otros miembros de su familia en el esfuerzo que hacen, no solo por los asuntos domésticos, sino también en el apoyo económico para que él pueda avanzar en sus sueños y aspiraciones de convertirse en profesional.

“Y ahora mis papás ya no están pendientes de mí”. Tal como se manifestaba anteriormente, los cambios en el orden de la autonomía y responsabilidad que van asumiendo los jóvenes como consecuencia de su entrada a la universidad, tienen implicaciones en la manera como los padres asumen sus funciones parentales. Se encuentra que ellos acompañan la etapa de sus hijos/as desde otra postura más confiada en las propias decisiones y su buen criterio.

Rodríguez (citado en Solórzano y Maldonado, 2006) muestra que los padres o quien cumpla su papel, tienen una responsabilidad fundamental en la formación de los hijos/as; pues la familia es la primera escuela; es el seno donde se forma la personalidad de los individuos y se adquieren las estructuras necesarias que le permiten el desarrollo de aptitudes, actitudes y valores. Sin embargo, la manera como los padres cumplen con esta función de formación tan importante para el sujeto tiene modificaciones en la forma como se realiza. En últimas, se hace énfasis en que la familia es considerada como la instancia mediadora entre el ser humano y la sociedad, ya que en ella se establecen las bases de su interacción con los demás, las cuales le permitirán identificarse y posteriormente definir su propia identidad. Gracias a esta interacción que se desarrolla en el núcleo familiar, los individuos se preparan para participar en sociedad.

Rodríguez (citado en Solórzano y Maldonado, 2006) también propone otro elemento adicional para considerar el cambio en la manera como se asume la parentalidad: la confianza que van ganando los padres en la preparación que van adquiriendo los hijos/as en el desenvolvimiento de otros escenarios sociales, tales como el mundo universitario. Una de las madres lo menciona de la siguiente manera:

*Pues cambian muchas cosas porque ellos se vuelven como más independientes, **ahora es uno, como en un acompañamiento más alejado** porque igual es él quien maneja sus horarios no están preguntando si él fue o no fue, no se está preguntando por las notas.*

Estas nuevas situaciones que se gestan en el ciclo vital de la familia producen cambios que hacen parte de un desarrollo transicional y de acomodo frente a los roles y funciones, no solo en el caso de los padres, sino también de los hijos/as. Un ejemplo de ello está en las siguientes versiones dadas por un hijo:

ahora mis papás no mantienen pendientes de mí, pues sí están pendientes, pero no como con el colegio que ellos mantenían pues yendo por las notas y preguntando uno como iba, ya eso se perdió.

Se comprende en esa medida, desde la mirada del hijo un cambio significativo para él, en lo que denomina “estar pendientes”, pues marca una diferencia sustancial entre el colegio y la universidad, al manifestar que anteriormente se preocupaban por las notas, el rendimiento académico y el cumplimiento de sus tareas. Estas situaciones varían con el ingreso a la universidad.

Se puede decir que en esta nueva etapa universitaria se modifican las responsabilidades de los padres, que pasan a ser delegadas en los hijos/as, posibilitando una madurez e independencia que hacen que el estar en una universidad se ha más una meta personal para el joven, en el que la familia opera como apoyo.

2.5 Acuerdos familiares: jerarquías, reglas y normas

Las reglas y normas se entienden como aquellas pautas explícitas o implícitas que orientan la vida de los integrantes de la familia, las cuales son establecidas con el fin de controlar el comportamiento de los sujetos a nivel intra y extra familiar, y definir las funciones y los roles que estos deben asumir en diversos contextos de desarrollo individual y social (Sánchez, 2007). Para Quintero (2004), *es en las reglas que se evidencia la expresión observable de los valores de la familia y la sociedad.*

A nivel familiar, las normas y las reglas guían el actuar respecto a lo debido o indebido a lo que debe ser y a lo que socialmente se acepta o se rechaza (Sánchez, 1995). Las reglas y normas en la familia posibilitan y legitiman que padres y madres ejerzan la autoridad.

Para Sánchez y Osorio (2004, p. 41), las normas son valoradas por algunas personas como esenciales en las interacciones sociales, puesto que estas definen para los seres humanos límites y parámetros de comportamiento conducentes al logro de una adecuada convivencia con las demás personas.

Las reglas y normas que gobiernan una unidad familiar y a cada uno de sus miembros pueden ser explícitas o implícitas. Estas deben de ser firmes, pero lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar (Dominici, 2003).

Es pertinente resaltar que las normas y las reglas son parte fundamental en el ejercicio de la autoridad, pero su manejo puede facilitar o dificultar las relaciones, o como lo menciona Sánchez (1995, p.35), “puede posibilitar o inhibir el crecimiento y desarrollo de cada uno de los integrantes del grupo familiar”.

El concepto aquí abordado no puede ser desligado de la etapa crucial en la cual se encuentra el núcleo familiar; una etapa caracterizada por la adolescencia, la emancipación del joven y adulto y el ingreso a la universidad. Al respecto, Girón, Sánchez y Rodríguez (1999) afirman que la familia se ve enfrentada a un momento donde el joven en su búsqueda de identidad y diferenciación, tiene la necesidad de transgredir las normas familiares.

Con la adolescencia cambian las normas que se habían establecido cuando los jóvenes eran niños y se requiere un nuevo proceso para definir las. Jiménez (2003) menciona que “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes” (p. 80).

Por tanto, las reglas y normas están sujetas indiscutiblemente a la distribución del poder en la familia, es decir, a la **jerarquía**, donde se destaca al miembro con mayor poder en la familia (Casas, 1994). En ese sentido, como lo menciona Trujano (2010), un sistema jerárquico es el que está formado por subsistemas interrelacionados, lo cual lleva implícitamente un concepto de nivel, que estará constituido por varios subsistemas. En este concepto no necesariamente se involucra la idea de subordinación.

La jerarquía, según Ludizaca (2013), está dada por las funciones de poder y autoridad que son distribuidos dentro de la familia. Por lo general, los padres son los que ejercen la autoridad sobre sus hijos; cada uno de los integrantes del sistema familiar sabe quién ejerce el poder y quién tiene el control, las jerarquías deben estar bien definidas, de no ser así, las interrelaciones familiares tienden a ser caóticas.

Minuchin (2003), por su parte, considera que una jerarquía clara es importante para la funcionalidad familiar. Todo sistema está jerarquizado y en ese sentido, la familia y la autoridad se distribuyen en varios niveles y se manifiesta de diversas formas en cada contexto.

Hablar de jerarquía lleva a pensar dos conceptos fundamentales: poder y autoridad. La autoridad en la familia, dice Maldonado (1995), es una condición temporal que finaliza cuando es necesario y las condiciones lo requieren; el poder, por otro lado, puede fundamentarse en la autoridad o presentarse sutilmente como aquel que se encuentra ligado al afecto.

La autoridad en la familia pretende establecer principios que rigen el diario vivir, en el cual se acatan normas, valores, reglas entre otros, que regulan el comportamiento de acuerdo con los parámetros establecidos (Jiménez, 2003). Para otros autores, como Galvis (2009):

autoridad no quiere decir dar órdenes no cuestionadas y autoritarias que responden solo al interés de los mayores. La autoridad en la democracia es firme y eficaz en la medida en que es razonada, es explicada y representa el interés de padres e hijos (...) se puede afirmar que la autoridad debe fijar límites y abrir posibilidades (p. 92).

Cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los adolescentes discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan (Jiménez, 2003, p.100).

Teniendo en cuenta la jerarquía y la autoridad, cabe anotar que las familias que tienden a ser “rígidas y altamente cohesivas, puede[n] perjudicar la individualidad de sus miembros” (Vásquez, Ruiz, Álvarez, Mancilla y Suck, 2010, p.107). Esto muestra un ambiente familiar negativo donde los miembros tienen pocas destrezas sociales y mayor vulnerabilidad al medio.

En este sentido, en un ambiente familiar deteriorado por la rigidez y poca flexibilidad, la expresión emocional y la comunicación intrafamiliar se encuentran dañadas y los integrantes del grupo familiar tienen menor autonomía e interés por actividades culturales, religiosas y poca vida social (Vásquez et al., 2010).

En familias más flexibles se da la posibilidad de que sus miembros desarrollen mayor autonomía y confianza para vivir otro tipo de actividades, como las culturales, intelectuales y de orden social.

En estas familias, cuando las relaciones son democráticas la jerarquía se conserva sin mayor conflicto (Jiménez, 2003).

2.6 Cambios en las jerarquías, reglas y normas con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

En este apartado se muestran los cambios en la dinámica familiar con la entrada a la universidad, en el orden de las jerarquías, reglas y normas en un contexto del ciclo vital familiar correspondiente a la adolescencia y emancipación del joven.

En relación con la jerarquía se encuentran varios aspectos que se ponen en orillas diferentes para las familias; en un extremo se identifica que algunas familias

permanecen con una estructura familiar autoritaria, la cual, con la entrada del hijo/a a la universidad, no presenta cambios. En este sentido, se evidencia que a pesar de las nuevas exigencias y demandas del contexto universitario, dicho estilo permanece rígido en su jerarquía, limitando el desarrollo de la autonomía y la responsabilidad en sus hijos/as. Una de los elementos que aparecen como posibles explicaciones a esta estructura, está relacionado con las concepciones de los padres/madres frente a los hijos/as, considerándolos aún pequeños para la etapa en que se encuentran y, por lo tanto, el acompañamiento en relación con el que hacían en la etapa del colegio no cambia. Las decisiones tomadas por los padres/madres son las que priman en estas familias y la voz de los hijos/as no es fácilmente escuchada; finalmente, se identifica que en esta estructura autoritaria una invisibilidad de la responsabilidad de los hijos/as puesto, que la autoridad ejercida por los padres no permite que ellos exploren fácilmente su nueva realidad.

En el otro extremo, se encuentra una dinámica familiar con tendencia a la horizontalidad, en donde se da posibilidad al hijo/a para que desarrolle su autonomía y crezca en libertad; en esta horizontalidad, los padres reconocen la posibilidad al hijo/a para tomar decisiones autónomas. De este modo, cobra sentido otro hallazgo relacionado con una mayor libertad y responsabilidad de los hijos/as donde se evidencia que con la entrada a la universidad se hacen más conscientes de las cosas que ellos mismos deben hacer, establecen prioridades y en esta medida van desarrollando mayor autonomía.

Por otro lado, se encuentran familias flexibles con las nuevas circunstancias del universitario, a partir de las cuales concertan las reglas y normas como consecuencia de los adaptaciones que hace el sistema familiar. Lo anterior es posible gracias a la comprensión que hacen los padres frente a las necesidades de mayor libertad, en donde la percepción parental frente a esta necesidad es considerada como una dimensión de la madurez del joven.

Esta consideración que hacen los padres pone en evidencia el carácter de sistema abierto que representa la familia, en la que sus miembros están en continua interrelación con otros sistemas que la empujan permanentemente en un dinamismo constante. Para autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006), la familia es una unidad social que enfrenta múltiples tareas de desarrollo, gracias a un intercambio diario entre sus miembros y los ambientes externos, tales como el lugar de trabajo, la escuela y universidad de los de los hijos/as, así como de otras instituciones de la comunidad.

El ciclo vital familiar enfrenta en sus tareas de desarrollo un proceso de evolución esperable en ella, concepto que, aunque aparentemente simple, encierra

varios elementos que es preciso destacar: uno de ellos es el de proceso, que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase, al tiempo que se permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo (Ríos, 2005).

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que las familias atraviesan en general a lo largo de la vida. El pasaje de una etapa a otra implica un cambio que lleva consigo una nueva experiencia. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

En ese sentido, las familias con hijos mayores que ingresan a la universidad estarían transitando en el ciclo denominado adolescencia y emancipación, en la cual la familia está sujeta a grandes cambios. Jiménez (2003) argumenta que esta etapa se caracteriza por la búsqueda de la autonomía del joven que, paradójicamente, también representa un temor a separarse de los padres; en este sentido, en la familia se juega una tensión entre autonomía-dependencia, dado que los hijos/as intentan buscar su autonomía, pero a su vez se asumen dependientes en muchos aspectos.

La emancipación del joven está permeada por el ingreso a la universidad. En este sentido, autores como Álvarez, Herrera, Quiles, Rodríguez y Sabiote (2008) coinciden en que la familia es uno de los pilares esenciales de los jóvenes universitarios, por lo que se valora el núcleo familiar como el lugar donde se cimienta el proceso de socialización del individuo y en el cual se comienza a educar en valores. Se encuentra, además, que los jóvenes consideran a la familia como la institución primordial, la cual ocupa un lugar privilegiado en la orientación de sus vidas, y un espacio que proporciona un alto grado de estabilidad.

Por su parte, Enríquez y Solernou (2013) encuentran que la familia funciona como un referente donde el estudiante se apoya para transitar por todos aquellos cambios en los que se ve afectado, así como en la adopción de hábitos para su desempeño académico. En esta misma línea, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven es elaborar, modificar y transformar los roles, para cambiar las estructuras y así contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.

En este contexto del ciclo vital de la familia y del ingreso del hijo/a mayor a la universidad, toda su dinámica familiar se ve transformada. Según Viveros y Arias (2006) y Viveros (2010), en la dinámica interna de la familia emergen mecanismos de regulación interna, los cuales involucran el funcionamiento, las formas de

interacción, las funciones y roles asignados. Oliveira, Eternod y López (1999) subrayan que dicho tejido de relaciones y vínculos se relaciona directamente con la distribución de responsabilidades, la participación y la toma de decisiones. Para otros autores, como Cifuentes, Massiris y Ruiz (1998, p. 48), la dinámica familiar:

Son todas aquellas relaciones o aspectos que se dan al interior del grupo familiar que le permiten a los miembros interactuar en cada uno de los subsistemas a través de diferentes procesos como la comunicación, los roles, las normas, aflorando sentimientos, emociones, ansiedades y conflictos, estableciéndose una interacción con aspectos de su entorno como el medio ambiente, la educación, la cultura, la religión, la política, la comunidad y la sociedad en general; en donde cualquiera de estos aspectos suceden individual o grupalmente en la familia, afectando a todos sus integrantes.

Se puede concluir a la luz de los autores antes mencionados, que la dinámica familiar se ve implicada en muchos aspectos, como consecuencia de la entrada del hijo mayor a la universidad. Para el caso de este apartado, se hace énfasis en aquellos concernientes a la jerarquía, reglas y normas.

Se entiende que la jerarquía está dada por las funciones de poder y autoridad que son distribuidas dentro de la familia; por lo general, los padres son los que ejercen la autoridad sobre sus hijos; cada uno de los integrantes del sistema familiar sabe quién ejerce el poder y quien tiene el control, las jerarquías deben estar bien definidas; de no ser así, las interrelaciones familiares tienden a ser caóticas (Ludizaca 2013).

Minuchin (2003), por su parte, considera que una jerarquía clara es importante para la funcionalidad familiar. Todo sistema está jerarquizado y, en ese sentido, la familia y la autoridad se distribuyen en varios niveles y se manifiesta de diversas formas en cada contexto. De esta forma, las reglas y normas aparecen como condiciones reguladoras de los miembros de la familia, desde el ejercicio de la autoridad que otorga esta jerarquía. Estas se entienden como aquellas pautas explícitas o implícitas que orientan la vida de los integrantes de la familia, las cuales son establecidas con el fin de controlar el comportamiento de los sujetos a nivel intra y extra familiar, y definir las funciones y los roles que ellos deben asumir en diversos contextos de desarrollo individual y social (Sánchez, 2007).

A nivel familiar, las normas y las reglas guían el actuar respecto a lo debido o indebido a lo que debe ser y a lo que socialmente se acepta o se rechaza (Sánchez, 1995). Las reglas y normas en la familia posibilitan y legitiman que padres y madres ejerzan la autoridad.

“Un día yo le marqué al celular por lo menos 100 veces...” Una de las tendencias que se encontró en la investigación de la que se deriva este libro es la relacionada con una estructura familiar que se conserva jerárquica, pese a que el ciclo vital en el que se encuentra la familia demanda otro tipo de necesidades. Jiménez (2003, p. 100) comenta que “cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los adolescentes discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan”.

Para autores como Galvis (2009, p. 92),

autoridad no quiere decir dar órdenes no cuestionadas y autoritarias que responden sólo al interés de los mayores. La autoridad en la democracia es firme y eficaz en la medida en que es razonada, es explicada y representa el interés de padres e hijos [...] se puede afirmar que la autoridad debe fijar límites y abrir posibilidades.

Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 122) mencionan que en las familias donde hay una organización autoritaria:

La vida de familia está compuesta de horarios precisos, ya sea en relación con las comidas como en las salidas y entradas [...] que deben ser absolutamente respetados [...] A veces los hijos adolescentes acaban por aceptar las normas y adaptan su comportamiento para destacar, satisfacer a sus padres y recibir premios.

Al respecto, una de las madres participantes de la investigación comenta que:

Yo soy muy fuerte de carácter, “¡no, se vino ya!”, entonces él ahí mismo coge un taxi y se viene. Un día yo le marqué al celular por lo menos 100 veces... cuando le dije ¿se vino o se vino!, eso **para ellos es incómodo, vergonzoso, muchas cosas, pero para mí es lo adecuado.**

En este testimonio, la madre acepta que esa condición de ordenar para el hijo es bastante incómoda; sin embargo, resulta lo pertinente en el ejercicio de su maternidad. Prima entonces el obedecer por parte del hijo y el control por parte de la madre, vislumbrando cómo en las familias con un modelo autoritario prevalece el cumplimiento de la norma y la voz del padre o la madre y lo que se dice por parte de ellos es respetado; lo muestra el testimonio en el que el hijo atiende inmediatamente al llamado de la madre.

Este ejercicio de la autoridad familiar, también presenta algunos matices en el que, sin dejar de ser ejercido de manera vertical, utiliza mecanismos y formas aparentemente sutiles que se acompañan de una manifestación de interés, acompañamiento y cuidado por el hijo/a. Maldonado y Micolta (2003, p. 26) mencionan que hay “padres y madres que escuchan a sus hijos e insisten en el diálogo. En ese diálogo ellos y ellas no pierden la práctica ni la representación de su papel dominante. Son padres que se representan como jefes del hogar y como personas quienes los hijos tienen que respetar”.

El testimonio que a continuación se presenta de una madre muestra cómo ella, siendo muy cautelosa, le hace saber a su hija que en casa mandan los padres:

*Ella comprende (la hija) que está en un rol de familia, que **está en un círculo familiar, que ahí tiene un papá, una mamá, que hay cosas de las que no se puede salir de ahí, así tenga dieciocho, diecinueve años.***

Se podría deducir que en estas familias, los hijos/as comprenden que son sus padres quienes tienen el poder; condición de una familia autoritaria donde sus comportamientos deben estar equiparados a lo que sus padres establecen. De ahí la afirmación de la madre: “hay cosas de las que no se puede salir”, incluso siendo mayor de edad.

El siguiente testimonio muestra de manera más contundente que la autoridad sigue siendo de padre y madre, aun considerando el ingreso a la universidad. Esta forma de ejercer la autoridad no cambia, se sigue conservando vertical; se obedece y no se discute a lo que los padres mandan:

*Ese cuento de que la mamá y los hijos deben de ser amigos, eso como que no me cuadra del todo... pero tampoco de perder la autoridad, de que **sepan que están hablando con su mamá, su papá y que eso se respeta y que eso no se debe cambiar...** ella sabe que así tenga sesenta años le voy a joder toda la vida.*

Los hijos/as, en estos ámbitos de interacción familiar, se adhieren a una jerarquía con estructura autoritaria donde “existen unos valores absolutos, inmutables y eternos de los que surgen las reglas que son indiscutibles” (Nardone, Giannotti y Rocchi, 2003, p.122). De esta manera se van dando las reglas, las normas y la toma de decisiones en casa: en las familias, con una jerarquía autoritaria, las decisiones son tomadas por padres/madres.

Las familias que tienden a ser “rígidas y altamente cohesivas, pueden perjudicar la individualidad de sus miembros” (Vásquez, Ruiz, Álvarez, Mancilla y Suck, 2010, p.107), pues en un ambiente familiar negativo los miembros tienen

pocas destrezas sociales y mayor vulnerabilidad al medio; se evidencia así poca capacidad para tomar decisiones propias.

En este sentido, un ambiente familiar permeado por la rigidez y poca flexibilidad conlleva daños significativos en la expresión emocional y la comunicación familiar; los integrantes del grupo familiar tienen menor autonomía e interés por actividades culturales, religiosas y poca vida social (Vásquez, et al., 2010). Así lo muestra en el siguiente testimonio de una hija y una madre:

*La autoridad en mi casa no se ha modificado: **mi mamá sigue siendo la figura de autoridad** y pues mi papá ellos siempre han sido así; las reglas no se han cambiado. Las decisiones de la casa yo diría que mi mamá es la que las toma.*

*ella [la hija] en la casa sigue con las mismas normas, pues **siempre debe decirme para donde va y con quien va.***

La entrada a la universidad es un aspecto que supone cambio en horarios, responsabilidades, contexto, etc., por lo cual se considera que los hijos/as necesitan mayor libertad para realizar sus encuentros académicos, compartir con sus compañeros y demás actividades que requieran. No obstante, se evidencia que, en este caso, la hija sigue dependiendo de las normas de la casa y del control que ejerce su madre.

Algunas situaciones especiales del acontecer académico suponen algún tipo de flexibilidad, aún en el marco de la verticalidad en el ejercicio de la autoridad. Así se muestra en el siguiente caso:

*Cuando tengo que ir a quedarme donde alguien, ahí sí como que son un poquito problemáticos; por ese lado no me apoyan mucho. Ya cuando es el tiempo pues acá en la universidad; por ejemplo, [para] **un tiempo de almuerzo sí son un poquito flexibles, de resto, no**".*

Si bien no es mucha la flexibilidad frente a las decisiones de la hija, aparece un matiz diferente; de alguna manera, si la hija se queda en hora del almuerzo en la universidad es algo que se acepta con flexibilidad; sin embargo, se enfatiza que los padres son quienes deciden qué hacer.

En ese sentido, en los modelos de jerarquía autoritaria donde predomina el poder de los padres sobre los hijos/as, para Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 120), "los hijos tienen poca voz y tienen que aceptar los dictámenes impuestos por los padres (...) La vida en familia está marcada por el sentido de la disciplina y del deber" (p.120). En la investigación se encontró que:

Decisiones que diga que yo las tomo propiamente, no. Pues es que no sabría decirle cuáles... las decisiones que yo tomo son contradictorias con las de mi mamá, pues a pesar de todo yo digo ‘yo ya tengo 18 años, pero todavía vivo acá y siempre se rige la regla: ‘mientras usted viva bajo este mismo techo’...’.

Es claro que en las familias con autoridad jerárquica la pauta de interacción en las relaciones parentales supone que dicha autoridad es reconocida también por el hijo, como parte de la dinámica en la que participa. Esto resulta validado por él, al reconocer que pese a la mayoría de edad, le corresponde acatar las normas impuestas por pertenecer a un sistema familiar en el que cohabita en el mismo espacio.

Para el caso anterior, si el hijo toma la decisión y no es lo que la madre considera correcto, no hay aprobación; nuevamente se reconoce que este tipo de familias están marcadas por la disciplina y la obediencia en lo que los padres/madres consideran adecuado.

Por otro lado, en lo relacionado con familias que se conservan autoritarias aparece en algunas situaciones lo que se ha denominado *responsabilidad de los hijos/as*. Aquí puede encontrarse que los padres siguen ejerciendo la autoridad; son ellos quienes toman las decisiones; sin embargo, empiezan a reconocer la necesidad de emancipación y criterio propio de los hijos/as:

Es maluco porque igual él ya se va sintiendo y aprendiendo hacer como más grandecito y va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran. Si uno les dice “no trasnoche tanto, saque más tiempo”, entonces ya hay más choque entre los dos.

La madre participante menciona que el hijo empieza a tomar ciertas posturas autónomas y aunque ella reconoce que hace parte de los cambios de su edad, es claro que ella pone el límite “no trasnoche tanto, saque tiempo”.

Es evidente que para los hijos/as, esta situación de control por parte de los padres representa una experiencia poco grata, la que incluso es comparada con otras familias, en una condición de desesperanza, al reconocerse en una condición de mayor responsabilidad y madurez:

Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también me siento muchas veces controlada como que no confían en mí, entonces eso me molesta porque yo veo que mis compañeros no... veo esa diferencia entre las familias.

Nardone, Giannotti y Rocchi (2003, p. 123) mencionan que “los adolescentes, si no se adhieren al modelo familiar, inician toda una serie de maniobras para sustraerse al clima de tensión: estar el mayor tiempo posible fuera de casa, hacer las cosas a escondidas, buscar ocasiones de estudio o trabajo en otra ciudad”. Esta situación se puede ver en el siguiente testimonio de un hijo:

Como mis horarios en el colegio mi mamá los conocía y en la universidad no los conoce, entonces es más fácil que yo pueda ir y volver y hacer las vueltas que necesito sin necesidad de un control de ella.

Se ilustra de manera explícita la estrategia que usa el joven para no estar controlado por su madre; juega con los horarios de la universidad para hacer otros asuntos que le interesan y de esta manera la madre no puede ejercer control sobre él. De esta forma, se muestra en la perspectiva de los autores antes citados, las diversas estrategias que pueden ser útiles por parte del joven en este tipo de familias.

En conclusión, se puede decir en cuanto a los resultados en la categoría de familias con jerarquía autoritaria que, aunque aparecen algunos rasgos de autonomía del joven con su ingreso a la universidad, las directrices de los padres predominan, las decisiones son consultadas por los jóvenes y finalmente quienes deciden son los padres. Se encuentran también que algunas familias siguen controlando los horarios, las llegadas y las salidas y que, por tanto, esta estructura autoritaria se conserva.

“Ahora como que ya uno tiene voz propia”. Se encuentra como resultado que en algunas familias, la jerarquía familiar empieza a ceder con la entrada del hijo/a a la universidad y se tornan más flexibles, gracias a la comprensión que hacen los padres de las demandas de este nuevo escenario en la vida del joven, dando mayor posibilidad para que desarrollen autonomía y confianza y en esta medida, puedan hacer otro tipo de actividades como las culturales, intelectuales y de orden social. Al decir de Jiménez (2003), en este tipo de familias cuando las relaciones son democráticas, la jerarquía se conserva sin mayor conflicto.

Como resultado se encuentra que, en estas familias, el estudiante tiene mayor posibilidad de tomar decisiones autónomas. Así, los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, en tener libertad para construir su propio mundo y en particular, lo relacionado con las amistades, las salidas sociales y el uso del tiempo libre.

A continuación se muestran las intervenciones de una hija:

Con la entrada a la universidad ha cambiado mi posibilidad de tomar decisiones. Soy más independiente en cosas muy cotidianas; específicamente, en asuntos académicos y en la manera como manejo mi tiempo.

La entrada a la universidad implica para los jóvenes nuevos retos y eso hace que se apropien con mayor responsabilidad de sus asuntos; para la hija, aparecen mayores posibilidades de tomar sus decisiones frente a lo académico o la distribución de su tiempo. Es posible decir que antes, dichas decisiones parecían controladas al permanecer más tiempo en casa. Tal como lo dice Jiménez (2003), hay mayor libertad para las salidas de casa y el uso del tiempo; eso hace que el joven desarrolle más autonomía.

En el proceso de emancipación y autonomía existe una serie de toma de decisiones que, según Erikson (citado por Diane, Sally y Duskin, 2009, p. 515), “se forma a medida que los jóvenes resuelven tres cuestiones principales: la elección de una ocupación, la adopción de los valores con los que vivirán y el desarrollo de una identidad sexual satisfactoria”. Este aspecto lo ilustra el siguiente testimonio de la abuela:

Ella antes de cumplir los 18 siempre pedía permiso y si no se le daba permiso pues no pasaba nada; hoy en día no pide permiso sino que anuncia dónde va a estar, pero ella no volvió a pedir permiso”

Este testimonio muestra mayor autonomía, libertad e independencia, que se entiende a partir del ingreso a la universidad y de la mayoría de edad; dos situaciones particulares asociadas al asumir nuevas responsabilidades que requieren un modo diferente de relacionarse con la autoridad en la familia.

En el contexto de los jóvenes universitarios, con el tránsito de la adolescencia a la emancipación cambian las normas que se habían establecido cuando los jóvenes eran niños y se requiere un nuevo proceso para definir las; Jiménez (2003, p. 80) menciona que “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes”. A continuación se ilustran algunos testimonios al respecto de la autonomía que van adquiriendo los hijos/as en la universidad:

Ya uno en la universidad toma sus propias decisiones. Uno no cuenta mucho con la decisión de los padres, o sea, a comparación del colegio donde sí se cuenta más con ellos... ya ahora es diferente; ahora como que ya uno tiene voz propia para decir todo lo que siente, qué es lo que quiere hacer y qué no quiere hacer”

En la universidad toca ser más consciente. Yo sé que tengo una responsabilidad con la que tengo que cumplir, tomo la decisión de ir a estudiar, ir a la biblioteca, ir a una conferencia y esas son cosas que en el colegio no hacía.

Él es autónomo en casi todo, [a] dónde quiere ir; si quiere estar en Manizales o en Pereira o el estar con su novia...también se toman decisiones al interior de la familia y se concertan

Se puede ver en estos testimonios que la entrada a la universidad implica para los jóvenes tomar decisiones por sí solos. Los hijos/as son conscientes de que la responsabilidad aumenta y que no es igual estar en el colegio que responder en este nuevo contexto; esta conciencia hace que crezcan en autonomía y responsabilidad. Es importante resaltar aquí cómo se van dando los matices de responsabilidad en los hijos/as sin dejar de lado la autoridad de los padres, dado que hay decisiones que se toman en familia y son respetadas.

Otro de los aspectos que aparece como hallazgo y que no se aleja de lo que se viene hablando hasta el momento es que *los hijos/as tienen mayor libertad y responsabilidad* cuando ingresan a la universidad. Esta situación tiene que ver con algo que menciona Oliva (2006, p. 216) cuando refiere que una disminución en los niveles de control que padres y madres ejercen sobre sus hijos a medida que transcurre la adolescencia, siendo esta disminución uno de los principales reajustes que los padres suelen realizar en su estilo parental para adaptarse a la mayor madurez de su hijo adolescente y a sus nuevas necesidades.

En el siguiente testimonio de una hija participante se muestra cómo la libertad hace parte de su desarrollo como joven:

Sí me ha pasado que tengo más libertad de hacer las cosas, no veo limitada mi libertad; si es algo que quiero hacer, igual creo que manejo muy bien mi tiempo y tampoco me encierro sólo en la universidad y sólo estudio, yo salgo si tengo algo para hacer.

Se puede ver en la anterior intervención cómo la hija declara que no se ve limitada, es decir, los padres han disminuido el control sobre ella y eso le ha generado madurez y libertad para hacer las cosas. Hay aspectos que empiezan a evidenciar mayor responsabilidad y libertad con la entrada a la universidad; por ejemplo, responder por lo académico, libertad para salir con amigos o hacer diligencias. El siguiente testimonio de una hija lo muestra:

*Al entrar a la universidad llega uno en el carro, va hace las vueltas, visito a mis amigos y así; pues **siempre hay mucha más libertad.***

Esta nueva experiencia de libertad está aparejada con niveles de mayor conciencia y responsabilidad frente a los nuevos retos que les representa la experiencia universitaria y el marco de decisiones que se requieren tomar para avanzar en esta ruta, como lo expresa el siguiente hijo:

*Uno sabe que si tiene que quedarse acá en la universidad haciendo un trabajo y está en la cafetería y llegan varios y lo invitan a tomarse una cerveza **uno tiene que tener conciencia de qué es más importante**, y a partir de lo que sea más importante decidir que eso es lo que tengo que hacer.*

Al respecto de tener conciencia y saber elegir, el estudiante agrega:

***Uno tiene que decidir sobre las amistades**, saber quién es quién, entonces uno tiene que decidir con quién sí puede llegar algo importante en la vida, porque hay personas que lo pueden retrasar a uno en muchas cosas; entonces yo también pienso que es una decisión importante pues la amistad.*

Estos testimonios van mostrando que las familias han cumplido un papel importante en la formación de autonomía en sus hijos/as, como lo menciona Oliva (2006, p. 218):

La promoción o fomento de la autonomía se refiere a las prácticas parentales que van encaminadas a que los adolescentes desarrollen una mayor capacidad para pensar, formar opiniones propias y tomar decisiones por sí mismos, sobre todo mediante las preguntas, los intercambios de puntos de vista y la tolerancia ante las ideas y elecciones discrepantes.

Puede verse cómo los jóvenes empiezan a tener ideas claras sobre sus amistades, intereses, relaciones y responsabilidades; aspectos que van fortaleciendo con su estadía en la universidad.

Otro de los resultados que aparece en estas familias con tendencia a la horizontalidad es la *confianza depositada por los padres en sus hijos/as*. Algunos autores como Inglés, Estévez, Piqueras, Musitu (2012) mencionan que en la etapa de emancipación de los jóvenes los padres deben esforzarse por mantener el vínculo afectivo, al tiempo que reconocen que su hijo/a ya no es un niño sino que se está incorporando a los nuevos cambios en su etapa. Así lo menciona una madre participante de la investigación:

***Uno va confiando** y eso se va dando y el hecho de que ella ya va siendo más autónoma, en sus decisiones, en sus cosas, en sus responsabilidades...ella va sola a comprar los materiales y confío en lo que hace.*

*Yo soy flexible, pues **intentó darle más libertad bajo su criterio** y confiando en él [según] todo lo que le hemos mostrado y enseñado*

Puede notarse que las familias comienzan a aceptar los nuevos retos de los hijos/as en esta etapa, tales como salir solos, hacerse cargo de sus responsabilidades y, como lo menciona esta madre que empieza a depositar la confianza en su hija, en la medida en que ella va respondiendo por sí sola a las cosas que le exige el medio.

Hasta el momento se han descrito los resultados evidenciados en las familias con jerarquías horizontales, donde se da espacio a los hijos/as de proponer, tomar decisiones, tener mayor libertad y responsabilidad; en la medida en que se van dando estas situaciones la confianza de los padres/madres hacia los hijos/as es mayor.

Estos cambios en la distribución del poder y en el ejercicio de la autoridad en la familia, se ven reflejados en varias dimensiones, específicamente en el asunto de la mayor flexibilidad que muestran los padres en relación con las **reglas y las normas**. Este aspecto se encuentra íntimamente relacionado con la jerarquía.

La flexibilidad de la familia puede verse desde la mirada de Delgado (2007), para quien los cambios son rápidos en los jóvenes y si los padres son flexibles y comprensivos en su necesidad de autonomía, identidad y separación, entonces no se presentan dificultades. Para autores como Ríos (2005) y Chacana (2007), los cambios en la dinámica interna de la familia se relacionan con la capacidad de asumir responsabilidad emocional, en la cual se permita al joven la creación de nuevos vínculos afectivos fuera de los de la familia.

En este sentido, las reglas y normas que gobiernan una unidad familiar y a cada uno de sus miembros deben ser firmes, pero lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar (Dominici, 2003).

Algunos testimonios que muestran cómo las reglas y las normas son más flexibles con la entrada a la universidad:

*Ya ahora mis papás han sido **más flexibles en las horas de llegadas** porque ya en la universidad llego un poco más tarde.*

*Le conseguimos un carrito pues para que ella entre a la universidad, para yo no tenerla que llevar y estar trayendo...eso ha generado también que ella pues que sí le demos permiso obviamente de un sábado y que sí **se demore un poco más**.*

Como se evidencia en los testimonios anteriores, las reglas empiezan a ser más flexibles en casa, sobre todo en lo que tiene que ver con las horas de llegada; los padres empiezan a permitir mayor tiempo de los hijos/as por fuera de la casa, pues reconocen que tienen cosas diferentes que hacer. Como lo mencionan Carroble y Gámez-Guadix (2012), las normas deben ser adaptadas a la edad y a la etapa evolutiva de los hijos/as; no es lo mismo la hora de llegada de un menor de 10 años que de un joven de 18. Para el caso anterior, las familias comprenden de manera clara que allí hay un cambio que se da a partir de la entrada a la universidad.

Jiménez (2003) hace mención de la autoridad ejercida por los padres cuando se ampara en el afecto, es decir, cuando los hijos/as identifican que los padres preguntan, se interesan, son dedicados y aceptan el “control”, dado que es un control afectuoso y no autoritario. Al respecto, una de las hijas menciona que:

*Ya en la universidad pues son un poco más flexibles, ya entienden, pero **de igual forma pues se preocupan mucho**, me llaman, o cuando me quedo a almorzar, me dicen que vaya a compartir con ellos un almuerzo.*

Yo sé que mi mamá mantiene muy preocupada y ella me pregunta “a qué hora sale” y yo le digo “más o menos a tal hora”, y si veo que a esa hora me voy para otra parte la llamo y le digo “ya salí, me voy para tal parte, me demoro”.

Los hijos/as aceptan desde este contexto que sus padres/madres pregunten por sus cosas, puesto que no lo ven como control, sino como una preocupación afectuosa, con la intención de asegurarse el bienestar del hijo/a.

En lo que tiene que ver con los resultados de la flexibilidad en reglas y normas, puede evidenciarse que las familias las cambian cuando el hijo/a ingresa a la universidad. No quiere decir esto que ya no existen normas, sino que se van modificando teniendo en cuenta la edad de los hijos/as, la confianza depositada en ellos y la responsabilidad con la que actúan.





CAPÍTULO III

RECURSOS Y REDES FAMILIARES



Como se ha mencionado en capítulos anteriores, en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven adulto se pone a prueba el sistema familiar. Dichas condiciones pueden llegar con tal fuerza que “rompen con el equilibrio preestablecido por los padres; quienes hasta ese momento, marcaban las pautas; ahora, se abre paso a nuevas experiencias donde se requiere reajustar las reglas del juego” (Morales y Rivera, 2012, p. 49).

Dichas etapas traen consigo una serie de **desafíos prácticos**; de orden material, relacionados con la búsqueda de autonomía y los recursos financieros; **desafíos emocionales**, ligados a la maduración afectivo-cognitiva y la capacidad de manejar los retos en el plano personal; y **desafíos relacionales**, que se mueven en el ámbito del sistema familiar, de las relaciones de compromiso y la puesta en marcha de los recursos familiares (Olson y Defrain, 2006).

La vida universitaria conlleva, pues, una serie de ajustes donde no solo el individuo tiene la responsabilidad de promover los cambios, sino que la familia como sistema debe proporcionar el soporte para impulsarlos. La familia tiene la tarea de preparar a sus miembros para enfrentar cambios producidos en el exterior y en el interior; el sistema relacional de una familia se enfrenta a intensos cambios de uno o más de sus miembros, donde se modifica su funcionamiento (Morales et al., 2012) . Al no ser pasiva sino un sistema intrínsecamente activo, la familia frente a los cambios evidentes requiere un proceso de adaptación (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001), es decir, la constante transformación de las interacciones y las reglas familiares que son capaces de mantener la continuidad de la familia y permitir el crecimiento de sus miembros.

Las familias se modifican en el tiempo; de ahí que como sistema, se ponga en acción para enfrentar cada nueva etapa. En ese sentido, requiere poner en marcha recursos propios para llevar a cabo los ajustes necesarios en vías de recuperar el equilibrio; dichos recursos pueden verse favorecidos por las relaciones que se establezcan en la familia; lo que según Morales y Rivera, (2012) está representado por sus recursos.

Autores como Trivette & Dunst (citados en Yeung, Lee, Lee & Defrain, 2012), mencionan que los **recursos familiares** se entienden como aquellas competencias y capacidades tanto de los miembros individuales como del grupo familiar que son utilizadas para hacer frente a situaciones de crisis y estrés, es decir, lo que los individuos o familias tienen para afrontar la situación, de tal manera que se hace posible hablar de recursos personales de los miembros del sistema familiar (conjunto completo de factores de personalidad, actitudinales y cognitivos)

y recursos propios de la familia (rasgos o características del sistema familiar en sí mismo) (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001).

Rivadeneira (2013) enfatiza que el análisis de los recursos familiares se realiza principalmente en torno a dos enfoques: el del Modelo Internacional de las Fortalezas de la Familia y el Modelo Circumplejo. Cabe denotar que son distintos y diversos los términos implementados a la hora de hablar del tema de interés, motivo por el cual se asumen los términos de recursos familiares o fortalezas familiares para referirse a aquellos aspectos que posee la familia para hacer frente a las situaciones que se les presentan.

La autora, en ese sentido, menciona que bajo el enfoque de las fortalezas familiares de Stinnet & Defrain las fortalezas de cada familia son únicas y diferentes entre sí y entre culturas. Sin embargo, sostienen que existe también una similitud importante entre los recursos entre diferentes contextos culturales. En dicho modelo, mencionan Stinnet y DeFrain (2006) y Rivadeneira (2013), se identifican seis cualidades esenciales que se toman en consideración al hablar de fortalezas o recursos familiares:

- **Compromiso con la familia:** hace referencia a los esfuerzos de los miembros de la familia que se centran en el bienestar mutuo; autores como Donati (2003) y Borafull (2008) mencionan que dicho compromiso implica el sentirse parte de, donde el interés no solo se encuentra en las relaciones verticales (padre e hijos) sino también en las horizontales (entre hermanos) e incluso intergeneracionales.
- **Comunicación positiva:** implica la capacidad de la familia para desarrollar una comunicación adecuada, según Borafull (2008), con mensajes claros y congruentes. La comunicación es fluida y se goza de una eficaz capacidad de expresar realmente lo que sienten con precisión y, a la vez, capacidad de dialogar.
- **Aprecio y afecto:** relacionado con el invertir tiempo en muestras de cariño para los miembros de la familia; desde los aportes de Olson y Defrain (2006), Lyubomirsky (2008) y Borafull (2008), el compromiso se alimenta y fortalece con las muestras expresivas de aprecio, donde destacan los abrazos, besos, respeto, amabilidad, cumplidos, entre otros.
- **Tiempo compartido:** se refiere a la importancia dada a los espacios y momentos familiares; además, el bienestar espiritual, relacionado con el trascender más allá de los obstáculos y dedicarse a lo que se considere familiarmente sagrado y el manejo exitoso del estrés y la crisis (resiliencia), a partir de la creatividad y efectividad (Rivadeneira, 2013). El objetivo, mencionan Borafull (2005) y Gladding (2007), es fortalecer las relaciones, alimentar la unidad familiar,

compartir ideas, valores, sentimientos y construir identidades fuertes capaces de afrontar el cambio.

En la Tabla 1 se muestran las principales dimensiones que proponen diversos autores en el ámbito de las fortalezas familiares.

Tabla 1. Dimensiones de las fortalezas familiares (Defrain & Olson, 2006)

TEÓRICOS	DIMENSIONES
Otto (1962,1963)	Valores religiosos y morales compartidos, amor, consideración y comprensión, intereses, metas y propósitos comunes, amor y felicidad de los niños, trabajar y jugar juntos, compartir actividades recreativas específicas
Kantor & Lehr (1974)	Afecto, poder.
Stinnett, Defrain y Colegas (1977,19985,2002)	Aprecio y afecto, compromiso, comunicación positiva, tiempo compartido que se disfruta, bienestar espirituales, manejo exitosos del stress
Reiss (1981)	Coordinación, cercanía.
Curran (1983)	Unión, respeto y confianza, tiempo libre compartido, intimidad valorada, comidas compartidas, responsabilidad compartida, rituales familiares, comunicación, afirmación mutua, amor religioso, humor/juegos.
Billingsley (1986)	Fuertes lazos familiares, fuerte orientación religiosa, aspiraciones/logros educativos.
Olson, McCubbin, Barnes, Larson, Muxen & Wilson (1989);	Matrimonio fuerte, alta cohesión familiar, buena flexibilidad familiares, solución efectivas del stress y la crisis, comunicación positiva de pareja y familia
Olson & Olson (2000)	
Kryson, Moore & Zill (1990)	Compromiso con la familia, tiempo compartidos, promoción de los individuos, capacidad de adaptación, roles claros, comunicación, orientación religiosa, conexión social.
Beavers & Hampson (1990)	Interacción centrípeta/centrífuga, cercanía, coaliciones parentales, autonomía, adaptabilidad, poder igualitario, negociación dirigida a metas, capacidad para resolver conflictos, claridad de expresión, gama de sentimientos, apertura a otros, empatía, comprensión
Epstein, Bishop, Ryan, Ller & Keitner (1993)	Involucramiento afectivo, control del comportamiento, comunicación

Todas las familias tienen fortalezas, de tal manera que la importancia radica no en la estructura sino en las funciones que se encuentran en ellas. Las fortalezas familiares se desarrollan con el tiempo, a partir de lo cual se tiene la posibilidad de aprender de las nuevas experiencias y desplegar o adquirir recursos a medida del tiempo (DeFrain, Asay & Geggie, 2010).

Por otro lado, el segundo modelo que se expone y que se desarrolla en torno a las fortalezas o recursos familiares es el Modelo Circumplejo de la Familia, impulsado por Olson, Russel & Sprenkle (1979). Este modelo propone ver los recursos familiares bajo tres dimensiones claves: la cohesión, la flexibilidad y/o adaptabilidad y la comunicación.

Los recursos hacen referencia al conjunto de variables internas que tienen como objetivo facilitar el desarrollo de la vida del individuo y la familia, para afrontar las crisis y adversidades, del ciclo vital por el que estén atravesando (Morales et al., 2012). Los recursos no son estáticos ni inamovibles; por lo tanto, las experiencias y capacidades que se adquieren a lo largo de la vida los potencializan.

El cariño, afecto, apoyo emocional y la existencia de un orden familiar con límites claros y razonables son elementos que favorecen los procesos de interacción, cohesión, flexibilidad, comunicación y la capacidad de resolver problemas (Pereyra, 2011); son recursos que la familia implementa para favorecer el paso por una etapa del ciclo vital a otra. Así, el sistema familiar también se puede edificar como aquel entorno donde el individuo encuentra los recursos necesarios para afrontar las situaciones específicas que estén atravesando, por lo cual supone la interacción de recursos, percepciones y comportamientos o patrones de respuesta en la familia y sus miembros, donde se ve implicada una organización flexible de habilidades cognitivas, sociales y conductuales (Musitu, Buelga, Lila y Cava 2001).

Para lograr este objetivo, las familias recurren a distintas estrategias que les permiten gestionar los recursos humanos y materiales con el objetivo de promover la adaptación a entornos materiales y sociales. Los recursos tácticos de las estrategias son los que pueden activar los miembros de las familias; los bienes que controlan y las actividades que pueden realizar.

Hernández (2003) coincide con Arteaga (2007) en mencionar que la comprensión de la estrategia en el sentido de las acciones que se generan en pro de la adaptación, se refieren principalmente al:

[...] esfuerzo específico, abierto o encubierto por el cual los individuos o una familia como grupo intenta reducir una demanda o exigencia. Las estrategias de afrontamiento pueden agruparse en patrones, como los que

orientan directamente a mantener la cooperación y la integración familiar” (Hernández, 2003, p.57).

Una de las estrategias que propone esta autora está relacionada con lo que ella denomina Reestructuración: habilidad para redefinir las experiencias estresantes de manera que sean más aceptables y manejables, gracias a la confianza de la familia en su propia capacidad para manejar los problemas. Se habla entonces, del significado y/o evaluación que la familia le atribuye a una situación estresante, lo cual permite o no ver los eventos de estrés como aceptables y comprensibles. De esta manera, la forma en que la familia percibe la situación influye en cómo la afrontan y en sus respuestas (Musitu et al., 2001).

De acuerdo con lo anterior, los recursos y las estrategias se convierten en una base fundamental en las familias para prevenir los conflictos, fomentar lazos afectivos y favorecer el bienestar y ajuste emocional de sus miembros, a través de las diferentes etapas propias de su ciclo evolutivo.

Justamente, uno de los momentos más decisivos en este ciclo evolutivo de las familias representa el momento en que los hijos/as toman decisiones trascendentales en sus vidas, como es el tipo de profesión que desean desempeñar. Es por esto que la entrada a la universidad representa un momento crucial en el que se ponen a prueba todas estas estrategias y recursos que habrán de activarse para manejar esta etapa.

Las capacidades de afrontamiento de las familias, frente a los conflictos propios de su ciclo vital, varían a lo largo del tiempo como resultado del estresor, la severidad del mismo, la acumulación de otras demandas, la cantidad de perturbación en el sistema familiar y la disponibilidad y uso de los recursos intrafamiliares y comunitarios para superar los nuevos cambios en el ciclo vital (Sierra y Ruano, 2000).

Las familias llegan a ser una identidad en sí misma, debido a que la naturaleza interaccional del afrontamiento es más importante en la mirada unitaria de la misma. La coordinación entre los miembros familiares surge como una variable crítica; algunas estrategias específicas pueden ser más importantes que otras, especialmente en momentos concretos del ciclo vital.

Corral y Zallas (2014), en relación con lo anterior, afirman que la familia juega un papel importante en esta etapa, dado que aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, el joven universitario no deja de desvincularse de su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado; ese equipaje lo acompaña en

su vida universitaria. Ahí conserva las herramientas positivas o negativas que ha aprendido para enfrentar las situaciones del diario vivir. Si sus relaciones de familia y experiencias con ella han sido positivas y saludables, es probable que cuenten con redes de apoyo sólidas que pueda desarrollar nuevas amistades, establecer buenas relaciones con sus profesores y su entorno.

Se concluye que un ambiente familiar que da la suficiente importancia al estudio, a las tareas en equipo, al tiempo que se pasa en la universidad y apoya al joven en su proceso académico, estimulando sus capacidades y habilidades, se convierte en un soporte fundamental, que puede activar con rapidez todos los recursos y estrategias económicas, sociales, emocionales y culturales necesarias (Centro Nacional de Educación y Estadísticas de los Estados Unidos, 2012).

Autores como Delage (2010), en otro orden de ideas, muestran que existe una serie de elementos consteladores de recursos familiares que favorecen los cambios del ciclo vital; el proceso de **adaptación y flexibilidad** frente a las circunstancias presentes con el ingreso del hijo/a a la vida universitaria. El sistema familiar, como lo dicen Musitu, Buelga, Lila y Cava (2001), además de una posible fuente de estrés para el joven universitario también es un entorno donde el individuo encuentra los recursos necesario para afrontar la situación específica que se está atravesando, por lo cual supone la interacción de recursos, percepciones y comportamientos o patrones de respuesta en la familia y sus miembros. Ahí se ve implicada una organización flexible de habilidades cognitivas, sociales y conductuales.

La primera de ellas es del orden de lo cognitivo. El autor la define como las creencias de las familias, según las cuales a pesar de cualquier situación por traumática que sea, siempre es posible salir adelante; dicha creencia forma parte del conjunto de consideraciones que tiene la capacidad de animar la vida familiar. El segundo elemento que menciona Delage (2010) se refiere a la posibilidad de tener cierto dominio de la situación; al comienzo, todos los integrantes de la familia pueden estar un poco desconcertados con todos los cambios y nuevas dinámicas de horarios y responsabilidades propias de la vida universitaria y sus implicaciones para todo el sistema familiar, pero cuando ella puede encontrar nuevas rutas y adecuaciones en la vida en general, dichas acciones constituyen un comienzo de sosiego físico y emocional que, a su vez, fortalece la capacidad de acción y de control. Lo anterior supone:

[l]a capacidad de la familia para mantener o restablecer un funcionamiento organizando, aun cuando esta organización difiere de la que existía anteriormente. La familia debe poder continuar ejerciendo sus funciones, aunque a menudo esto implique cambios en los roles correspondientes a cada miembro (Delage, 2010, p. 95).

Es justo en esta etapa de hijos/as en periodo de emancipación, en la que se enfrenta un cambio significativo en sus vidas, cuando se hace necesario que los padres hagan una adaptación al estilo disciplinario. Así, se pasa de la autoridad unilateral a la reciprocidad en el trato con los hijos/as, en donde la negociación y cooperación juegan un papel protagónico.

La flexibilidad implica tener la capacidad familiar de incorporar estilos democráticos, más propicios para el desarrollo de la personalidad de los hijos/as y el apoyo frente a sus capacidades en el contexto universitario. De esta forma, las normas y reglas familiares que se habían utilizado, incluso con buenos resultados, deben ser replanteadas y negociadas con los hijos/as en un marco de afecto y apoyo en donde las expectativas de los padres son expresadas de manera clara en un balance entre el control y la autonomía.

Según Inglés et al. (2012, p. 179), se dota paulatinamente al hijo/a de mayor independencia; cuando los padres promueven en ellos las oportunidades para “la potenciación de recursos psicológicos tan importantes como la autoestima y la empatía, la percepción de autovalía, el aprendizaje de estrategias adecuadas de resolución de conflictos y la motivación intrínseca por los éxitos y responsabilidades asumidas”.

Con González (2000), Schmidt (2001) y Rivadeneira (2013), es posible afirmar que la adaptabilidad y/o flexibilidad son las habilidades del sistema familiar para modificar las estructuras de poder, los roles y las reglas de relación, en respuesta al desarrollo evolutivo vital de la familia o al estrés provocado por diversas situaciones concretas, como en este caso, el ingreso del hijo/a mayor a la universidad. Según Mendizábal y Anzures (1999, p.3):

Se requiere flexibilidad para respetar las diferencias individuales y facilitar la adaptación del sistema ante las demandas de cambio, tanto las internas (las propias del desarrollo y otras como enfermedades, muerte de algún miembro, etcétera) como las externas que se originan en modificaciones ambientales. Cuando el grado de flexibilidad es adecuado, la familia cuenta con un repertorio conductual suficiente para emplearlo en la solución de sus problemas.

Por tanto, la adaptabilidad o flexibilidad está referida al grado en que la familia es capaz de modificarse para afrontar, en este caso, el ingreso del hijo mayor a la universidad. Schmidt (2001) afirma que estos aspectos se generan según las estructuras de cada familia, mediadas por cuatro niveles: familias rígidas, estructuradas, caóticas y flexibles. Lo anterior presupone el modo en que

se organizan las familias, las cuales presentan unas determinadas características y permiten esbozar sus niveles de adaptación y flexibilidad.

Como plantea Rivadeneira (2013), los extremos se visualizan con tendencia a la disfuncionalidad (familias caóticas y rígidas); en tanto que aquellas familias ubicadas en los niveles moderados (familias flexibles y estructuradas) se relacionan con un mejor funcionamiento familiar. La flexibilidad se vincula, pues, con los conceptos de negociación, retroalimentación, control, disciplina, asertividad, roles y reglas.

A propósito de la adaptabilidad y flexibilidad de la familia, ella teje **redes** de apoyo tanto intra como extrafamiliares. Al ser considerada con sus propias fortalezas, recursos y capacidades de adaptación a las circunstancias, se puede comprender que ella se cimienta en un entramado particular de miembros familiares; se evidencia un conjunto de elementos en interacción, donde la interconexión existente entre todos los elementos del sistema representa que los cambios y conflictos que viva un individuo afectan al grupo en su totalidad y viceversa. Dichas relaciones, señalan Rivera y Andrade (2010), dan cuenta de la percepción que se tiene del grado de unión familiar, del estilo de la familia para afrontar problemas, para expresar emociones, manejar las reglas de convivencia y adaptarse a las situaciones de cambio.

En ese sentido, la familia como sistema de interacción representa un eslabón de unas cadenas de más sistemas, puesto que participa de manera permanente con otros sistemas y subsistemas tanto al interior como al exterior de la familia. Lo anterior da cuenta del esquema de redes, pues supone la capacidad de contención que puede brindar dicha interacción para convertirse en fuente de ayuda para miembros del sistema familiar.

El término de red se utiliza para definir una estructura que cuenta con un patrón característico, es decir,

[d]onde diversos individuos mantienen distintos tipos de relaciones entre las que predominan las familiares, de amistad, de intercambios de conocimientos, costumbres y estilos de vida, relaciones de trabajo, originadas fundamentalmente a través de la convivencia y mediante la participación en las diferentes actividades socioculturales que se realizan en su contexto (Merelo, 2004, p.7).

La red está conformada por nodos y vínculos, donde se constituyen relaciones que favorecen su estabilidad y permanencia, ya que entrelazan a cada elemento de la estructura que la conforma, manteniéndolos así vinculados unos con otros (Acevedo y Padilla, 2003).

Las redes, propone Sluzki, (2002), cumplen una serie de funciones relacionadas con varios aspectos, como por ejemplo la compañía y apoyo emocional, es decir, aquel que se brinda en situaciones especiales tales como la pérdida de un familiar, enfermedades, entre otros; son aquellos intercambios que connotan una actitud emocional positiva, un clima de comprensión, simpatía, empatía y resonancia emocional. Es la guía cognitiva o consejos, entendida como las interacciones destinadas a compartir información personal, aclarar expectativas, proveer modelos y orientación hace referencia al intercambio de experiencias, la transmisión de información y los consejos.

Por último, la ayuda material y de servicios, en tanto que puede significar la colaboración específica sobre la base de conocimiento experto, ayuda de diversa índole, o incluso la apertura de puertas para conexión con personas y redes que hasta entonces no eran parte de la red del individuo y la familia.

Según Castillo, (2014), la familia reviste una importancia fundamental en las dinámicas de vida de los jóvenes, ya que es la fuente primaria a la que ellos acuden para solicitar apoyo económico y moral; en el espacio familiar se crean y establecen redes sociales de apoyo que funcionan como amortiguadores ante los cambios que se producen en las trayectorias del curso de la vida de los jóvenes. Asimismo, según la autora, además de ser garante de recursos económicos y bienestar simbólico y social, también es el escenario donde se construyen relaciones de poder que comprometen en muchas ocasiones el desarrollo de la autonomía de los jóvenes.

Uribe, (2012), menciona que “la familia se integra como una red que tiene fortalezas que ofrecer, en cuanto se convierte en el núcleo central del desarrollo de las relaciones entre sus miembros”(p. 55). La familia ampliada ofrece un entorno de relación que con frecuencia desempeña un papel protector por su contribución al cuidado y formación de los miembros más. En este sentido, se entiende la manera en que las redes pueden operar como recursos del sistema familiar en el afrontamiento de muchos cambios que supone la entrada del hijo/a a la universidad.

Cuando se habla de recursos familiares resulta imperioso referirse a la influencia que tienen las redes sociales en el funcionamiento y las fortalezas que se posean. Según Palacios, Hidalgo, y Moreno (1998), las redes de carácter social se refieren a los contactos sociales que mantienen los miembros de la familia:

La función básica de las redes de apoyo extra familiares consiste en las acciones de solidaridad que faciliten el cuidado y crianza de los hijos y compensen las deficiencias del sistema familiar. Están constituidas por miembros de la familia extensa, amigos y vecinos que puedan proporcionar ayuda. Dentro de nuestra sociedad trasciende su importancia en las familias pobres, donde

las carencias se compensan mediante el intercambio recíproco de bienes, servicios y apoyo moral (Mendizábal y Anzures 1999, p. 7).

De forma tradicional se distinguen dos tipos de redes sociales: las formales e informales. Las primeras se encuentran formadas por profesionales o especialistas organizados *a priori* para ofrecer ayuda, apoyo específico y asistencia a los miembros de la familia. Las redes informales, por su parte, incluyen a personas (amigos, familiares, vecinos) y grupos sociales (iglesia, clubes deportivos, clubes sociales) (Polaino y Martínez, 2003).

La red social puede ser definida, entonces, como la suma de todas las relaciones que un individuo percibe como significativas (Sluzki, 2002). Esta red corresponde a la dimensión interpersonal y es una de las claves centrales de la experiencia individual de identidad, bienestar, competencia y protagonismo. La importancia de este tipo de redes, menciona Comellas (2010), radica en que ofrecen la posibilidad de construir conocimientos conjuntos que pueden tener una incidencia a mediano o largo plazo por un lado, y en la facilitación de ayuda emocional, el compartir experiencias y potenciar la comunicación mediante la retroalimentación.

3.1 Recursos, estrategias y redes familiares que emergen con el ingreso del hijo/a mayor a la universidad

Gracias al aporte de diversos autores a lo largo del texto, es posible identificar para el caso de las familias participantes de la investigación, cinco grandes aspectos que representan las formas como la dinámica familiar está favoreciendo esta nueva experiencia para los jóvenes.

La primera de ellas está referida al apoyo en el campo de lo académico que reciben los hijos/as de parte de sus padres y familiares, manifestado en asuntos como ayuda en tareas, gestión ante las dificultades que se presentan en los compromisos académicos y apoyo en los procesos de adaptación al ámbito universitario.

El segundo aspecto identificado es el relacionado con las condiciones materiales. En este aspecto se encuentra que los padres y familiares despliegan una serie de apoyos para favorecer las condiciones más adecuadas para los hijos/as, en asuntos como la movilidad, el pago del semestre y todas las actividades extracurriculares que enriquezcan su formación. Para dar cuenta de esto, realizan esfuerzos económicos para comprar vehículos, gestionar préstamos con el Ictex y, en general, recurrir a varias estrategias para obtener el dinero del pago de la matrícula.

El tercer hallazgo de las dinámicas familiares favorecedoras para el universitario está relacionado con el acompañamiento emocional al joven,

manifestado en asuntos como la confianza, estímulos y consejos. Se identifica allí una serie de manifestaciones afectivas en relación con el estímulo y reconocimiento de parte de los padres, por lo que consideran un logro importante que les llena de esperanza frente a las posibilidades futuras para el joven.

El cuarto componente que aparece en la investigación como un factor favorecedor es la aceptación y flexibilidad de los padres, frente a las nuevas experiencias del joven. En este hallazgo se despliega una serie de aspectos relacionados con la comprensión del mundo social del joven frente a las nuevas oportunidades de interactuar con sus compañeros de universidad en otros ámbitos distintos al académico. También figura la flexibilidad de los integrantes de la familia para compartir tiempos y espacios en familia, en tanto que se van acomodando sin reproches a la disponibilidad de tiempo del universitario. Finalmente, se identifica que los padres reconocen las demandas de independencia y autonomía del joven, como algo positivo para él en su proceso de maduración.

Las experiencias previas de los padres es el quinto aspecto hallado como factor favorecedor, en tanto que su recorrido universitario se convierte en una experiencia que posibilita un marco amplio de comprensión y apoyo frente a las dinámicas propias del joven universitario.

Frente a los resultados en relación con los factores no favorecedores, se identificaron algunas situaciones en vía contraria a lo que se encuentra en otras familias como factor favorecedor. Es el caso del bajo apoyo al proceso académico, evidenciado en reproches y descalificaciones de lo académico, los horarios y rutinas propias de la vida universitaria.

Otro factor registrado en las familias como un aspecto no favorecedor tiene que ver con la tensión ocasionada en la familia con respecto al proceso de individuación y autonomía del joven; este hallazgo se identifica específicamente alrededor de tres elementos: el primero tiene que ver con los tiempos y espacios, en tanto que los padres reclaman y no aceptan las nuevas dinámicas del joven por la menor disponibilidad para compartir algunas actividades que eran habituales antes de su entrada a la universidad. El segundo aspecto vinculado con la rigidez de las normas y reglas familiares, que se pretenden conservar iguales, pese a que la condición del hijo/a sea distinta y tenga otras necesidades de individuación. En este horizonte, se encuentra que los hijos/as tienen que continuar bajo el control y vigilancia por parte de los padres, reportando en toda situación qué hacen, con quién, en dónde, etc.

Finalmente, se identifica que los padres tienen miedos y preocupaciones frente a lo que consideran “peligros” del mundo actual, lo cual opera como una de los factores que incide en esta condición de baja flexibilidad.

En este sentido, comprender los cambios en la dinámica familiar con la entrada del hijo/a mayor a la universidad, implica considerar un panorama amplio en relación al ciclo evolutivo en el que se encuentra; es decir, tendrá que verse a la luz de los procesos de individuación y autonomía propios de este momento evolutivo de la familia, en la que la entrada a la universidad opera como uno de los factores configuradores de los cambios.

Según Ríos (2005), el ciclo vital familiar es el proceso de evolución esperable en una familia que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase; al mismo tiempo, propone una perspectiva de evolución que permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo. De esta forma, referirse al ciclo vital implica considerar el pasaje de una etapa a otra en un continuo cambio. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

Ahora bien, el paso de una fase a otra supone algo más que un cambio cuantitativo; se entiende que desplazarse a una nueva etapa exige siempre una verdadera transformación del sistema familiar. Es ahí donde las crisis que emergen de este cambio podrían permitir obtener nuevos recursos para su crecimiento.

Uno de los momentos más decisivos en este ciclo evolutivo de las familias representa el momento en que los hijos/as toman decisiones trascendentales en sus vida, como es el tipo de profesión que desean desempeñar en la vida. Es por esto que su entrada a la universidad representa un momento crucial en el que se ponen a prueba todas estas estrategias y recursos que habrán de activarse para ser soporte en esta etapa.

Corral y Zallas (2014) afirman que la familia juega un papel importante en esta etapa, dado que aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, el joven no deja de desvincularse de su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado; ese equipaje lo acompaña en su vida universitaria. Ahí conserva las herramientas positivas o negativas que ha aprendido para enfrentar las situaciones del diario vivir. Si sus relaciones de familia y experiencias con ella han sido positivas y saludables, es probable que cuenten con redes de apoyo sólidas que pueda desarrollar nuevas amistades, establecer buenas relaciones con sus profesores y su entorno.

En este sentido, la dinámica familiar puede ser favorecedora y configuradora de recursos que se activan cuando ha venido pasando por una serie de crisis propias de su ciclo evolutivo y que pueden favorecer, en este caso, los ajustes del sistema familiar frente a la entrada del hijo/a mayor a la universidad. En esta línea, se

encontraron en esta investigación cinco grandes categorías que responden a la pregunta por los factores favorecedores y los recursos de los que se vale el sistema familiar para favorecer la experiencia universitaria del hijo/a mayor.

“Mi mamá siempre está pendiente de lo que yo necesito”. Una de las categorías emergentes en la línea de los aspectos favorecedores, que el sistema familiar está propiciando para el joven universitario, es el Apoyo académico. Investigaciones realizadas por Castillo (2014) han demostrado que la familia reviste una importancia fundamental en las dinámicas de vida de los jóvenes, ya que es la fuente primaria a la que ellos acuden a solicitar apoyo económico y moral, es el espacio familiar en el que se crean y establecen redes sociales de apoyo que funcionan como amortiguadores ante los cambios que se producen en las trayectorias del curso de la vida de los jóvenes. Asimismo, según esta autora, el sistema familiar es garante de recursos económicos para el bienestar simbólico y social. Este apoyo, para el caso de la investigación, se vio reflejado en varios aspectos: ayuda en asuntos académicos, gestión ante dificultades y apoyo en los procesos de adaptación del joven en su proceso universitario.

La ayuda en los asuntos académicos se ve reflejada en la disposición permanente de los padres; así lo manifiesta una de las hijas participantes de la investigación:

Mi mamá siempre está pendiente de lo que yo necesito, saca el tiempo y hace el esfuerzo de mirar en qué necesito ayuda o algo...

Los padres también manifiestan su compromiso desde sus saberes y experticias, como en el siguiente caso:

Lo apoyamos en cuanto a trabajos... hay temas que de pronto conocemos y que por nuestra experiencia le hemos ayudado en cosas...

Uribe (2012, p. 55) comenta al respecto que “la familia se integra como una red que tiene fortalezas que ofrecer, en cuanto se convierte en el núcleo central del desarrollo de las relaciones entre sus miembros”; la familia ampliada ofrece un entorno de relación que con frecuencia desempeña un papel protector y de apoyo académico, en especial en los primeros semestres en el que el joven se estrena en todos los aspectos de la nueva experiencia universitaria. A continuación se presentan los principales aspectos identificados para el caso de estas familias, para ello se utilizan a manera de subtítulos, apartes de las entrevistas o grupos focales, que sirven como ilustración del recurso y/o estrategia y/o red.

“...entonces mi mamá me dijo, hay que buscar asesoría con alguien...” Los padres representan apoyo en la gestión de contactos y asesores

cuando el joven universitario presenta dificultades en algunas áreas, como lo muestra los siguientes testimonios:

Hace poquito tenía que hacerle una entrevista a unos docentes, entonces mi papá buscó en la universidad en la que él trabaja... muchos compañeros tuvieron que ir a buscarlas por sí solos a otras universidades que no conocían, entonces es muy difícil, en cambio mi papá estaba ahí como pendiente para ayudar.

Entonces mi mamá me dijo: "hay que buscar asesoría con alguien"...en esas llamó a un muchacho que me explicó y ya salimos del problema.

Mendizábal y Anzures (1999, p. 7) afirman que "la función básica de las redes de apoyo extrafamiliares consiste en las acciones de solidaridad que facilitan y compensen las deficiencias del sistema familiar. Están constituidas por miembros de la familia extensa, amigos y vecinos que puedan proporcionar ayuda".

Así, queda en evidencia que uno de los recursos de los que se valen los padres para apoyar al joven en sus asuntos académicos pasa por la activación de sus redes sociales a nivel laboral o vecinal, cuando los propios conocimientos no resultan suficientes para apoyar.

Otra de las formas desde las cuales se presenta este apoyo al proceso académico está dada por el acompañamiento para la adaptación. Autores como Delage (2010) muestran que existen una serie de elementos consteladores de recursos familiares que favorecen, para este caso, de los cambios familiares que supone la entrada del hijo mayor a la universidad, el proceso de adaptación y flexibilidad a las nuevas circunstancias.

Al comienzo, todos los integrantes de la familia pueden estar afectados con los cambios y nuevas dinámicas propias de la vida universitaria, con las consecuentes implicaciones para todo el sistema familiar. Pero cuando la familia puede encontrar nuevas rutas y adecuaciones en la vida familiar en general, se fortalece la capacidad de acción y de control.

Un asunto que se identificó en ese aspecto es el relacionado con el reconocimiento de las nuevas necesidades del joven en su cotidianidad, máxime cuando se trata de estudiantes que viven en municipios aledaños a la universidad:

Yo tengo que adquirir una serie de responsabilidades en la universidad y ellos están conscientes de que yo estoy viajando y tengo que aprender más cosas, entonces ellos también tratando como de enseñarme cosas del entorno.

Yo le dije a mi mamá: “necesito hacer esto y tengo muy poco plazo para hacerlo”; yo le dije: “voy a hablar con mi abuela para quedarme en la casa” y ella aceptó, o sea, ella sí estaba consciente de mi trabajo”.

Para González (2014), en las familias se generan unas redes que desempeñan funciones básicas para la supervivencia de sus miembros, considerando que ellos se mueven en un marco de reciprocidad. Por este motivo, alrededor de esta característica de la dinámica familiar, puede entenderse cómo puede operar para la solución de problemas individuales o grupales.

Así, este apoyo económico se manifiesta en la responsabilidad que asumen los padres por el pago de la matrícula y otros gastos colaterales, como la movilidad, lo que es muy significativo para el joven:

Como acá el transporte es muy malo y mis papás se mantienen muy ocupados, entonces, hubo esa necesidad de comprarme un carro.

Desde que ella entró a la universidad, apareció el papá para apoyarla económicamente; ella me dijo: abuela, mi papá me está dando mucha ayuda económica para la universidad...

Para muchas familias, este apoyo económico implica valerse de diversas estrategias; así lo muestra los siguientes testimonios de unas madres:

*Nosotros vivimos con la abuela, para poder alquilar la casa que tenemos y entonces **con eso vamos ayudando a pagar las cuotas mensuales.***

*Por eso **solicité al Icetex** porque yo sabía que nos íbamos a apretar económicamente; si yo no iba a trabajar yo no podía, entonces fue un gran apoyo también.*

En este sentido, se podría decir que la dinámica familiar conforma un tejido social que articula a sus integrantes en diversas estrategias y alianzas para favorecer un propósito de uno de ellos, en este caso el hijo/a, y se constituye en una red vinculante, tanto en su propia organización como con otros grupos familiares y con el mundo social e institucional. De este modo, se puede decir que la dinámica familiar define la pertenencia al grupo parental, establece los derechos y obligaciones según género, generación y parentesco (Yepes y López, 2014).

“...me dice que yo soy muy creativo”. Es la tercera categoría emergente en los resultados con respecto a los factores favorecedores; ella se manifiesta en la

confianza, estímulo y los consejos de los padres y familiares hacia sus hijos/as en pro del buen desarrollo académico.

Este acompañamiento emocional puede definirse como una forma de relación que se construye desde lo cotidiano, desde la cercanía emocional, el apoyo, la armonía y la cohesión (Rivera, 2015).

Según Pereyra (2011), la importancia del cariño, el afecto, el apoyo emocional y la existencia de un orden familiar con límites claros y razonables es visto como una serie de recursos que favorecen los procesos de interacción, cohesión, flexibilidad, comunicación franca y la capacidad de resolver problemas. Es el caso de un hijo para quien sus padres representan un punto de apoyo importante en su proceso académico, por confianza que recibe de ellos:

*Mis papás me dan **apoyo anímico cuando estoy desanimado** o como perdido; ellos me apoyan para que busque la manera de hacer y entender las cosas.*

*yo creo que ellos **me tienen mucha confianza** porque uno trata de ser responsable, porque como mi papá es profesor de universidad, entonces yo creo que él conoce todos los casos de los tipos de estudiantes que hay...*

También para los padres, la entrada del hijo/a a la universidad supone una ocasión de progresar en la vida y tener acceso a mayores oportunidades laborales. Así lo muestra un hijo:

*yo creo que los papás se llenan sentimentalmente como de esperanza, entonces yo pienso que **ellos están más pendientes**, porque ven al hijo como bien puesto, que eligió un camino, es como una esperanza de cambio ...*

Para otras familias, el ingreso de la hija a la universidad, representa la oportunidad de asumir un acercamiento afectivo hacia ella, lo cual tiene un alto impacto, según lo relata la abuela:

*abue, lo que yo más **anhelaba era lo afectivo, que mi papá me felicitara, que mi papá me diera un abrazo...** le ha ayudado la cercanía con el papá ahora que está en la universidad.*

La constitución del vínculo afectivo, dice Jiménez (2003), implica que los padres cumplan unas determinadas funciones en las que se produzca un acercamiento y acompañamiento mutuo. Los vínculos afectivos entre padres e hijos/as, pueden representar un soporte emocional fundamental para los estudiantes en esta etapa universitaria.

Para Sluzki (2002), algunas de las funciones parentales más favorecedoras para el joven universitario están en relación con varios aspectos, como la compañía y apoyo emocional, es decir, “intercambios que connotan una actitud emocional positiva, clima de comprensión, simpatía, empatía, estímulo, la resonancia emocional y la buena voluntad del otro” (p. 49).

Sin embargo, no siempre estas funciones de apoyo emocional son asumidas por los padres. En algunos casos como el siguiente, ese apoyo se recibe de parte de personas que hacen parte de la red familiar, como el caso de un tío:

*pues mi tío es el que más me apoya, **me dice que yo soy muy creativo**, con muchas ideas...que explote eso, que salga adelante... ese es como mi impulso, entonces yo quiero ser mi propio empresario.*

Otras de las funciones de esta red familiar está relacionada con lo que Sluzki (2002) denomina guía cognitiva o consejos, entendidas como las interacciones destinadas a compartir información personal, aclarar expectativas, proveer modelos y orientación. Los siguientes testimonios de un joven y una joven así lo evidencian:

*Mi tío cumple la función de padre, **está muy pendiente de mi aconsejándome** que me junte con personas que me hagan bien, o sea, es como el que aconseja, el que está pendiente.*

Ella me apoya mucho, yo le cuento todo y lo bueno es que como ella también entró a estudiar en la universidad, entonces me aconseja mucho más.

La ayuda material y de servicios también representa una manera de accionar de la red familiar, en tanto que puede significar colaboración específica sobre la base de conocimiento experto o ayuda de diversa índole, es decir, el sistema familiar facilita las condiciones en asuntos relacionados con servicios, horarios y la alimentación. Así lo relata una abuela comentando las estrategias de las que se valen en la familia para apoyar las necesidades de la estudiante:

*Cuando tiene ella mucho material para llevar, entonces la mamá la apoya **llevándola más temprano...yo madrugo mucho para hacer y empacar el almuerzo**,...le arreglo el desayuno, la lonchera y todas esas cosas...la mamá y yo en cuanto a eso la hemos apoyado mucho.*

En conclusión, en esta categoría de acompañamiento emocional se encuentra que las familias se valen de una serie de recursos de tipo afectivo, en relación con todas las manifestaciones de apoyo y estímulo, para el estudiante en esta nueva fase. También este apoyo emocional se evidencia en las estrategias de las que se vale la red familiar para promover las circunstancias más favorecedoras en relación con

consejos e incluso asuntos más del orden material, como las adecuaciones de horarios para empacar almuerzos y refrigerios que lleva la estudiante a la universidad; todo esto representa una forma de apoyar el bienestar en su experiencia universitaria.

“...siempre contamos mucho con el tiempo de ella...” Esta cuarta categoría emergente, con respecto a los factores familiares favorecedores de la experiencia del joven universitario, está dada por la capacidad de padres y otros familiares que hacen parte del sistema familiar inmediato, para reconocer y aceptar las nuevas dinámicas a las que se ve enfrentado el joven y disponer de manera flexible, cambios y nuevas adaptaciones. González (2000) y Schmidt (2001) afirman que la adaptabilidad y/o flexibilidad son las habilidades del sistema familiar para modificar las estructuras de poder, los roles y las reglas de relación, en respuesta al desarrollo evolutivo vital de la familia o al estrés provocado por diversas situaciones.

En este ejercicio de flexibilidad y adaptabilidad, se halla que la familia dispone de espacios para compartir juntos, que están acompasados con los nuevos tiempos del joven; surge también la apreciación del joven y de su familia, de mayores niveles de autonomía y responsabilidad personal, como un logro significativo de esta etapa universitaria y el consecuente acomodo de todo el sistema familiar con respecto a esta nueva realidad. Finalmente, se identifica como un factor favorecedor que la experiencia universitaria previa de los padres puede ser un indicador interesante de mejores niveles de aceptación y flexibilidad frente a esta etapa.

Con respecto a la aceptación y flexibilidad, como factor favorecedor, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven es elaborar, modificar y transformar los roles, para cambiar las estructuras y contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.

Para el caso particular de estos hallazgos, una de las adecuaciones que implica a todo el sistema familiar son los nuevos tiempos para compartir en familia, en dos líneas: la primera, en la aceptación de no poder contar con el universitario como era habitual en la familia; y la segunda, adaptándose a sus horarios y disponibilidad. Así lo muestra el siguiente padre:

*Antes de entrar a la universidad **compartimos los fines de semana**; ahora los fines de semana son más para él y sus actividades de la universidad... él ha estado más dedicado a la universidad, a sus amigos o su relación con su novia y pues **digamos que para nosotros está bien.***

Sin embargo, otras familias han encontrado que la mejor forma para conservar los tiempos de compartir en familia es adecuarse a las posibilidades del

estudiante y de esta forma incluirlo siempre en las actividades familiares, como en el siguiente caso:

*Cuando decidimos hacer algo en familia contamos con el tiempo que ella tenga; eso es cuando tenemos una salida familiar... **siempre contamos mucho con el tiempo de ella y que ella sí pueda estar.***

Los padres y familiares participantes de esta investigación, reconocen los cambios que implica para toda el sistema familiar, un acontecimiento externo como la entrada del hijo/a mayor a la universidad, no obstante, en el orden de sus posibilidades de compartir en las dinámicas a las que estaban acostumbrados, logran identificar beneficios colaterales que identifican como parte de su proceso de maduración, en relación a la responsabilidad y autonomía. Así lo reporta una mamá:

*La unión familiar ha cambiado: ella tiene que estar mucho tiempo afuera, ya no la vemos casi y si la vemos la vemos es pegada de los libros o de las maquetas que tienen que hacer; entonces ya obviamente esa comunicación y ese compartir entre todos con ella bajó, pero lo bueno es que **se ha vuelto más autónoma**, es más independiente de mí, la distancia sí nos ha afectado y **sabemos que es algo bueno para ella**, pero obviamente sí se siente.*

*Al principio sí fue un impacto ver cómo ella se empieza a independizar por el cambio de la universidad, entonces **sí nos dio tristeza y nos dolió mucho al verla ya tan alejada de nosotros**, pero sabíamos y entendíamos que era normal pues porque la entrada a la universidad es algo ya más serio; ya le ponemos humor al tema porque sí la sentíamos más alejada.*

Este comentario de la madre, aunque paradójico en tanto que expresa dolor por una comunicación menos frecuente con la hija, también pone en evidencia la valoración que hace ella y la abuela, de las ventajas alrededor de la autonomía e independencia que ambas identifican en las exigencias académicas. Así, cada familia va construyendo un modelo único y particular de comunicarse, acompasado con las nuevas circunstancias de emancipación que supone la entrada a la universidad, que les permite construir una perspectiva más acorde con las necesidades particulares de la joven (Gallego, 2011; Quintero, 2004).

Lo que para los padres y familiares representa un cierto alejamiento familiar que incluso es percibido con dolor por lo que denominan desprendimiento, para los jóvenes universitarios representa la opción de construir una identidad propia, más allá de los linderos de la vida familiar; para ellos significa la oportunidad de vivir la libertad. El joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo y es ahí donde comienza a integrar la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le

permite percibir que empieza a ser “sí mismo” de manera más clara y diferenciada (Ríos, 2005). Así lo muestra un joven:

pues yo la verdad yo me siento mucho más libre ahora que estoy en la universidad que cuando estaba en el colegio... ahora yo siento que es como mucho más libre y decido yo mismo qué es lo más importante que tengo que hacer.

González (2000) plantea que este cambio se da debido a la necesidad que tiene el joven de adquirir mayor autonomía para poder configurar su proyecto identitario. De ahí que las relaciones con él impliquen la adquisición de nuevos referentes; algo que podría denominarse como un segundo momento de individuación. Sin embargo, para que el adolescente pueda facilitar su desarrollo autónomo ha debido interactuar con su primer grupo de socialización, la familia. Es a partir de ahí que se emprende la emancipación pues el joven, al ser consciente de lo que este medio le brinda, puede empoderarse para fijar las directrices de su partida y elegir los referentes parentales, ya sea asumiendo o rechazando sus aprendizajes:

Entonces para mí la entrada a la universidad me ha posibilitado desarrollar mi propio ser, he cambiado mucho en cuanto a la forma de vestir y de actuar ... yo digo cada ser humano es propio de sus cosas y elige lo que quiere hacer o no ... yo me siento muy cómodo entonces es como mi libertad: yo soy así.

Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p.81). Para el siguiente joven, el mundo universitario ha puesto frente a él la oportunidad de tomar decisiones sustanciales sobre su vida social y la manera de vincularse socialmente en el nuevo contexto:

yo creo que la universidad es algo de mucha responsabilidad y entonces uno tiene que decidir porque hay personas que lo pueden retrasar a uno en muchas cosas, entonces yo también pienso que es una decisión importante pues la amistad.

Este testimonio del joven permite adentrarse en otro de los cambios que representa para el joven la nueva experiencia, en tanto que promueve en él, oportunidades para madurar en las decisiones autónomas que toma con respecto a su mundo relacional, pese a que su familia siga operando como acompañante en el proceso. Un papá lo menciona de la siguiente manera:

Le hacemos seguimiento nos interesa saber quiénes son sus nuevos amigos, con quién está, quién es su pareja, nos interesa saber quién es su círculo más cercano... yo he sido como muy respetuoso en esos espacios...

Para una de las madres, es evidente la incursión en una nueva red relacional que, a su juicio, representa una adaptación y es visto como algo muy sustancial, cuando lo define con un alto porcentaje.

Porque pues ya tiene a sus amigos, que si puedo ir con mis amigos a un café a tomar algo, entonces uno pues uno va viendo cómo se va adaptando y va cambiando de un año a otro en un 90%. Entonces han sido muchos cambios.

Todos estos cambios planteados en el acomodo que hace el sistema familia, pasan por situaciones que van desde el orden cognitivo al comportamental, es decir, se encuentra una clara comprensión de parte de los padres y familiares de los nuevos tiempos que demanda la vida académica y de los beneficios colaterales de esta experiencia alrededor de la autonomía y responsabilidad; también el reconocimiento que hacen de la ampliación de la red de amigos.

En el plano de lo comportamental, se encuentran los ajustes del sistema familiar para disponer de los espacios en los que pueda participar el joven universitario, la disposición y el interés de apoyarle y favorecer el mejor bienestar en asuntos como la alimentación, entre otros. Lo anterior supone

la capacidad de la familia para mantener o restablecer un funcionamiento organizando, aun cuando esta organización difiere de la que existía anteriormente. La familia debe poder continuar ejerciendo sus funciones, aunque a menudo esto implique cambios en los roles correspondientes a cada miembro (Delage, 2010, p.95).

Uno de los aspectos que podría considerarse como un elemento favorecedor de esta flexibilidad y capacidad de adaptación está dado por las experiencias previas de los padres. El Centro Nacional de Educación y Estadísticas de los Estados Unidos (2012) ha concluido en sus hallazgos que los estudiantes cuyos padres no poseen estudios universitarios están menos propensos a concluir una carrera universitaria. Muestran en sus estudios que existe un alto porcentaje de los que terminan la escuela superior en un nivel básico o intermedio y sus padres no poseen estudios universitarios, tienden a obtener bajas calificaciones y están en desventaja si acuden a la universidad. Una de las hijas lo manifiesta así:

*Ella me apoya mucho, yo le cuento las cosas y lo bueno es que **como ella también entró a estudiar en la universidad, entonces me entiende mucho más.***

Una madre lo reporta de la siguiente forma:

*A mí me queda fácil comprender y entender muchas cosas, porque como te digo, **yo lo acabo de vivir (experiencia universitaria)**... yo la apoyo y yo entiendo lo que*

ella está viviendo, entonces para ayudarlo pues obviamente con mi esposo que es un poquito más fregado, más jodido y con lo demás uno entiende muchas cosas.

Se podría concluir, de esta manera, que un ambiente familiar que da la suficiente importancia al estudio, a las tareas en equipo, al tiempo que se pasa en la universidad y apoya al joven en su proceso académico, estimulando sus capacidades y habilidades, se convierte en su soporte fundamental, que puede activar con rapidez todos sus recursos y estrategias económicas, sociales, emocionales y culturales para favorecer el desarrollo del proceso de formación profesional de los hijos/as.

En este sentido, Corral y Zallas (2014) encuentran en sus investigaciones que los jóvenes requieren ser escuchados y protegidos por sus padres; al no contar con estos elementos, se desvían por caminos que pueden llegar a afectar no solo su vida profesional, sino también su integridad personal. En cambio, al vivir bajo un entorno de armonía y apoyo mutuo, esto impulsa al joven a mantener su entusiasmo ante la vida y durante la adversidad.

Se podría decir que los estudiantes que reciben apoyo, motivación y ayuda de sus padres en el logro de sus metas académicas, no solo perseveran sino que experimentan un intenso deseo de sobresalir en los estudios y de superar su nivel de vida: “en ocasiones los estudiantes fracasan no porque carezcan de estrategias cognitivas, sino porque carecen de estrategias afectivas de apoyo para desarrollar y mantener un estado psicológico interno y un ambiente de aprendizaje apropiado” (Corral y Zallas 2014, p. 480). Por tanto, es necesario que la familia logre conquistar una “ética relacional”, es decir, la preocupación que experimenta cada miembro de la familia por cuidar de los otros, en la que la afectividad se convierte en el soporte para el desarrollo de otros ámbitos de interacción del joven.

“Ahora le exigimos que se desocupe los domingos”. En los hallazgos de esta categoría se encuentra que, para los jóvenes, los aspectos familiares menos favorecedores están especialmente en la línea del comportamiento social. Con respecto a este punto, uno de los resultados más contundentes en la resistencia que ofrecen los padres frente a los nuevos tiempos que demanda el mundo académico y que le impiden al joven compartir los mismos tiempos y espacios en familia a los que estaban acostumbrados.

Whitaker y Slimak (citados en Delgado, 2007) encuentran que uno de los aspectos que más les preocupa a los jóvenes estudiantes tiene que ver con la presión que reciben de sus padres al no poder cumplir sus expectativas académicas, no obtener las calificaciones esperadas y no aceptar su comportamiento social.

Por otro lado, se identifica que los padres y familiares permanecen en una actitud controladora y vertical en el ejercicio de la autoridad, que resulta limitante no solo para el desarrollo de las actividades académicas y sociales de la vida universitaria, sino en general para el fortalecimiento de la autonomía del joven en su proceso de emancipación.

El bajo apoyo académico de parte del padre aparece solamente en una de las familias, lo mismo que los conflictos provocados por los gastos de matrícula y mantenimiento del joven.

Con respecto a los tiempos y espacios compartidos en familia, el principal hallazgo en este punto es la dificultad parental para aceptar, tal como se dijo anteriormente, los nuevos horarios y ocupaciones del hijo/a universitario. En los siguientes testimonios de un padre y una madre, se muestra además que es una circunstancia que está ocasionando conflicto:

Al papá no le gusta que ella no venga a almorzar a la casa por los trabajos con los compañeros... ya es alegando: "¿por qué no está la hija? por qué no vino?" ...

En ese choque que tenemos cuando digo que esta niña solo se dedicó a estudiar... porque es que uno quisiera que se diera reciprocidad, bueno, yo me preocupo por darle una buena universidad, pues entonces encontrar algo como que ella el domingo dice voy a hacerle el desayuno a mis papas o algo así.

Para algunos autores como Soutullo y Sanz (2010), esta situación cobra sentido también por la etapa en la que se encuentra el joven, pues se producen cambios en los estilos afectivos que empleaban con sus padres anteriormente y en la percepción que tenían de ellos (los desidealiza). Estos autores califican la situación como un proceso doloroso para los padres, ya que sus hijos/as comienzan a cuestionar sus juicios, opiniones y puntos de vista sobre el mundo; incluso pueden encontrarle fallas y rebelarse contra ellos. Un ejemplo de esto es lo que refiere una hija frente a las exigencias de tiempo del padre:

Y empieza una actitud toca maluca [su padre] diciendo que ya no se comparte en familia... es la forma de ser de él todo manipulador... él pretende siempre recibir de mí...

Para algunas familias, la manera como han tramitado esta inconformidad paterna por los tiempos no compartidos en familia es obligando a la hija a organizar su horario en función de las actividades habituales de la familia, en las jornadas dominicales. Así lo manifiesta una madre:

*Siempre salimos un fin de semana a almorzar, vemos cine, damos una vuelta, cualquier cosa, siempre ha sido así los cuatro. Ahora le exigimos que se desocupe y que los domingos en la tarde los siga sacando para compartir en familia **porque que ese día se respeta.***

Barrera (2010) plantea que estos tiempos que los jóvenes desean invertir en actividades académicas y sociales es una condición que adoptan acercándose a un estatus de adulto y provoca un cambio en el ciclo vital familiar que, aunque sea normal, puede propiciar un desequilibrio. Incluso podría pensarse que adoptar medios rígidos para disponer obligadamente el tiempo compartido en familia genera estrés en las relaciones. La capacidad de superar obstáculos de manera exitosa en estos estilos de interacción familiar se torna más lenta e insuficiente para satisfacer las necesidades básicas de la familia (Viveros y Arias, 2006).

Las familias con este nivel de cohesión se caracterizan por una sobreidentificación con la familia, en el sentido de una fusión psicológica y emocional; con exigencia de lealtad y consenso que frenan la independencia, individuación o diferenciación de sus miembros. Los límites generacionales son borrosos, el tiempo, amigos y actividades deben compartirse en familia; es, por lo tanto, el extremo de la alta cohesión familiar.

Otro de los hallazgos en este componente no favorecedor es el relacionado con el control parental ejercido sobre el hijo/a universitario, a través de normas y reglas que se mantienen inmodificadas, pese a que las circunstancias puedan ameritar otro tipo de estructura.

Jiménez (2003) sostiene que los padres y madres tradicionales que son apegados a los códigos, tradiciones y costumbres de la generación en la que fueron educados, presentan mayores conflictos con sus hijos/as por las demandas que ellos hacen en relación con su vida afectiva, sexual, la incorporación en el mundo público, sus amistades y gustos en el vestir. Las siguientes madres muestran en sus testimonios la manera como perciben el hecho de que sus hijos van tomando decisiones por sí mismos y los mecanismos reguladores que utilizan para el control:

*Es maluco porque igual él ya se va sintiendo y aprendiendo hacer como más grandecito y entonces **ya va queriendo tomar una postura de que ellos quieren hacer lo que ellos quieran;** ya si uno les dice tal cosa entonces ya hay más choque.*

*Pero soy yo la que está pendiente, **yo le puedo quemar todo el día el celular,** mientras que él, ya sea independiente, va tener esta mamá maluca.*

Para los hijo/as, esta experiencia del control es vista con diferentes matices; para algunos como el primero que se cita en los siguientes testimonios, significa el costo que tiene que asumir por depender económicamente de sus padres y

vivir en el seno de una familia jerárquica en la que él tiene clara su posición de subordinación. Para otros hijos representa una experiencia desagradable que asocian con la falta de confianza de los padres hacia ellos:

*Yo me siento más independiente y con más responsabilidades, pero también **me siento muchas veces controlada**, como que no confían en mí, entonces eso me molesta porque yo veo que mis compañeros no... Los padres no les dicen eso; antes ellos los llaman a ellos y les cuentan, entonces veo esa diferencia entre las familias.*

*pues a pesar de todo yo digo “pues yo ya tengo 18 años, pero a pesar de todo yo todavía vivo acá y siempre se rige la regla **‘mientras usted viva bajo este mismo techo’...**”*

Para autores como Jiménez (2003, p. 100), “cuando los adultos son autoritarios y se empeñan en conservar sus formas de dominio e imposición, mientras los hijos discrepan de la forma como los padres y/o madres ejercen la autoridad, confrontan esa autoridad y presentan resistencias o se rebelan”. Como figura en estos testimonios, los jóvenes no están mostrando resistencia y conflicto declarado frente a estos modos de asumir la autoridad por parte de los padres; incluso algunos mayores de edad lo manifiestan sin ningún asomo de conflicto o cuestionamiento, probablemente porque han encontrado maneras alternativas de lidiar con el control paterno, como lo muestra el siguiente joven:

*como mis horarios en el colegio mi mamá los conocía y en la universidad no los conoce, entonces **es más fácil que yo pueda ir y volver y hacer las vueltas que necesito sin necesidad de un control de ella.***

Es justo en esta etapa de hijos adolescentes-emancipados en la que se enfrenta un cambio significativo en sus vidas, cuando se hace necesario que los padres hagan una adaptación al estilo disciplinario, en la que se pasa de la autoridad unilateral a la reciprocidad en el trato con los hijos/as y en donde la negociación y cooperación tendrían que jugar un papel protagónico. Así, la flexibilidad implicaría incorporar estilos democráticos, más propicios para el desarrollo de la personalidad de los hijos/as y el apoyo frente a sus capacidades en el contexto universitario. De esta forma, las normas y reglas familiares que se habían utilizado, incluso con buenos resultados, tienen que ser replanteadas y es necesario negociar con los hijos/as en un marco de afecto y apoyo en donde las expectativas de los padres son expresadas de manera clara, en un balance entre el control y la autonomía.

Estas reflexiones sobre la importancia de hacer un balance en la manera como se construyen y se hacen cumplir las normas y reglas en la familia, en función de favorecer la experiencia universitaria del hijo/a mayor, tienen una explicación que resulta un poco contradictoria, pues en algunos padres la justificación que hacen de

dicho control resulta ser el anhelo que tienen garantizar que el proyecto de vida de formación profesional del joven pueda hacerse realidad. Así lo muestra esta madre:

*por eso yo digo que, yo hasta ahorita **no lo voy a soltar**, yo no lo suelto todavía porque yo **no quiero que él se tire la carrera...***

Se entiende de esta forma que, para la madre, parte de su responsabilidad está en el “cuidado” de su hijo, para el cumplimiento de una meta que deja de ser individual, al convertirse en el sueño de todo el grupo familiar. Es interesante señalar que la madre es capaz de reconocer que este estilo puede resultar chocante y vergonzoso para el hijo, pero insiste en que es parte de su responsabilidad parental:

*Yo cuido lo que es mío y lo que me ha tocado; yo no puedo dejar a mi hijo, yo tengo que saber dónde está, con quién está, **yo sé que para él es muy difícil, incómodo y vergonzoso ya en la universidad, pero a mí me toca asumir ese rol, para mí es lo adecuado.***

La suma de reglas y normas a las que se debe someter el hijo cuando tiene que reportar a su madre el desarrollo de su cotidianidad, es lo que Yepes y López (2014) denominan como el eje de la socialización que, en últimas, permite evidenciar las pautas de vida en común que asumen las familias como criterios en la formación. Para algunas de estas familias es necesario una clara diferenciación en las jerarquías en el horizonte valorativo de lo que deberían ser las relaciones entre padres e hijo/as y que tal como se ha venido insistiendo, para el caso de estos jóvenes participantes de la investigación, se convierten en aspectos no favorecedores de su tránsito a la vida universitaria:

*Ese cuento de que la mamá y los hijos deben de ser amigos, eso como que no me cuadra del todo... **se trata de no perder la autoridad**, de que sepan que están hablando con su mamá, su papá y que eso se respeta y que eso no se debe cambiar... **ella sabe que así tenga sesenta años la voy a joder toda la vida.***

Las reglas y normas que gobiernan los sistemas familiares y a cada uno de sus miembros están subordinadas al sistema de creencias de los padres, quienes tal como se dijo antes, no siempre son lo suficientemente flexibles como para permitir una modificación cuando las circunstancias cambian. Así, tal como se muestra en el testimonio de esta madre, los mismos criterios se mantendrán más allá de las circunstancias y edad de los hijo/as. Según Dominici (2003), las normas incluyen los patrones de interacción, la conducta considerada como apropiada, la privacidad y la autoridad dentro del sistema familiar.

Es pertinente resaltar que las normas y las reglas son parte fundamental en el ejercicio de la autoridad en una familia, pero depende de su manejo que pueda

facilitar o dificultar las relaciones o como lo menciona Sánchez (1995, p. 35), “puede posibilitar o inhibir el crecimiento y desarrollo de cada uno de los integrantes del grupo familiar”.

Se hace necesario que con el proceso de adolescencia-emancipación del joven universitario, las normas que resultaron útiles cuando los hijos/as eran niños/as, se replanteen y redefinan en función de las nuevas demandas de los jóvenes: “las normas pueden ser impuestas por los adultos o negociadas, en una dinámica que cambia permanentemente de acuerdo con el tipo de autoridad y con las nuevas necesidades e intereses de los jóvenes” (Sánchez 1995, p.80).

Lo anterior implica un movimiento que no solo involucra a los padres, sino que también requiere que los hijos/as estén en condiciones de madurez que les permita ir demandando otras formas de interacción más horizontales y democráticas. Jiménez (2003) argumenta que “la adolescencia se caracteriza por la búsqueda de la autonomía”; sin embargo, para esta autora esto “trae consigo un temor a separarse de los padres”. Es allí donde se juega la relación de autonomía-dependencia, dado que los hijos/as intentan buscar su autonomía, pero a su vez se asumen dependientes en muchos aspectos. Un ejemplo de esto es el siguiente testimonio de una hija:

*En ocasiones caigo como en depresión, entonces **yo siempre busco como el afecto de mis papás**. Por eso yo digo que soy muy dependiente de ellos, porque cuando estoy así me siento muy sola, y como son con los únicos que yo hablo en confianza, pues busco es el afecto de ellos.*

La manifestación de dependencia que muestra esta hija en una etapa caracterizada por la necesidad de ganar autonomía, se presenta en una sola de las familias participantes de la investigación, pues para el resto de los casos, lo que se evidencia es una gran tensión que al decir de Mestre, Samper, Tur y Díez (2001) está exigiendo al sistema familiar ser ajustado en función del crecimiento y desarrollo evolutivo de los miembros que lo componen.

Es necesario resaltar, por otro lado, que autores como Nardone & Giannotti (2003) mencionan que una familia caracterizada por un modelo hiperprotector en la forma de relacionarse, presenta palabras y gestos paternos que enfatizan en la dulzura, el cariño, la protección y el amor. Es pues, un modelo comunicativo en el cual el adulto interviene y reacciona inmediatamente frente a cualquier dificultad que se presente en el joven; así lo pone en evidencia la madre de la joven citada anteriormente:

*Mi muñeca ha sido muy linda desde siempre; ella es chiquitica, un poco seriota, fría, un poquito seca, **pero ella es mía yo la adoro**, y eso no ha cambiado, no, para nada.*

Por el contrario, cuando los padres y madres son más abiertos al cambio y a las nuevas exigencias sociales, el proceso de socialización se acentúa en la formación ética y la construcción de la autonomía de los hijo/as, pese a que puedan tener dificultades para desprenderse de su papel tradicional y permitirles a los hijos tal autonomía (Jiménez, 2003).

Así, según Inglés et al. (2012), se dotaría paulatinamente al hijo/a de mayor independencia y el control se haría de manera razonable y negociado con ellos. Cuando los padres ofrecen esas oportunidades están promoviendo en sus hijos, "la potenciación de recursos psicológicos tan importantes como la autoestima y la empatía, la percepción de autovalía, el aprendizaje de estrategias adecuadas de resolución de conflictos y la motivación intrínseca por los éxitos y responsabilidades asumidas". (Inglés et al., 2012, p. 179).

En el análisis de estos factores no favorecedores para el joven, en su tránsito universitario, se reconoce en los miedos parentales un elemento que ayuda a la comprensión del marco de significado que tiene para los padres esta nueva experiencia y que de alguna manera se pueden convertir en aspectos explicativos de actitudes que pueden resultar controladoras para el joven. Así lo relata una abuela:

A mí me da miedo que tantos peligros en todos lados, de vicio, de muchas cosas que le pueden inculcar; ella me dice: "no, abuela, yo pongo mucho cuidado y no me dejo enredar"

La preocupación no la deja uno; siempre le hecho cincuenta mil bendiciones, la llevo hasta el ascensor y le doy cincuenta mil recomendaciones...

Los anteriores comentarios ponen en evidencia una vez más que el sistema familiar funciona de manera interrelacionada, es decir, cualquier movimiento en uno de sus miembros tiene implicaciones y resonancias en los demás. Para esta abuela, por ejemplo, el ingreso de su nieta a la universidad representa un cúmulo de emociones que pormenoriza en razón del miedo por los peligros que ella entiende como colaterales al mundo universitario. Sin embargo, se vale de recursos como los consejos y las ayudas espirituales para ayudar a su nieta.



CAPÍTULO IV

REFLEXIONES FINALES



Los cambios que se producen en la dinámica familiar con la entrada del hijo/a mayor a la universidad se presentan en diversos órdenes. En el caso de los roles y las funciones de los miembros de la familia, se identifican cambios en tareas familiares que dejan de realizar los jóvenes, como los oficios domésticos y el cuidado de otros miembros de la familia. Esta situación lleva a una reorganización interna de la familia; otros miembros tendrán que asumir estas tareas que antes desempeñaba el joven, con las consiguientes implicaciones en la sobrecarga de funciones, que en esta cultura tradicionalmente ha desempeñado las mujeres. De otro lado, para los padres implica también la reconfiguración de su función protectora y cuidadora del hijo/a, en tanto que la entrada a la universidad coincide con un periodo de expansión hacia la madurez del joven en cuanto a responsabilidad y autonomía se refiere, con lo que la función paterna tiene una reconfiguración hacia lógicas más horizontales y de acompañamiento, pese a que no se da en igualdad de niveles en todas las familias, pues algunas no hacen este tránsito y se conservan jerárquicas en una estructura autoritaria.

En cuanto a la jerarquía, es claro que algunas familias siguen conservando una línea autoritaria en el momento del ingreso del hijo/a a la universidad. Son los padres/madres quienes ejercen el control; sin embargo, en estas familias empiezan a aparecer algunos matices de orden flexible. Los hijos/as aceptan esta jerarquía considerando que el espacio que comparten es el familiar y que allí hay unas normas claras que hay respetar. Desde esta mirada, es importante señalar nuevas estrategias que posibiliten a las familias mayor flexibilidad cuando el hijo/a ingresa a la universidad, puesto que el apoyo y el acompañamiento, mas no la presión y la dependencia, hacen que el tránsito por la etapa de emancipación sea mejor.

Se encuentran, asimismo, familias que con el ingreso del hijo/a a la universidad flexibilizan su jerarquía posibilitando mayores responsabilidades en los hijos/as, dando la oportunidad para que tomen sus propias decisiones en algunas dimensiones, por ejemplo, la académica, en la elección de sus amistades y en el manejo del tiempo libre. Las normas y reglas en la casa muestran que los padres/madres confían en sus hijos/as y, por lo tanto, según la necesidad y el interés de ellos las horas de llegada cambian, los encuentros en el almuerzo y en general aspectos como los tiempos de sueño, la comida o la ropa que usan.

Los cambios en la dinámica familiar, específicamente en los componentes de comunicación y cohesión familiar, están relacionados con los tiempos y espacios de interacción, la individuación, cambios en la protección y confianza familiar y cambios a nivel afectivo. En la mayoría de las familias se reducen los espacios de interacción; ligado a esto, el joven al buscar el desligamiento de su grupo familiar demanda mayores niveles de autonomía, libertad e independencia, a lo cual el

sistema familiar responde positivamente en la mayoría de los casos. De igual forma, al cambiar lo anteriormente mencionado se producen cambios en los niveles de protección y confianza familiar, puesto que el joven universitario cambia de estatus al interior de su familia; pasa de ser un joven que debe ser cuidado a un adulto con criterio y capacidades para afrontar la nueva etapa.

Los cambios en la afectividad se encuentran permeados por los espacios y tiempos de interacción, los cambios en la protección y confianza familiar y cambios en la individuación, que demarcan un punto central de las relaciones afectivas. La universidad se encuentra como eje principal que acarrea, para unas familias, un lado mayor acercamiento, mientras que para otras representa un alejamiento causante de conflictos familiares. Se destaca en estos cambios la íntima relación que guardan con la etapa en la que se encuentra el joven universitario, es decir, entre la adolescencia y emancipación del joven adulto, en un contexto universitario que social, individual y familiarmente acarrea unas significaciones puntuales, como son la independencia, libertad y autonomía. Algunos conflictos internos del grupo familiar no logran configurar un nuevo estilo de interacción que se acompace con las nuevas circunstancias.

Los factores de la dinámica familiar que pueden ser aspectos favorecedores al tránsito del joven universitario están dados principalmente por la capacidad de adaptación y flexibilidad de todo el sistema familiar para acoplarse de manera constructiva a las nuevas dinámicas que implica para el hijo/a esta nueva experiencia. Máxime cuando el ingreso del hijo/a mayor a la universidad, se coincide con la etapa del ciclo vital familiar correspondiente a la adolescencia y emancipación en donde asuntos como la independencia, responsabilidad y autonomía resultan cruciales para los procesos de maduración e individuación del joven.

El apoyo emocional y la capacidad de la familia para entender las nuevas dinámicas de los jóvenes en sus tiempos, responsabilidades y demandas académicas como tal, se convierten en un soporte emocional de gran magnitud para las bases de confianza y continencia que los jóvenes requieren en el despliegue autónomo en todas las decisiones que la experiencia universitaria le interpela. Así, en este punto se reconoce como uno de los hallazgos que contribuye en mayor medida en esta fase, es lo relacionado con la apreciación positiva y las consecuentes acciones de respaldo a todas las manifestaciones de responsabilidad e independencia del joven, así les implique, especialmente a los padres, un asomo de tristeza por no poder compartir con sus hijos/as con la misma intensidad que antes solían hacerlo.

Los factores no favorecedores de las dinámicas familiares para este tránsito a la vida universitaria están ubicados especialmente en estructuras familiares que se mantienen inamovibles y verticales en relación con normas y reglas, es decir,

se conservan jerárquicas e inflexibles frente a las nuevas demandas de los jóvenes universitarios. En estas familias, es clara la tensión entre la demanda de autonomía del joven y el control familiar.

Los cambios anteriormente mencionados posibilitan comprender cómo la universidad, como contexto particular con el que se relaciona la familia, trae consigo un bagaje importante para entender los conflictos, miedos, angustias, deseos y expectativas. A su vez, ratifica que esta etapa del ciclo vital familiar plantea una serie de problemas sociofamiliares que pueden llegar a dificultar el crecimiento individual como el familiar; y es que, como lo mencionan Girón, Sánchez y Rodríguez (1999) el sistema familiar se encuentra en un etapa de crecimiento que tiene que ver principalmente con el proceso de desvinculación.

Es posible evidenciar que las concepciones que tienen padres sobre la universidad, ya sea como un lugar de crecimiento para el progreso social o, por el contrario, un escenario lleno de peligros y vicios, tiene una repercusión importante en la manera como los padres asumen sus funciones paternas, favoreciendo o no, los procesos de individuación, responsabilidad y autonomía que exige esta experiencia para el desarrollo académico del joven y su proceso de maduración en general.

Un reto fundamental para las instituciones educativas de nivel superior, en relación con la trascendencia que puede tener en la vida de las familias, el proceso de transición y adaptación al entorno universitario, es decir, como un suceso vital importante impacta en ellas y a su vez la manera como modifica la dinámica familiar. Al tener presente que la familia se encuentra constantemente en todos los procesos educativos de una u otra manera, es importante que se realicen mayores investigaciones puesto que se deja entrevisto un camino importante por recorrer, para plantear el papel de la familia en el proceso académico y de formación del joven universitario.

Para el Centro de familia de la Universidad Católica de Pereira, los hallazgos de esta investigación representan una fuente inspiradora para la comprensión de la relación universidad-familia, en la que esta última asume un papel muy importante en el desarrollo de condiciones necesarias para el tránsito que hace el joven en su etapa universitaria. En este horizonte comprensivo, es posible identificar rutas de acción con familias en procesos de inducción a la vida universitaria, para desmitificar algunos imaginarios que tienen los padres con respecto a la universidad. Asimismo, para mostrarles cómo el apoyo emocional y la capacidad de todo el sistema familiar debe flexibilizarse frente a las nuevas demandas del joven universitario. Esto resulta altamente significativo para el desarrollo de la independencia, autonomía y responsabilidad como cualidades básicas para el despliegue exitoso del proceso de formación en el plano humano y disciplinar.





CAPÍTULO V

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



- Acevedo, C. y Padilla, N. (2013). Las redes sociales de la familia Devesa Herrera en la comunidad Marinera Castillo - Perché. Estudio de Caso. *Revista Ciencia y Sociedad*, 1(38), 27-46.
- Agudelo, M. E. (2005). Descripción de la dinámica interna de las familias Monoparentales, simultáneas, extendidas y compuestas del municipio de Medellín, vinculadas al proyecto de prevención temprana de la agresión. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud*, 3(1), 153-162.
- Agudelo, M. y Estrada, P. (2010). *Familia y prevalencia de depresión e ideación suicida en niños y adolescentes*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Aguirre, R. (2007). Los cuidados familiares como problema público y objeto de Políticas. En: I. Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros* (pp. 187-198). Chile: CEPAL.
- Álvarez, J., Herrera, T., Quiles, O., Rodríguez, C. y Sabiote, L. (2008). El valor familia en estudiantes universitarios de España: análisis y clasificación. *Enseñanza e investigación en psicología*, 13(2), 215-230.
- Amarís, M., García, K. y Rossi, D. (2002). *Características de los roles asumidos en la dinámica familiar por adolescentes explotadas sexualmente*. Barranquilla, Colombia: Uninorte.
- Arteaga, C. (2007). Pobreza y estrategias familiares: Debates y reflexiones. *Revista Unam* (17), 144-164.
- Barg, L. (2004). *Los vínculos familiares*. Buenos Aires, Argentina: Espacio.
- Barrera, D. (2010). Empujes y resistencias al cambio en familias con hijos adolescentes. *Boletín de Antropología*, 24(41), 376-394.
- Barquero, J. y Trejos, J. (2004). Tipos de hogar, ciclo de vida familiar y pobreza en Costa Rica 1987-2002. *Población y Salud en Mesoamérica*, 2(1), 1-36.
- Barros, M. (2010). *Influencia de la familia en las conductas de los niños y niñas en edades iniciales*. Tesis de maestría, Universidad de Cuenca, Ecuador.
- Bartutis, M. (2007). Estrategias educativas para el fortalecimiento de valores humanos desde la relación Universidad Familia. *Revista Humanidades Médicas*, 7(2), 1-20.

- Beyebach, M. y Rodríguez, A. (1995). *El ciclo evolutivo familiar: crisis evolutivas*. España: Promolibro.
- Bolívar, A. y Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamerica: campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qyakutatuve – sicuak – reserarch*, 7(4), 25-37.
- Borafull, I. (2005). *Ocio y tiempo libre: un reto para la familia*. Pamplona: Eunsa.
- Borafull, I. (2008). Familias fuertes: la perspectiva de las fortalezas familiares. *La familia paradigma del cambio social, Congreso Internacional sobre Familia y Sociedad*. Congreso llevado a cabo en Barcelona, España.
- Braxton, J. M., Bray, N. J. y Berger, J. B. (2000). Faculty teaching skills and their influence on the college student departure process. *Journal of College Student Development*, 41, 215-224.
- Bueno, G. (2007). El estudiante universitario y su entorno familiar. *Revista Griot*, 1(1), 29-35.
- Calveiro, P. (2005). *Familia y Poder*. Buenos Aires, Argentina: Libros de la Araucaria.
- Carl, A. (1998). *Danzando con la familia. Terapia familiar*. Buenos Aires: Paidós.
- Carrobles, J. y Gámez-Guadix, M. (2012). La educación positiva de los hijos: principios y procedimientos. En: F. Méndez y L. Llavona (coords.), *Manual del psicólogo de familia: un nuevo perfil profesional* (pp.57-77). España: Pirámide.
- Casas, G. (1994). *Antología de familia y terapia familiar sistémica*. Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Castaño, J. y Páez, M. (2010). Estilos de vida y salud en estudiantes de una facultad de Psicología. *Psicología desde el Caribe*, 25, 155-178.
- Castillo, A. (2014). El papel de la familia en las dinámicas de vida de jóvenes madres estudiantes de nivel superior. *Revista de Investigación y divulgación sobre los estudios de género*, 14(2), 37-55.
- Chacana, R. (2007). *Emancipación de la familia de origen: lealtad, traición y sacrificio filial en Franz Kafka y Julio Cortázar*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, España. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/tesis/psi/ucm-t29162.pdf>

- Cifuentes, A, Massiris, Y. y Ruiz, R. (1998). *Características de la Dinámica Familiar en Familias desplazadas por la violencia, usuarias del proyecto de bogares comunitarios del bienestar del sector de rancho grande de Montería- Córdoba*. Tesis de maestría, Universidad del norte, Barranquilla. Recuperado de https://observatoriodefamilia.dnp.gov.co/Portals/0/Documentos/Investigaciones/pdf_dinamicafamiliar.pdf
- Comellas, M. (2010). El treball en xarxa: Un model de recerca i acció participativa per promoure la cooperació de les famílies. *Educar*, 45, 117-129.
- Consejería de Salud y Servicios Sociales (ed.) (2003). *Programa de trabajo social y apoyo a la dinámica y estructura familiar: la intervención familiar en los servicios sociales comunitarios*. La Rioja, España: Ochoa Impresores. Recuperado de <http://chitita.uta.cl/cursos/2011-1/0000439/recursos/r-12.pdf>
- Contreras Suárez, L. A. (s.f). *El self del joven en el proceso de emancipación familiar*. Documento sin publicación.
- Cornejo, M. y Lucero, M. (2005). Preocupaciones vitales en estudiante universitario relacionado con bienestar psicológico y modalidades de afrontamiento. *Fundamentos en huma*, 2(12), 143-156.
- Corral, S. y Zallas, L. (2014). Los estudiantes Universitarios y su contexto familiar. *Global Conference on business and finance proceedings*, 9(12), 476-482.
- Crespo, J. (2011). Bases para construir una comunicación positiva en la familia. *Revista de Investigación en Educación*, 9(2), 91-98.
- Cuervo, A. (2010). Pautas de crianza y desarrollo socioafectivo en la infancia y adolescencia. *Perspectiva psicológica*, 6(1), 111-121.
- Delage, M. (2010). *La resiliencia familiar. el nicho familiar y la superación de las heridas*. Barcelona: Gedisa.
- Delgado, G. (2007). El estudiante universitario y su entorno familiar. *Revista Griot*, 1(1), 1-35.
- DeFrain, J., y Olson, D. (2006). Desafíos y fortalezas de la familia y la pareja en los Estados Unidos de América. En: R. Esteinou (ed.), *Fortalezas y Desafíos de las Familias en Dos contextos: Estados Unidos de América y México* (pp. 33-74). México D.F: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

- DeFrain, J., Asay, S. y Geggie, J. (2010). Family strenghts: An international perspective. En: F. Arney & D. Scott (Eds.), *Working with Vulnerable Families: A partnership Approach* (pp. 29-48). New York: Cambridge University Press.
- Diane E., Sally, W. y Duskin, R. (2009). *Psicología del desarrollo de la infancia a la adolescencia*. México: Mc Graw Hill.
- Dominici, L. (2003). *Terapia familiar. Programa salud de adultos*. Panamá: Caja del Seguro Social.
- Donati, P. (2003). *Manual de sociología de la familia*. Pamplona: Eunsa.
- Dorio, I., Figuera, P. y Forner, A. (2003). Las competencias académicas previas y el apoyo familiar en la transición a la universidad. *Revista de Investigación educativa*, 21(2), 349-369.
- Enríquez, M. y Solernou, I. (2013). La familia y su participación en la universalización de la Educación Superior. *Educación Médica Superior*, 27(1), 190 – 112. Recuperado de <http://www.ems.sld.cu/index.php/ems/article/view/115/70>.
- Equiluz, L. (2003). *Dinámica de la familia. Un enfoque psicológico sistémico*. México: Pax.
- Escobar, G. y Rodríguez, A. (2008). *De la homogeneidad familiar a la construcción de identidades individuales. Sistematización de una experiencia de intervención en relaciones familiares*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Espitia, R. y Montes, M. (2009). Influencia de la familia en el proceso educativo de los menores del barrio costa azul de Sincelejo (Colombia). *Revista Investigación y Desarrollo*, 17(1) 84-105
- Farinango, J. y Puma, F. (2012). *Estudio de la afectividad familiar en los estudiantes de octavos años de educación básica del Colegio Universitario*. Trabajo de grado, Universidad Técnica del Norte, Ibarra, Ecuador.
- Gallego, M. (2011). Recuperación crítica de los conceptos de familia, dinámica familiar y sus características. *Revista virtual Universidad Católica del Norte* (35), 326-344. Recuperado de <http://revistavirtual.ucn.edu.co/index.php/RevistaUCN/article/viewFile/364/679>
- Gallego, S. (2006). *Comunicación familiar: un mundo de construcciones simbólicas y relacionales*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Galvis, L. (2009). *La familia una prioridad olvidada*. Bogotá, Colombia: Aura.

- Garcés, M. y Palacio, J. (2010). La comunicación familiar en asentamientos subnormales de Montería (Colombia). *Psicología del Caribe* (25), 1-29.
- García, X y Estremero, J. (2003). *Ciclo vital crisis evolutiva*. Buenos Aires, Argentina: Sociedad Argentina terapia familiar.
- García, M., Rivera, S., Arango, I. y Díaz, R. (2006). *Construcción de una escala de funcionamiento familiar*. México: Ridep.
- Garreta, J. (2007). *La relación Familia – Escuela*. España: Universidad de Leida.
- Girón, S., Sánchez, D. y Rodríguez, R. (1999). Análisis de un tipo de intervención terapéutica para niños y adolescentes con trastornos de comportamiento. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 20(76), 9-33. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265026014002>
- Gladding, S. (2007). *Family Therapy: History, Theory, and Practice*. New Jersey: Pearson.
- González, F. (2014). *Hogares unipersonales de adultos mayores, algo más que demografía*. Trabajo de grado, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.
- González, I. (2000). Crisis Familiares. *Revista cubana de Medicina General*, 16(3), 280-286.
- González, J., Núñez, C., y Álvarez, L. (2003). Adaptabilidad y cohesión familiar, implicación parental en conductas autorregulatorias, autoconcepto del estudiante y rendimiento académico. *Revista Psicothema*, 15(3), 471-477.
- González, T. y Cano, A. (2010). Introducción al análisis de datos en investigación cualitativa: tipos de análisis y procesos de codificación. *Nure Investigación*, 45, 1-10.
- Gutiérrez, V. (2000). *Familia y cultura en Colombia. Tipologías, funciones y dinámica de la familia, manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.
- Guzmán, R. y Pacheco, M. (2014). Comunicación familiar y desempeño académico en estudiantes universitarios. *Zona Próxima*. (20), 79-91.
- Hernández, A. (2003). *Familia, ciclo vital y psicoterapia sistémica breve*. Santafé de Bogotá: Búho.
- Herrera, P. (2000). Rol de género y funcionamiento familiar. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 16(6), 568-573.

- Herrera, P. y González, I. (2002). La crisis normativa de la adolescencia y su repercusión familiar. *Revista Cubana de Medicina General*, 18(5), 1-7.
- Hidalgo, C. (1999). *Salud familiar: un modelo de atención integral en la atención primaria*. Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile
- Inglés, C., Estévez, E., Piqueras y J., Musitu, G. (2012). Los conflictos padre-adolescentes. En: F. Méndez y L. Llavona (coords.), *Manual del psicólogo de familia: un nuevo perfil profesional* (pp.169-187). España: Pirámide
- Jiménez, B. (2003). *Conflicto y Poder en las familias con adolescentes*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Jiménez, M. V. G., Izquierdo, J. M. A. y Blanco, A. J. (2000). La predicción del rendimiento académico: regresión lineal versus regresión logística. *Psicobema*, 12, 248- 252.
- Ludizaca, B. (2013). *Tipos de familia estructural y la relación con sus límites*. Tesis de Postgrado, Universidad de Cuenca, Cuenca, Ecuador. Recuperado de <http://dspace.ucuenca.edu.ec/bitstream/123456789/4302/1/Tesis.pdf>
- Lyubomirsky, S. (2008). *The how of happiness: A scientific approach to getting the life you want*. New York: Penguin Press.
- Maganto, C. (2004). *Mediación Familiar: aspectos psicológicos y sociales*. España: Universidad Politécnica de Valencia.
- Magaña, M. (2006). ¿Qué es la comunicación? División de educación continua. México: Facultad de Psicología Universidad Nacional autónoma de México
- Maldonado, M. C. (1995). *Conflicto, poder y violencia en la familia*. Cali: Universidad del Valle Editorial Facultad de Humanidades.
- Maldonado, M. y Micolta, A. (2003). *Los nuevos padres, las nuevas madres*. Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Mark, B., Rodríguez, A., y Morejon, R. (2000). *El ciclo evolutivo familiar crisis evolutiva*. Barcelona: Altea.R
- Martín, A. y Cano, J. F. (2003). *Atención primaria: conceptos, organización y práctica clínica*. España: El Sevier.
- Martínez, M. (1995). Enfoque sistémico y metodología de la investigación. *Universitas* 2000, 19(4) 61-67.

- Membrillo, L., Fernández, M., Quiroz, J. y Rodríguez, J. (2008). *Familia: Introducción al estudio de sus elementos*. México: Editores de textos Mexicanos S.A.
- Mendizábal, A., y Anzures, B. (1999). La familia y el adolescente. *Revista médica del Hospital General*, 62(3), 191-197.
- Merelo, J. (2004). *Redes Sociales: una introducción*. España: Universidad de Granada.
- Mestre, M., Samper, P., Tur, A. y Díez, I. (2001). Estilos de crianza y desarrollo prosocial de los hijos. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 54(4), 691-703.
- Minuchin, S. (1997). *Familias y terapia familiar*. España: Gedisa.
- Minuchin, S. (2003). *Familias y terapia familiar*. Barcelona, España: Gedisa.
- Mora, I. (2000). *La dimensión cohesión en la vida familiar*. México: Ridep.
- Morales, M., y Rivera, G. (2012). Relación entre recursos personales y familiares en adolescentes tardíos. *Revista de Psicología Nueva época*, 9(10), 46-58.
- Moreno, J. M. y Galiano, M. J. (2006). La comida en familia: algo más que comer juntos. *Acta Pediátrica*, 64(11), 554 – 558
- Musitu, G., Buelga, S., Lila, M. y Cava, M. J.(2001). *Familia y Adolescencia*. Madrid: Síntesis.
- Nardone, G. y Giannotti, E. (2003). *Modelos de familias: Conocer y resolver los problemas entre padres e hijos*. Barcelona, España: Herder.
- Nares, M. (2009). *Influencia de la dinámica familiar en la presencia de conductas de riesgo en adolescentes del Instituto Manuel C. Silva en Villa de Álvarez, Colima*. Tesis de postgrado, Universidad de Colima Facultad de Psicología, México.
- Núñez, J. (2003). Adaptabilidad y cohesión familiar, implicación parental en conductas. *Psicothema*, 15(3), 471-477.
- Oliva, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37(3), 209-223.
- Oliveira, O., Eternod, M. y López, P. (1999). Familia y género en el análisis demográfico. En: B. García (coord.), *Mujer, género y población en México* (pp.211-271). México: El Colegio de México/ Sociedad Mexicana de Demografía.

- Olson, D., Rusell, C. & Sprenkle, D.(1979). *Circumplex model of marital and family systems: Cohesion and adptability dimensions, family types, and clinical application*. Minneapolis, United States of America: Family Proces.
- Olson, D. & DeFrain, J. (2006). *Marriages and families: Intimacy, Diversity, and Strengths*. Boston: McGraw-Hill.
- Organización Panamericana de la Salud (2011). *Manual educativo Nacional “Hacia una vivienda saludable que viva mi hogar”*. Recuperado de http://www.paho.org/COL/index.php?option=com_content&view=article&id=954:manual-educativo-nacional-hacia-una-vivienda-saludable-que-viva-mi-hogar&Itemid=361
- Padilla, M., Fajardo, C., Gutiérrez, A., y Palma, D. (2007). Estrategias de afrontamiento de crisis causadas por desempleo en familias con hijos adolescentes. *Acta colombiana de psicología*, 10(2), 127-141.
- Palacio, M. C. (2004). *Familia y violencia familiar: de la invisibilización al compromiso político, un asunto de reflexión sociológica*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Pariante, A. (2006). La escuela “a medias”. *Revista Iberoamericana de Educación*, 4, 1-36
- Pereyra, M. (2011). *La resiliencia*. México: Recursos Escuela Sabática.
- Pérez, M., Martínez, M. e Inmaculada, M. (2009). *Cambio en la estructura y en la función familiar del adolescente en la última década (1997-2007)*. España: Jaen Nordeste.
- Pinto, J. M., Silva, L. M. y Coelho, P. (2008). O Doente Queimado e a Dinâmica Familiar: O Impacto da Doença na Família. *Revista Referencia*, 2(6), 69–76.
- Pitman, F. (1990). *Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de crisis*. Barcelona: Paidós.
- Polaino, L. y Martínez, P. (2003). *Evaluación Psicológica y Psicopatológica de la Familia*. España: Rialp. Recuperado de <https://books.google.es/books?id=mHfevHTMkGUC&pg=PA195&dq=dinamica+familiar&hl=es&sa=X&ei=LenXVPPiBKG1sQSrj4HoBQ&ved=0CDkQ6AEwBA#v=onepage&q=dinamica%20familiar&f=false>
- Puello, M., Silva, M. y Silva, A. (2014). Límites, reglas, comunicación en familia monoparental con hijos adolescentes. *Perspectiva psicológica*, 10(2), 225-246.
- Quintero, A. (2004). *Trabajo social familiar y el enfoque sistémico*. Argentina: Lumen Humanitas.

- Rico, A. (2005). *Políticas sociales y necesidades familiares en Colombia*. Bogotá: Cepal.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- Ríos, J. (2005). *Los ciclos vitales de la familia y la pareja*. Madrid, España: CCS Alcalá.
- Riquelme, O., Aranzasu, R. y Jiménez, A. (2012), Equilibrio trabajo-familia, apoyo familiar, autoeficacia parental y funcionamiento familiar percibidos por funcionarios públicos de Chile. *Trabajo y sociedad*, 18(15), 1-13.
- Rivadeneira, J. (2013). *El funcionamiento familiar, los estilos parentales y el estímulo al desarrollo de la teoría de la mente: Efectos en criaturas sordas y oyentes*. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Rivera, L. (2005). *Construcción del afecto en las relaciones familiares de los y las adolescentes con experiencia de Bullying escolar*. Tesis de maestría, Universidad de Caldas.
- Rivera, M.E. y Andrade, P. (2010). Escala de evaluación de las relaciones intrafamiliares.. *Revista de Psicología*, 14, 12-29.
- Rodrigo, J., Máiquez, L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. y Martín, J. C. (2004). *Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia*. España: CODEN PSOTEG.
- Rodríguez, Y. N. y Torres, E. L. (2006). *Rendimiento académico y contexto familiar en estudiantes universitarios*. México: Universidad de Veracruz.
- Rojas, M. (1998). *El ciclo de la vida una visión sistémica de la familia*. Bogotá: Colección Serendipit.
- Rojas, M. (2011). Autonomía postergada: jóvenes, familia y educación superior. *Universidad Católica del Norte*, 4(1), 1-16.
- Salomea, G. (2002). *Teoría estructural familiar*. Universidad de Cuenca: Chile.
- Sánchez, H. (2007). *Lectura sistémica sobre familia y el patrón de la violencia*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Sánchez, H., Osorio, F. (2004). *Jóvenes de hoy en mundo de los valores morales y la ética*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Sánchez, M. (2006). *El amor y afectividad en el ser humano*. España: CEPAL .

- Sánchez, R. (1995). *Formas de organización y relaciones familiares en Manizales 1921-1991*. Manizales, Colombia: Universidad de Caldas.
- Sandín, M. (2009). Investigación cualitativa en educación. Fundamentos y tradiciones. *Estudios Pedagógicos*, 32(1), 119-133.
- Satir, V. (2005). *Nuevas relaciones en el núcleo familiar*. México: Pax.
- Schmidt, V. (2001). *Recursos para el afrontamiento de eventos vitales estresantes en familias de drogodependientes*. San Luis: Ridep.
- Serra, E., y Ruano, R. (2000). Estrategias de afrontamiento en familias con hijos adolescentes. *Anales de psicología*, 16(2), 199-206.
- Soares, A.P. (2003). *Transição e adaptação ao Ensino Superior: construção e validação de um modelo multidimensional de ajustamento de jovens ao contexto universitário*. Tesis doctoral, Universidad do Minho, Braga.
- Soares, A.P. y Almeida, L.S. (2001). Transição para a Universidade: apresentação e validação do Questionário de Expectativas Académicas (QEA). En: B.D. Silva y L.S. Almeida (orgs.), *Actas del VI Congresso galaico-portug.*
- Soares, A.P., Guisande, M. A., Diniz, A. y Almeida, L. (2006). Construcción y validación de un modelo multidimensional de ajuste de los jóvenes al contexto universitario. *Psicothema*, 18(2), 249- 255.
- Sobrino, L. (2007). *Nivel de satisfacción familiar y de comunicación entre padres e hijos*. Perú: UNFV.
- Solano, R. (2010). *Constitución y configuración de la subjetividad en jóvenes en el contexto universitario en la ciudad de Cali*. Tesis de maestría, Universidad de Manizales.
- Solórzano, C. y Maldonado, F. (2006). *Sobreprotección infantil y sus consecuencias*. Tesis, Universidad de Guadalajara, México.
- Soutullo, E., y Sanz, M.(2010). *Manual de psiquiatría del niño y del adolescente*. Buenos Aires: Médica Panamericana .
- Sluzki, C. (2002). *Red social frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- Torre, J. (2001). *Orientación familiar en contextos escolares*. España: R.B Servicios Editoriales.

- Trujano, R. (2010). Tratamiento sistémico en problemas familiares: Análisis de Caso. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 3(13), 87-104.
- Tueros, R. (2004). *Cohesión y adaptabilidad familiar y su relación con el rendimiento académico*. Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú.
- Umbarger, C. (1999). *Terapia familiar Estructural*. Argentina: Amorrortu.
- Uribe, I. (2012). *Aprender a ser familia. Familias monoparentales con jefatura femenina: significados, realidades y dinámicas*. Colombia: Universidad de La Salle.
- Vásquez, R., Ruiz, A., Álvarez, G., Mancilla, J. y Suck, T. (2010). Percepción del funcionamiento familiar de mujeres con trastornos del comportamiento alimentario. *Revista Psicología Conductual*, 1(18), 105-117.
- Velázquez, L., Ortega, S., Garrido, P., Reyes, A. y Guadalupe, L. (2008). Dinámica familiar en familias con hijos e hijas. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 2(10), 31-56.
- Villegas, M. (2005). La familia como espacio privilegiado para el desarrollo humano. En: A. Posada, *El niño sano*. Medellín: Médica Panamericana.
- Virveda, J. (2003). *Interpretación del ciclo vital de la familia. Biografías Familiares*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Viveros, E. y Arias, L. (2006). *Dinámica interna de familias monoparentales de jefatura femenina con menor de edad en conflicto con la ley penal. Características interaccionales*. Colombia: Fondo Editorial Fundación Universitaria Luis Amigó.
- Viveros, E. (2010). Roles, patriarcado y dinámica interna familiar: Reflexiones útiles para Latinoamérica. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 31, 388-406.
- Wagner, A. (2007). *El ciclo de la vida: una visión sistémica de la familia*. España: CCS.
- Watzlawick, P. y Nardone, G. (2000). *Terapia breve estratégica. Pasos hacia un cambio de percepción de la realidad*. España: Paidós.
- Yepes, D. y López, M. (2014). *Fortalecimiento de los vínculos afectivos entre los niños o adolescentes y las familias amigas del CRM, a través de procesos reflexivos en torno a las relaciones, la comunicación familiar y las normas y reglas de relación*. Trabajo de grado, Universidad de Caldas.



Yeung, J., Lee, S., Lee, E., y DeFrain, J. (2012). Development and validation of an chinese family strengths measure for family services intervention in Hong Kong. *Revista de Cercetare si Interviere Sociala*, 36(1), 7-30.

Zambrano, S. A. (2011). *Cohesión, adaptabilidad familiar y el rendimiento académico en comunicación de alumnos de una Institución Educativa del Callao*. Tesis de maestría, Universidad San Ignacio de Loyola.

NUESTROS REPOSITARIOS INSTITUCIONALES

1. RIBUC: Repositorio Institucional Biblioteca Universidad Católica de Pereira
2. OJS: Open Journal System (Sistema de Publicaciones Periódicas de la UCP)

Los repositorios institucionales (RIBUC/OJS) son un conjunto de servicios que pretenden proporcionar el almacenamiento y hacer accesible en formato digital, el material producto del quehacer académico de la UCP y su comunidad.

La Universidad Católica de Pereira, por medio de su biblioteca, viene trabajando en su construcción desde el año 2009 y desde el año 2011 fueron puestos a disposición de los usuarios.

¿Qué es el Repositorio RIBUC y/o OJS?

Es la plataforma orientada a la web, que permite almacenar, gestionar, buscar y recuperar la producción académica y científica de la Universidad Católica de Pereira.

La importancia de los repositorios RIBUC y/o OJS:

- Aumentan la visibilidad de la producción académica y científica de la Universidad
- Reúnen en un solo sitio el conocimiento producido en la Universidad
- Permiten el acceso abierto
- Preservan la producción institucional

En nuestros repositorios se podrá encontrar productos como:

- Informes de investigación
- Objetos de aprendizaje
- Las revistas institucionales UCP en texto completo
- Ponencias
- Tesis de maestría
- Artículos de investigación y otros

RIBUC y/o OJS:

Una estrategia para la visibilidad y gestión del conocimiento

<http://ribuc.ucp.edu.co:8080/jspui/>

<http://biblioteca.ucp.edu.co/OJS/>

Videos educativos

- Poster
- Producción bibliográfica de la Universidad
- Monografías de grado
- Informes de prácticas académica



UNIVERSIDAD CATÓLICA DE PEREIRA

El escudo de la Universidad está constituido por un círculo en cuyo centro hay un sol que tiene en el interior un libro con dos letras griegas.

El sol tradicionalmente representa a Jesucristo. Él es la luz que alumbr a todo hombre, concretamente al hombre de hoy con sus preocupaciones, proyectos y expectativas. La Universidad quiere ser un instrumento eficaz al servicio de la luz de Cristo que ilumina al hombre.

“Para vosotros se alzar á un sol de justicia que traer á en sus alas la salud”
(*Malaquías 4,2*)

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (*Lc. 1,79*)

El libro representa la Universidad; en las páginas están grabadas dos letras griegas, que son las iniciales del nombre de Jesucristo: la iota de Iesus (Ι) y la Ji de Christós (Χ), porque la comunidad universitaria quiere ir al hombre para darle la luz recibida de Cristo.

“La Palabra (Cristo) era la luz verdadera que alumbr a todo hombre”
(*Juan 1,9*)

Las palabras latinas “illuminat hominem” (“ilumina al hombre”) recogen el sentido de la misión de la UCP. Por tanto su razón de ser es la de ofrecer a cada bachiller el APOYO para que llegue a Ser Gente, Gente de Bien, Profesionalmente capaz, y esto como realización de su proyecto personal de vida, que lo hará “instrumento eficaz al servicio de la luz de Cristo que ilumina al hombre”.

ISBN: 978-958-848-727-4



9 789588 487274